

145

La Esfera



Año VII • Núm. 345

Precio: Una peseta



RETRATO, por José Llasera

Overland

CONFIANZA MUY MEREcida

El **OVERLAND 4** ofrece á los automovilistas nuevas ventajas de *comfort* y economía.

Los muelles de la nueva suspensión en tres puntos del Overland, dispositivo exclusivo á él, protegen á los viajeros contra los baches del camino, asegurando una duración excepcional á los neumáticos y reduciendo el esfuerzo del motor. Overland tiene agentes en todas las principales ciudades de España, donde se puede ver el modelo **OVERLAND 4**.

Para informes sobre este coche, ú obtener un catálogo ilustrado, dirigirse ó escribir á

SOCIEDAD COOPERATIVA
AUTO INDUSTRIAL "EXCELSIOR"
Calle de Alvarez Baena MADRID



ESPAÑA

PRENSA GRÁFICA

SOCIEDAD ANÓNIMA, EDITORA DE

☐ "LA ESFERA" ☐ "MUNDO GRÁFICO" ☐
"NUEVO MUNDO"

Oficinas: Hermosilla, 57, Madrid.—Teléfono 5-9

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

La Esfera

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año	40 pesetas
» »	Seis meses.....	22 »
» »	Tres »	12 »
EXTRANJERO	Un año	60 »
»	Seis meses.....	35 »
PORTUGAL	Un año	45 »
»	Seis meses.....	25 »

Mundo Gráfico

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año	15 pesetas
» »	Seis meses.....	8 »
EXTRANJERO	Un año	25 »
»	Seis meses.....	15 »
PORTUGAL	Un año	18 »
»	Seis meses.....	10 »

Nuevo Mundo

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año	19 pesetas
» »	Seis meses.....	10 »
EXTRANJERO	Un año	30 »
»	Seis meses.....	16 »
PORTUGAL	Un año	22 »
»	Seis meses.....	12 »

A nuestros anunciantes y suscriptores

Los agentes administrativos de esta Empresa van siempre acreditados en forma que no quede duda de la legitimidad de su representación.

Lo advertimos al público para que no acepte trato alguno con quienes no tengan autorización reciente, carnet de identificación de la casa, sellado con el sello de la misma y firmado por el Administrador Delegado, ni satisfagan el importe de los recibos que les presenten al cobro en nuestro nombre, ni estimen, en fin, garantizados sus intereses por nosotros, que no podemos responder de más gestiones que de las encomendadas á nuestros representantes debidamente autorizados.

Enteramente Como Nuevo

Cualesquier ama de casa podrá fácilmente mantener su hogar limpio y reluciente con solo dedicar un poco de cuidado a su mobiliario, trabajos de madera, pisos y linóleo. Todo lo que se requiere es aplicar ocasionalmente la Cera Preparada de Johnson que limpia, pule y protege el acabado, agregando duración y belleza.

La Cera Preparada de Johnson imparte un pulido duro y seco como el cristal, de gran belleza y durabilidad. Cubre la desfiguración y pequeñas raspaduras de la superficie—conserva el barniz, evitando que se parta. La



CERA PREPARADA DE JOHNSON

Líquida y en Pasta

no contiene aceite; por lo tanto no recoge ó retiene el polvo y nunca se pone pegajosa durante el tiempo caluroso o por la acción del calor del cuerpo. Remueve pronta y permanentemente ese color azulado y opaco en los pianos y muebles de caoba.

La Cera Preparada de Johnson se hace en forma líquida así como en pasta. Use Ud. pasta para todos los pisos—maderas, mármoles, linóleos, etc. Recomendamos la líquida para pulir muebles, trabajos de madera, artículos de cuero, etc.

Un PULIDOR a PRUEBA de POLVO para AUTOMOVILES

Los automovilistas encontrarán la Cera Preparada de Johnson Líquida, el pulimento más satisfactorio para sus automóviles. Corta el agua y no recoge el polvo, y hace que el lavado dure el doble. Protege y conserva el barniz. Escríbanos pidiendo nuestro librito "Como conservar la buena apariencia de un automóvil," que se envía gratis.

S. C. Johnson & Son
Racine, Wisconsin, E. U. A.



ANTES, EN EL BAÑO Y DESPUÉS DEL BAÑO
fricciónese con

ALCOHOLATO

de violetas, rosas, jazmín, etc.

Carmen, 10, ALCOHOLERA



FOTOGRAFÍA

BIEDMA

Alcalá, 23.—Teléfono 730

Casa de primer orden ☐ Hay ascensor



ESPAÑA PINTORESCA

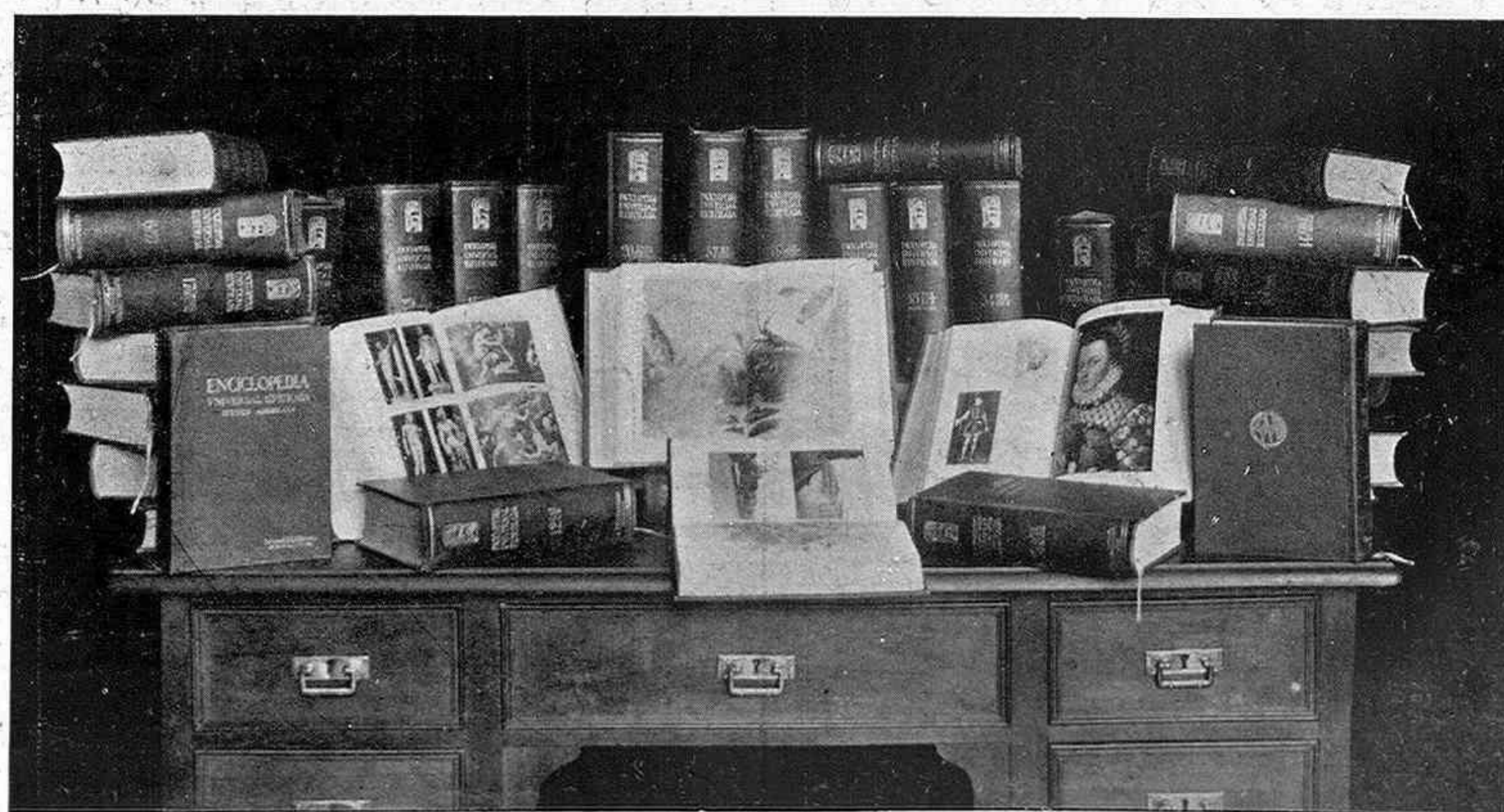


Vista general de la antiquísima villa de Santa Pau (Gerona), célebre por las gestas históricas de sus señores en la Edad Media FOT. R. GÜELL

ENCICLOPEDIA UNIVERSAL ILUSTRADA EUROPEO - AMERICANA **ESPASA**

Hijos de J. Espasa, editores = **BARCELONA** = Calle de Cortes, 579 y 581

Es la obra mejor ilustrada del mundo. — Ha obtenido el primer premio en todas las Exposiciones a que ha sido presentada. — Se adquiere a precios módicos y con toda clase de facilidades. — Se suscribe en las principales librerías y centros de suscripción de España y América



La crítica, que le prodiga elogios sin tasa, reconoce con rara unanimidad que está muy por encima de todas las publicaciones de su género, así españolas como extranjeras

Un ligero examen de cualquiera de sus tomos es aconsejable
antes de adquirir un diccionario enciclopédico

¿CASUALIDAD Ó FATALIDAD?

EL DIAMANTE FATAL

Entre los Soberanos que más experimentaron la influencia de lo desconocido se cuenta al difunto Eduardo VII de Inglaterra. Y, sin embargo, fué un escéptico toda su vida.

Gustaba él de burlarse de las supersticiones, y pese á ello, muchos hechos que le acaecieron personalmente desmintieron su escepticismo.

Un diamante pasaba por ser una piedra fatídica, que acarrea el infortunio sobre sus poseedores. Era el diamante azul, llamado por ironía «Hope», *esperanza* en inglés. Parecía que un genio maléfico de esos que acuden en las páginas de *Las mil y una noches*, al conjuro de un mago, estaba á su fatal servicio.

Esa gema ha producido la ruina ó muerte trágica de sus propietarios.

Hace algunos años, un diamantista de Amsterdam, queriendo sin duda destruir el maleficio de la piedra, la cortó en dos pedazos, tallándolos primorosamente.

Inmediatamente se arruinó, en castigo de la profanación cometida. Pero el maleficio subsistió en ambas partes.

Una de esas mitades la compró el Sultán de Turquía, Abdul-Hamid. A poco sobrevino la revolución y fué destronado. Y el eunuco directamente encargado de guardar la joyería imperial, en la que figuraba como estrella de primera magnitud el azulado diamante, fué estrangulado. Pero el Sultán no murió.

La otra mitad del diamante «Hope» la compró Eduardo VII. No sufrió éste las vicisitudes de ninguna revolución. Pero á poco murió, después de un turbulento período constitucional en el Parlamento, durante el cual el Rey sufrió no poco en sus regias prerrogativas.

La influencia fatal del diamante azul subsistía íntegra en sus dos mitades.

LA ESTATUA ENCANTADA

Eduardo VII gustaba de coleccionar bibelotes que tuvieran extrañas leyendas misteriosas.

Hace treinta y cinco años el doctor Lebon, de regreso de un viaje á las Indias, visitó á Sadi Carnot, á la sazón ministro en Francia. Le mostró una pequeña estatua de piedra que le había regalado un Rajá.

Este le había dicho que los que la poseyeran llegarían por su mágica influencia á escalar las más altas posiciones, pero que enseguida morirían trágicamente.

Sadi Carnot sonrió escépticamente aceptando el presente, que otra persona más avisada hubiera dispensado de aceptar por si acaso.

Pero él desafió á la fatalidad, y desde entonces quedó entablada la contienda entre lo invisible y él.

Sadi Carnot advino á poco Presidente de la República de modo inesperado, cuando ni él mismo podía sospechar su exaltación á la más alta investidura de la Nación.

Y sabido es que acabó siendo apuñalado en Lyon por un anarquista.

Los herederos suyos se deshicieron de la estatua, como la viuda había dejado dispuesto en el testamento, conociendo como le era la trágica influencia del bibelote indio.

Eduardo VII, que no era á la sazón más que Príncipe de Gales, mostró deseos de adquirirlo. Dió órdenes para ello, pero no pudo dar con la estatua porque ya había sido vendida á otro coleccionista escéptico.

Pero lo curioso del caso es que el mismo día que Eduardo VII mostró deseos de poseer el bibelote, fué objeto de un atentado en Bruselas, del cual salió milagrosamente ileso. Un estudiante anarquista descerrajó un tiro casi á boca de jarro sobre el futuro Rey de Inglaterra.

LA FLOR FETICHE

La corona real de las Reinas de Inglaterra lleva una flor fetiche desde tiempo casi inmemorial. Es una pequeña y humilde flor disecada, que fué cogida en 1066 por la Reina durante una de las periódicas apariciones del cometa de Halley.

La creencia británica le atribuyó una influencia feliz en el resultado de la batalla de Hasting, que marcó la era del apogeo inglés. La Reina Victoria afirmaba que á esta flor engarzada en su corona debía el largo período de paz y prosperidad de su largo reinado. Eduardo VII, respetuoso con la fe maternal y la tradición de su dinastía, accedió á que la flor fetiche continuara figurando en la corona de su esposa, pese á su conocido escepticismo. Y hoy figura también en la corona de la actual Reina May.

COINCIDENCIAS EXTRAÑAS

La casualidad depara á veces coincidencias tan desconcertantemente extrañas, que se experimenta cierta angustia invencible al reconocerse que una potencia misteriosa rige en el mundo.

En el momento de la muerte del Rey Eduardo VII de Inglaterra, se produjo la catástrofe de Witheaven. A consecuencia de una explosión ardió una mina. Fué imposible salvar á 150 mineros que dentro había, pues hubo que cerrarla para extinguir el incendio; y por si ello no bastase, se inundó, sin poder preocuparse de la salvación de aquellos infelices. Pero aquí entra la fatal coincidencia. La muerte del Rey consorte, esposo de la Reina Victoria y padre de Eduardo VII, tuvo lugar en idéntica circunstancia. Una catástrofe en las minas de carbón de Hartley, en el Northumberland, costaba la vida á 300 obreros al mismo tiempo que fallecía.

¡Extrañas y trágicas coincidencias que hacen pensar en cosas raras y malas!

GUILLERMO RITWAGEN

Misterios de la Policía y del Crimen

PÍDASE Á ESTA ADMINISTRACIÓN



La Enfermedad y la Medicina.

La vida angustiosa, siempre torturada bajo el yugo de los dolores y de los sufrimientos, se hace vida feliz de goces - y alegrías cuando se toma -

CARDUI

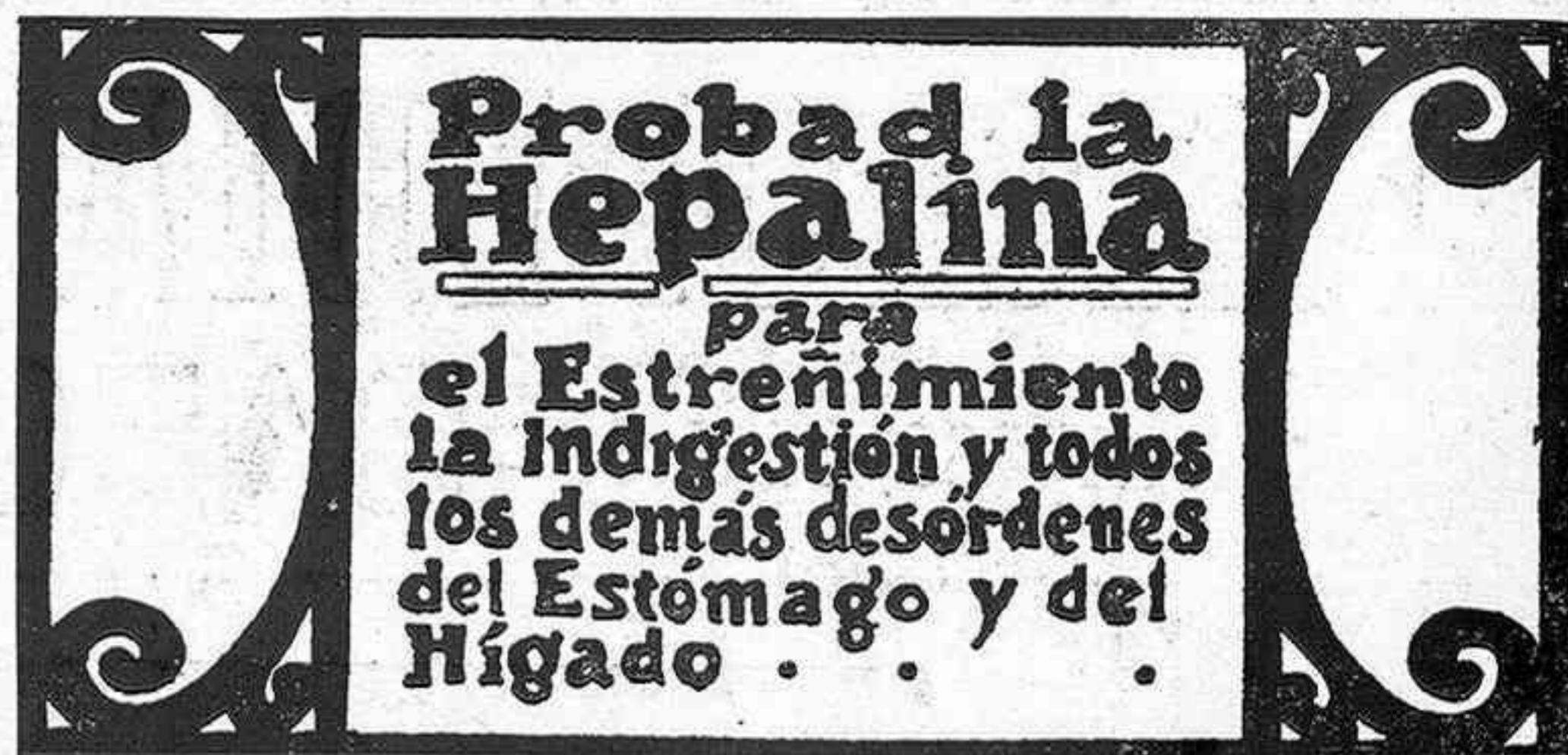
(EL TONICO DE LA MUJER)

Porque desaparecen los desarreglos femeninos, causantes de los males.

CONFIE SIEMPRE EN CARDUI

CONSERVAS TREVIJANO

LOGROÑO



Probad la Hepalina

para el Estreñimiento la Indigestión y todos los demás desórdenes del Estómago y del Hígado.

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista. Dirigirse á Hermosilla, número 57.



Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.

BAUME BENGUÉ

Curacion radical de

GOTA-REUMATISMOS NEURALGIAS

De venta en todas las farmacias y droguerías.

Lea usted los viernes

NUEVO MUNDO

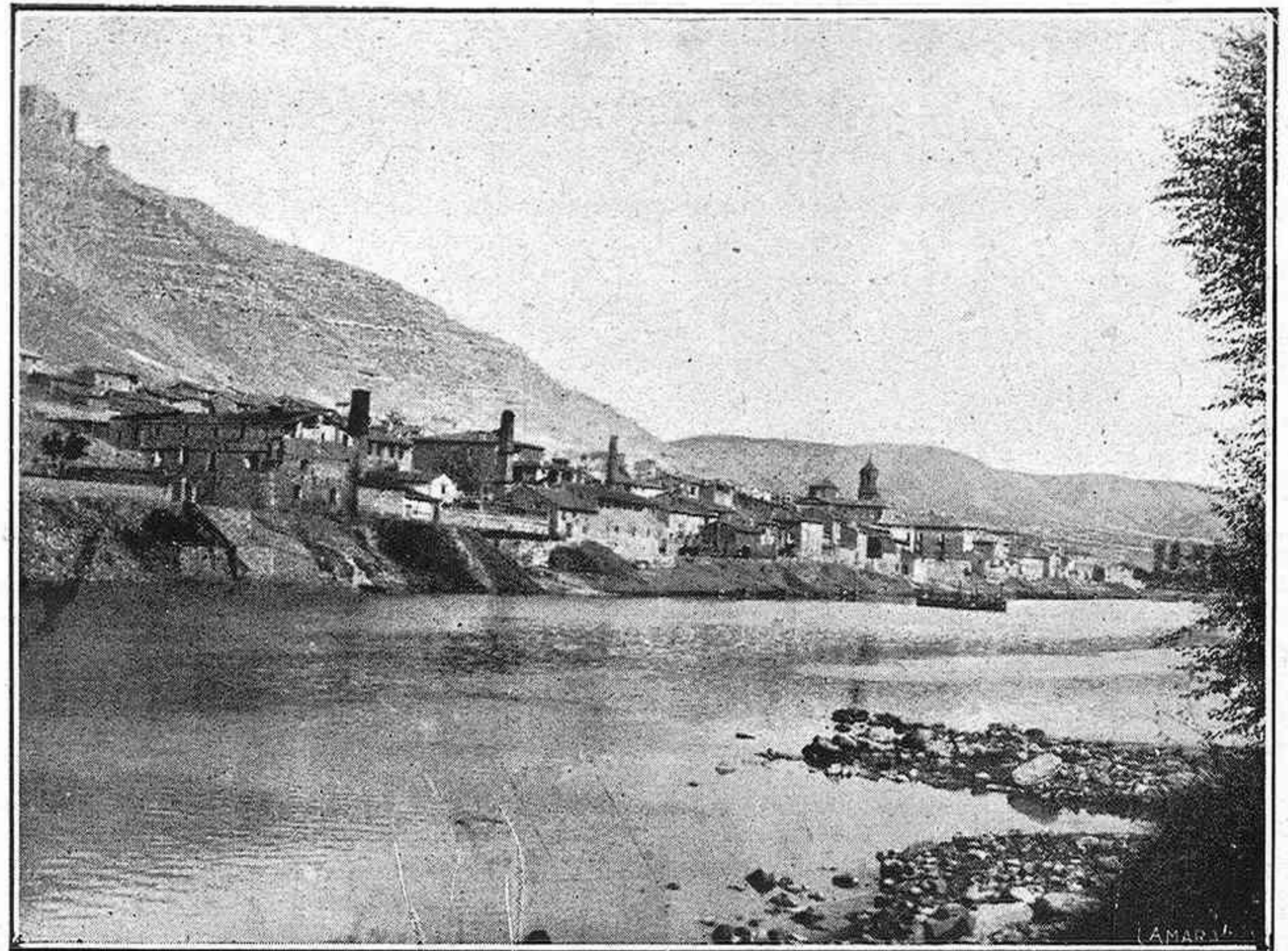
REVISTA POPULAR ILUSTRADA

Número suelto: 40 cénts. en toda España

PANORAMAS DE ESPAÑA: MEQUINENZA



Un aspecto del castillo de Mequinenza FOTS. ARBONÉS



Vista panorámica de Mequinenza desde el Ebro

La villa de Mequinenza (Zaragoza) se halla situada en la margen izquierda del Ebro, cercana al punto de confluencia de este río con el Segre. Se encuentra levantada en la falda Sur de una montaña coronada por un castillo que fué propiedad de los marqueses de Aytona. El terreno de Mequinenza es montuoso y de poca fertilidad. La iglesia parroquial del pueblecillo aragonés es buena y moderna, relativamente (siglo XIX). El castillo es de figura irregular, presentando torres en todos sus lados; data de la época de los romanos; ha servido de casa-fuerte á los Moncadas y á los de Medinaceli. Fué siempre la principal defensa de esta villa, por su excelente situación estratégica. Mequinenza, célebre por sus minas de lignito, fué conocida de los romanos; en el año 809 fué

arruinado por los árabes; luego la conquistó D. Alfonso el Emperador, pasando después al conde de Urgel y posteriormente á Ramón Guillén de Moncada, cuya familia llegó á obtener el marquesado de Aytona y á enlazar con la de Medinaceli. En 1411 se celebraron cortes en Mequinenza para proveer á la sucesión de Martín I de Aragón. En la guerra de la Independencia la villa se defendió valerosamente de las tropas francesas del general Mortier y luego de las de Musnier. En la noche del 4 al 5 de Junio de 1810 los franceses lograron entrar en la villa, saqueándola y quemando muchas casas. Las tropas que guardaban el castillo resistieron durante varios días; pero al fin tuvieron que rendirse, por no disponer de abrigo alguno contra los ataques de los soldados franceses.



Durante el veraneo
es una delicia
escribir a sus amigas
con la pluma

"Ideal" WATERMAN

De venta en todas las papelerías. Pídase catálogo a E. Hassinger Sección 4 Balmes 73 BARCELONA

ALFONSO
FOTÓGRAFO

Tuencarral, 6 Madrid

ELIXIR ESTOMACAL
de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda á las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

**ESTÓMAGO É
INTESTINOS**

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedías, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.

Plenitud de Vida



Deliciosa
sensación
de bienestar
Obtendrá Usted

Si para combatir su **Neurastenia,**
Inapetencia, Debilidad, Insomnio,
Desnutrición, etc., toma usted el
AFAMADO JARABE DE

HİPOFOSFITOS SALUD



APROBADO POR LA REAL ACADEMIA DE MEDICINA

AVISO: Rechace usted todo frasco donde no se lea en la etiqueta exterior **HİPOFOSFITOS SALUD,** impreso en tinta roja. En la Argentina pídase "HİPOFOSALUD"

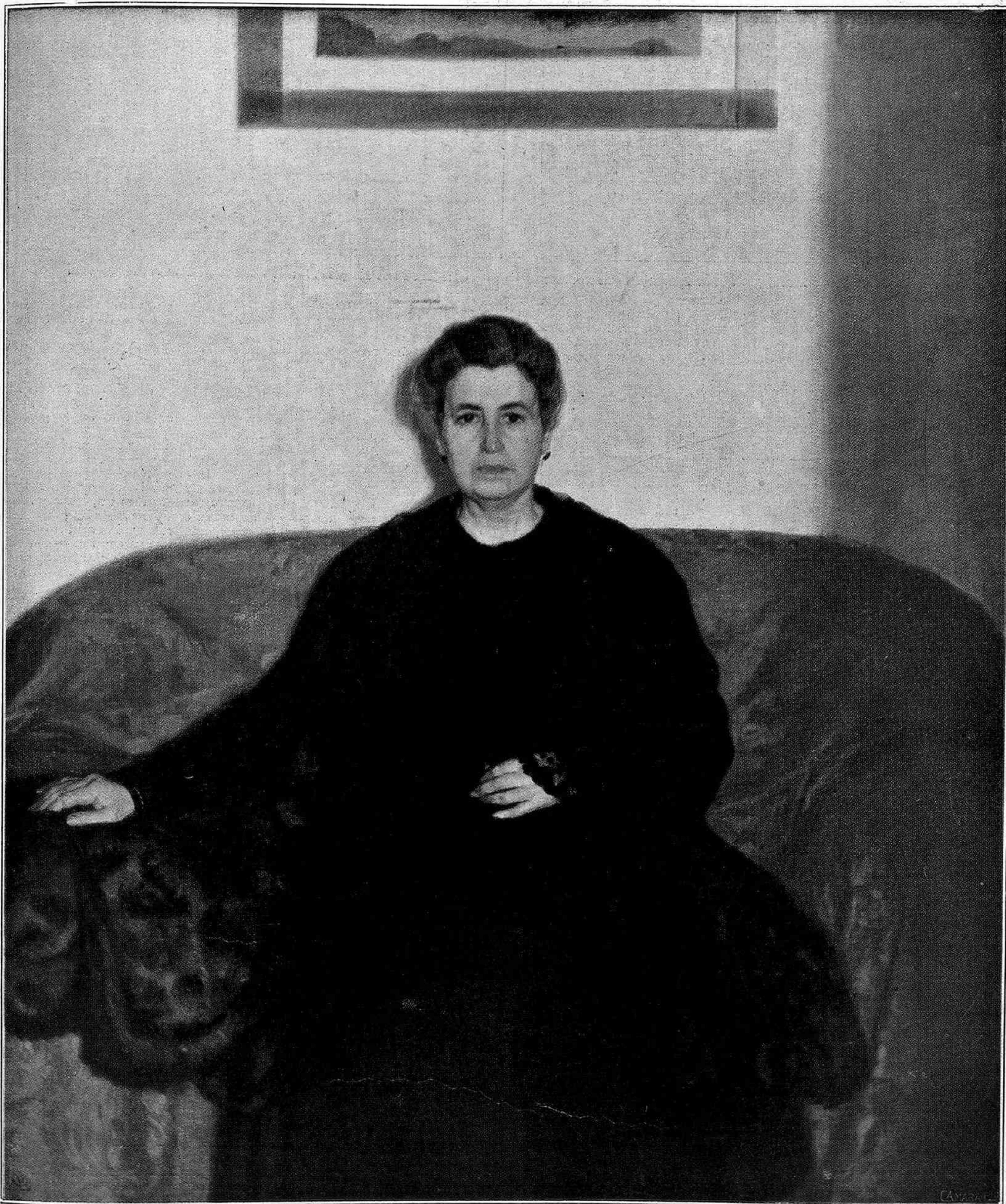
Agentes para la venta.—*En la República Argentina:* Iglesias, Bidón-Chanal y C.^a, Moreno, 631 y 663, Buenos Aires.—*En Venezuela:* Eliseo de Aramburu, Coliseo á Corazón de Jesús, 48, Caracas.—*En Cuba:* De venta en las principales farmacias y droguerías.—*En Panamá:* Gervasio García, Avenida Central, 68, Panamá.—*En Filipinas:* Martini Drug Co Inc. P. Moraga, 29, Tel. 535, Manila.—*En Colombia:* J. M. y N. E. Acosta Madiedo, Progreso, 5, Barranquilla.—*En Chile:* Eduardo Liminana, Santa Victoria, 350, Santiago de Chile.—*En Puerto Rico:* José Combas, Apartado 182, San Juan.—*En Méjico:* F. García Castelló, Avenida República El Salvador, núm. 50, Méjico.

La Esfera

Año VII.—Núm. 345

14 de Agosto de 1920

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

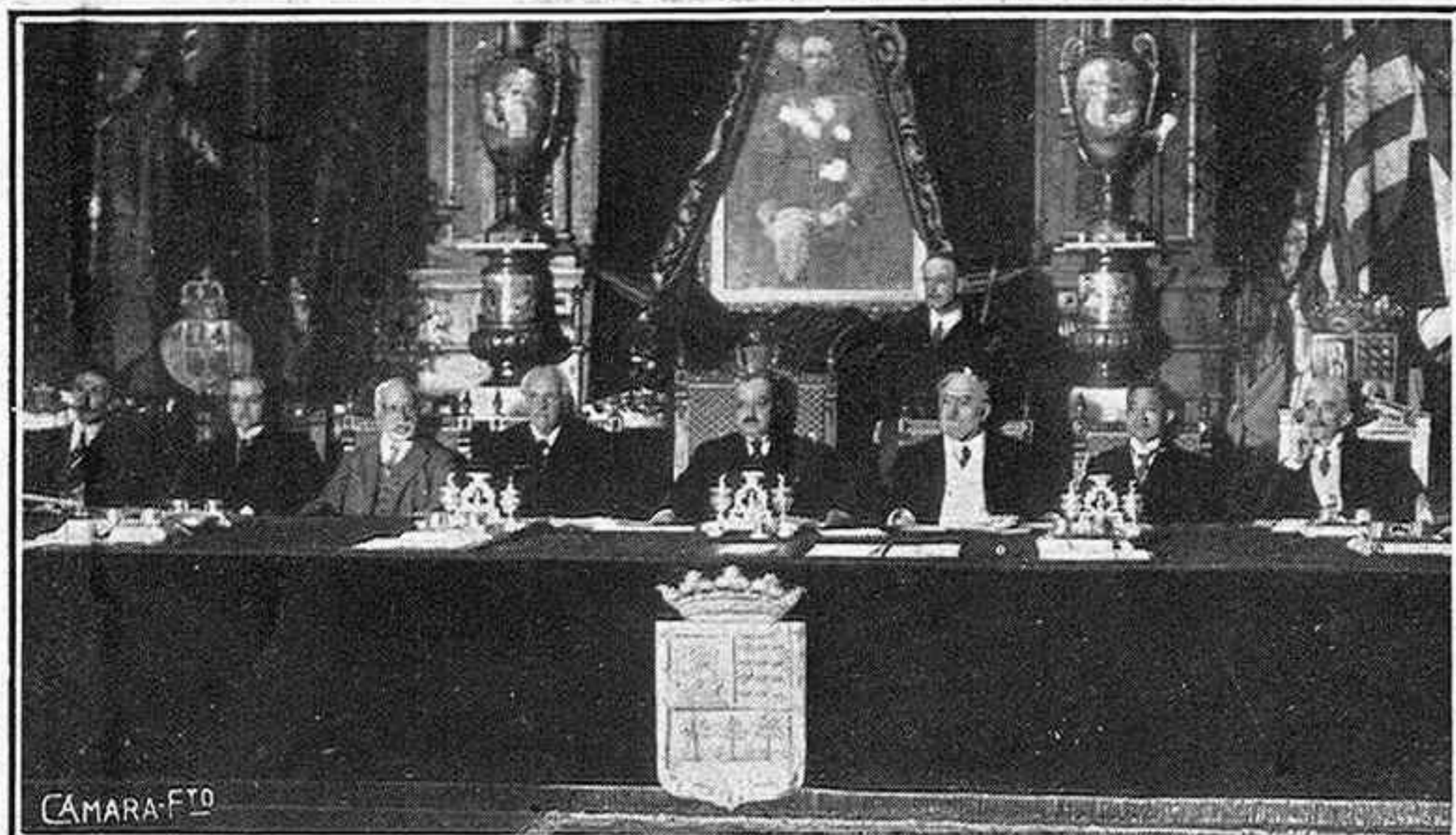


RETRATO DE MI MADRE

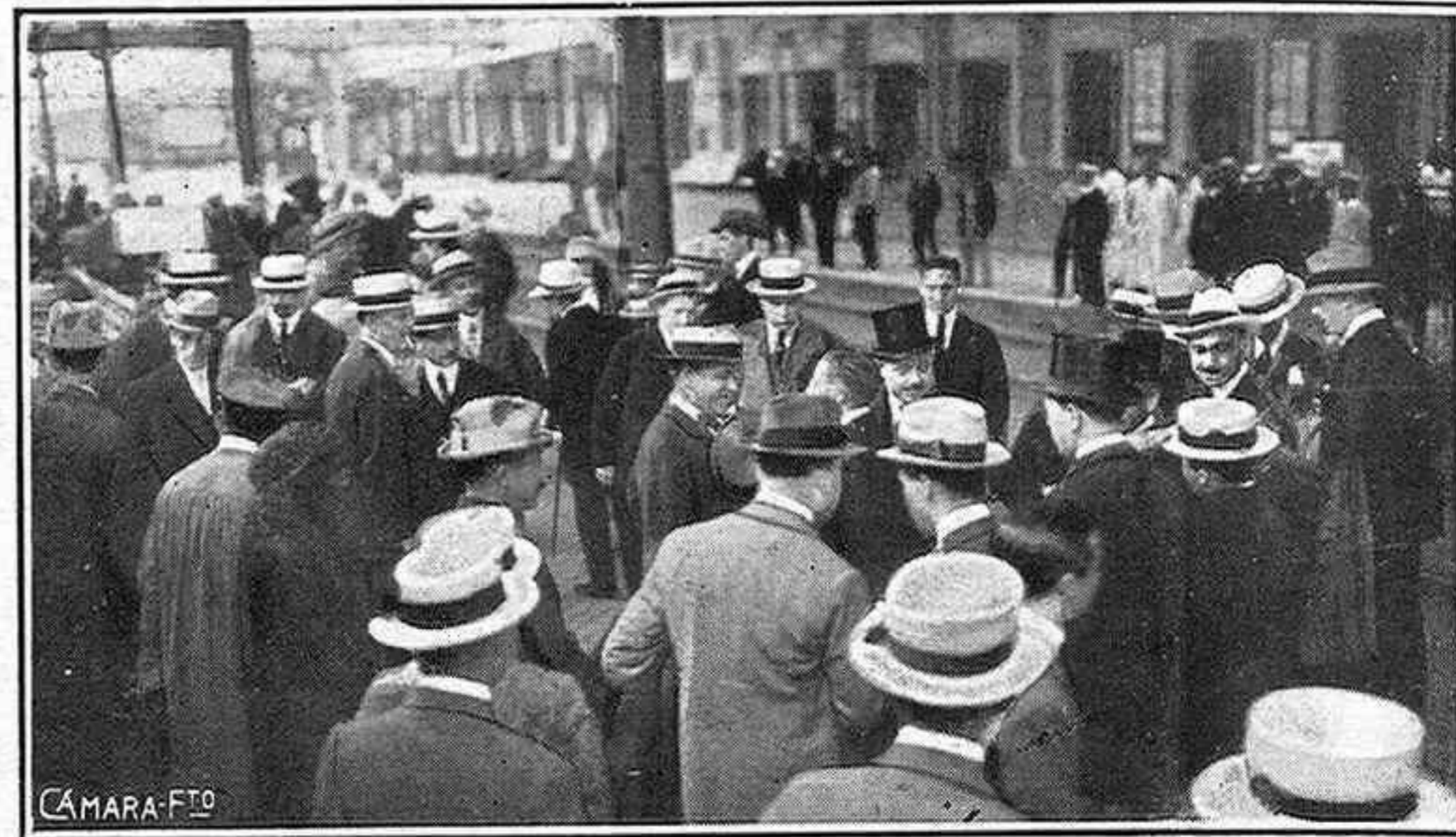
Cuadro de Alfonso Grosso, que figuró en la reciente Exposición Nacional



DE LA VIDA QUE PASA ESPAÑA, ¿GRAN POTENCIA?



El Sr. Quiñones de León presidiendo el Consejo Supremo de la Liga de las Naciones



Llegada de los delegados extranjeros a la estación de San Sebastián

He aquí que, sin comerlo ni beberlo (y no se eche a mala parte de exportaciones la frasecilla), España ha presidido nada menos que el Consejo Supremo de la Liga de las Naciones.

Un español, sin duda honorable, pero que, sin duda también, no es eminencia de la Patria — el Sr. Quiñones de León, nuestro embajador en París —, ha tenido el honor sin par de regir los debates en que intervinieron hombres, no ya famosos en sus países, sino celeberrimos en el mundo.

Y así hemos visto que lord Balfour, ex presidente del Consejo, jefe del partido conservador inglés, estadista de autoridad y ciencia; el señor Bourgeois, publicista insigne, parlamentario de altos vuelos, que ha presidido varias veces la Cámara francesa; el Sr. Tittoni, uno de los políticos italianos de más prestigio en cuestiones internacionales, se avinieron gustosos a ser presididos por el Sr. Quiñones de León.

La prudente sagacidad de nuestro embajador en París se ha apresurado a divulgar que hecho tan fausto para España nada tiene que ver con la modestia de su persona. España ha presidido los debates, porque así lo ha dispuesto la Fortuna.

El Consejo Supremo de la Liga designó como sede de sus reuniones la ciudad de San Sebastián, para realzar y acentuar así la importancia de los neutrales. En todo caso, el Sr. Dato, paladín de nuestra neutralidad, tiene cierto derecho a la ufanía.

De las reuniones del Consejo se desprende el auge de España. Aparte ese blasón de presidirlo, hay el acuerdo de reunirse, también en la ciudad de San Sebastián, la Subcomisión designada en Roma para, en vista del Tratado de Paz, ocuparse de la reducción de armamentos.

Por si ello fuese poco, otro español, por cierto periodista, D. Cristóbal Botella, redactor en París de *La Epoca*, presidirá la Comisión de arbitraje, compuesta de alemanes y franceses, para resolver los problemas económicos producidos entre los súbditos de ambos países desde que comenzó la guerra. Y para colmo de venturas internacionales, a petición del delegado del Brasil, Sr. Da Cunha, secundado por todos los representantes de países hispanoamericanos, parece ya seguro que en Enero próximo celebrarse en Barcelona otra Conferencia internacional, a la que asistirán, por primera vez, delegados austriacos, alemanes y búlgaros, con objeto de resolver cuanto afecta a la libertad de tránsitos y transportes.

Sería cosa de cumplir aquel sabio precepto de Epicteto, según el cual conviene, en la prosperidad, evocar los días amargos, y viceversa. Modo infalible de advertir lo mudable de la Fortuna, que nuestros Epictetos rústicos preceptúan con el refrán: «No hay bien ni mal que cien años dure.»

Y así, tal vez no estaría de más recordar, en estos días de universal halago para España, aquellos otros, no tan lejanos ciertamente, en que los españoles amanecíamos en riesgo de ser bloqueados por las escuadras aliadas, y anocheíamos en peligro de una declaración de guerra por parte de los «centrales». La humillación de entonces se calla, pero no se olvida. Nuestros barcos eran detenidos, registrados, devueltos al

puerto de origen, ó simplemente hundidos por torpedos. Los centrales nos prohibían el comercio, no sólo con los aliados, sino con los neutrales. Los aliados, no ya con los centrales, sino con los neutrales.

Estos halagos y zalemas a la neutralidad eran entonces latigazos y rugidos. Se maltrataba a España, se la vejaba, se la escarnecía, precisamente por lo mismo y por los mismos que ahora la coronan de flores. Por ser neutral, estuvo a pique de sufrir trato de beligerante. En diferentes ocasiones el bloqueo de España fué casi absoluto; en nuestros puertos no entraba ni salía un buque; comenzaron a escasear primeras materias y a cerrarse fábricas. Y si el Gobierno, en su carácter de neutral, solicitaba el paso de sus buques a puertos neutrales, los centrales, como los aliados, le respondían: «Lo sentimos tanto, pero no podemos autorizarlo.» Y los españoles cerriles de un bando y otro glosaban, encantados, estas angustias nacionales, diciendo, con su lógica de cañes ó de beduinos: «¡Anda, toma triputa! ¡Toma neutralidad!» «¡Habrás bestias!...»

ooo

Ignoramos si la noticia es sólo un entusiasmo de Tartarín metido a reportero, ó uno de esos «globos pilotos» que abastecen las cancillerías y se prodigan tanto. De cualquier modo, no sorprendería a nadie, aun cuando a muchos agrada se y a otros supiese a rejalgár.

Parece que, de acuerdo Inglaterra, Francia, Italia y Japón, elevarán a España al rango de Potencia de primer orden. Actualmente, las potencias de primer orden son, a más de ellas, los Estados Unidos, que no tienen representación en la Liga. Porque aun cuando Alemania y Rusia, por su extensión y población, sigan siendo «de hecho» grandes Potencias, no lo son «de derecho», por sus especialísimas circunstancias.

De consiguiente, la propuesta ha de ser aprobada por Inglaterra, Francia, Italia y Japón, dentro de la Liga, y fuera de ella, por los Estados Unidos. (No se olvide que la propuesta de la Sociedad de Naciones partió de Wilson, aun cuando actualmente, «por circunstancias especiales», los Estados Unidos se inhiban, casi enteramente, de toda actuación internacional.)

Es lo natural que noticia tan importante para España sea comentada, examinada y discutida. Y lógico que lo primero que se pregunte es qué indicios hay de certeza ó siquiera de probabilidad.

Ante todo, conviene no olvidar que España tiene unos Convenios comerciales con Inglaterra, Francia y los Estados Unidos, además de otros, puramente financieros, con Francia. Nos hallamos también en vísperas de que Italia, por el llamado «Trust Hispanoitaliano», se lleve una porrada de millones de España para desenvolver grandes negocios en su país, y a ello principalmente obedece la estancia en Barcelona de Tittoni.

De otra parte, la tirantez de relaciones, más agudizada cada día, entre Estados Unidos y Japón, por su preponderancia en el Pacífico, despierta en el Japón nuevas simpatías hacia España. España representa en América la posible federación de naciones del mismo idioma y la

misma raza, como la más firme muralla que oponer al trapisondismo, disfrazado de monroísmo, del tío Sam.

En esta aspiración de sustraer el Nuevo Continente a la absorción yanqui, es natural que acompañen al Japón todas las Potencias, grandes y chicas, de Europa y del mundo; pero con más ahínco Inglaterra, Francia é Italia, que defenderán su comercio americano de la garra yanqui.

Y he aquí cómo, según estas observaciones livianas, todas las actuales grandes Potencias tienen determinado interés en halagar a España, menos los Estados Unidos. De consiguiente, he aquí, pues, que Inglaterra, Francia, Italia y Japón — porque así les conviene a sus intereses de momento y porque en un largo Porvenir no han de temer que España les haga sombra — se deciden a dar a España el rango de gran potencia. ¿Qué hacen los Estados Unidos? ¿Adherirse? ¿Oponerse? ¿Encogerse de hombros?

Claro que Washington lo pensará muy bien, porque le afecta grandemente. En general, cuanto tienda a elevar a España, tiende, naturalmente, a fortalecer el hispanoamericanismo. Y el hispanoamericanismo será, con el tiempo, el enemigo más temible de los yanquis. Con el incendio mejicano a la puerta, el peligro amarillo dentro de casa, la situación de enojo y desdén provocada en Europa ante la ausencia de toda actuación con sus «asociados», y sus problemas interiores, que también los tiene, y no chicos, no es de creer que a Washington le haga mucha gracia la elevación de España a Potencia de primer orden. Automáticamente, el hispanoamericanismo tomaría una fuerza incontrastable. ¿Puede consentirlo el pueblo de Roosevelt?

Claro que lo consentirá, de no haber remedio, porque a la fuerza ahorcan, y a cada país le llega su San Martín. Pero antes es probable que revuelva Roma con Santiago, alegando, difiriendo, entorpeciendo.

Es decir, que a Inglaterra, Francia, Italia y Japón les conviene fortalecer a España para debilitar en América a los Estados Unidos. Y, naturalmente, a los Estados Unidos no les conviene que los debiliten, y se opondrán, en lo posible, a que España sea gran Potencia.

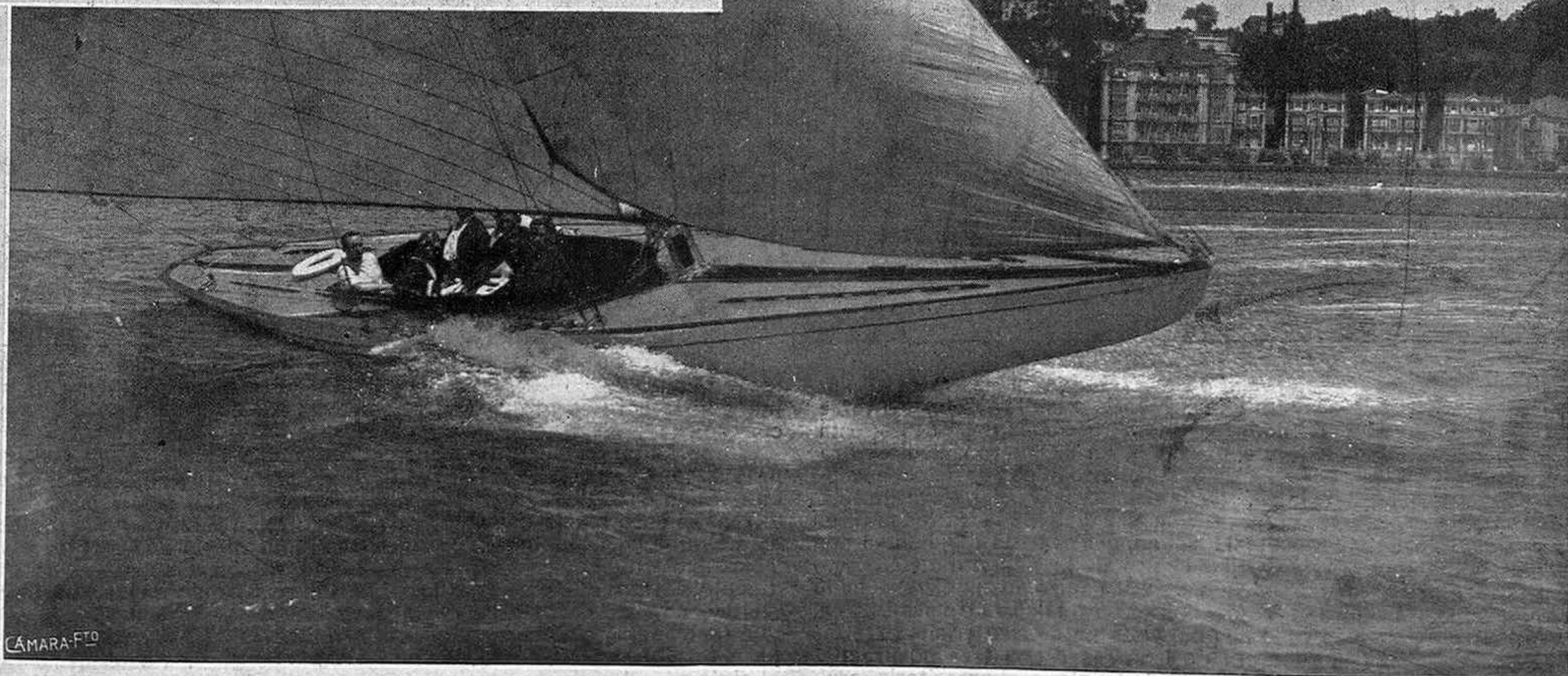
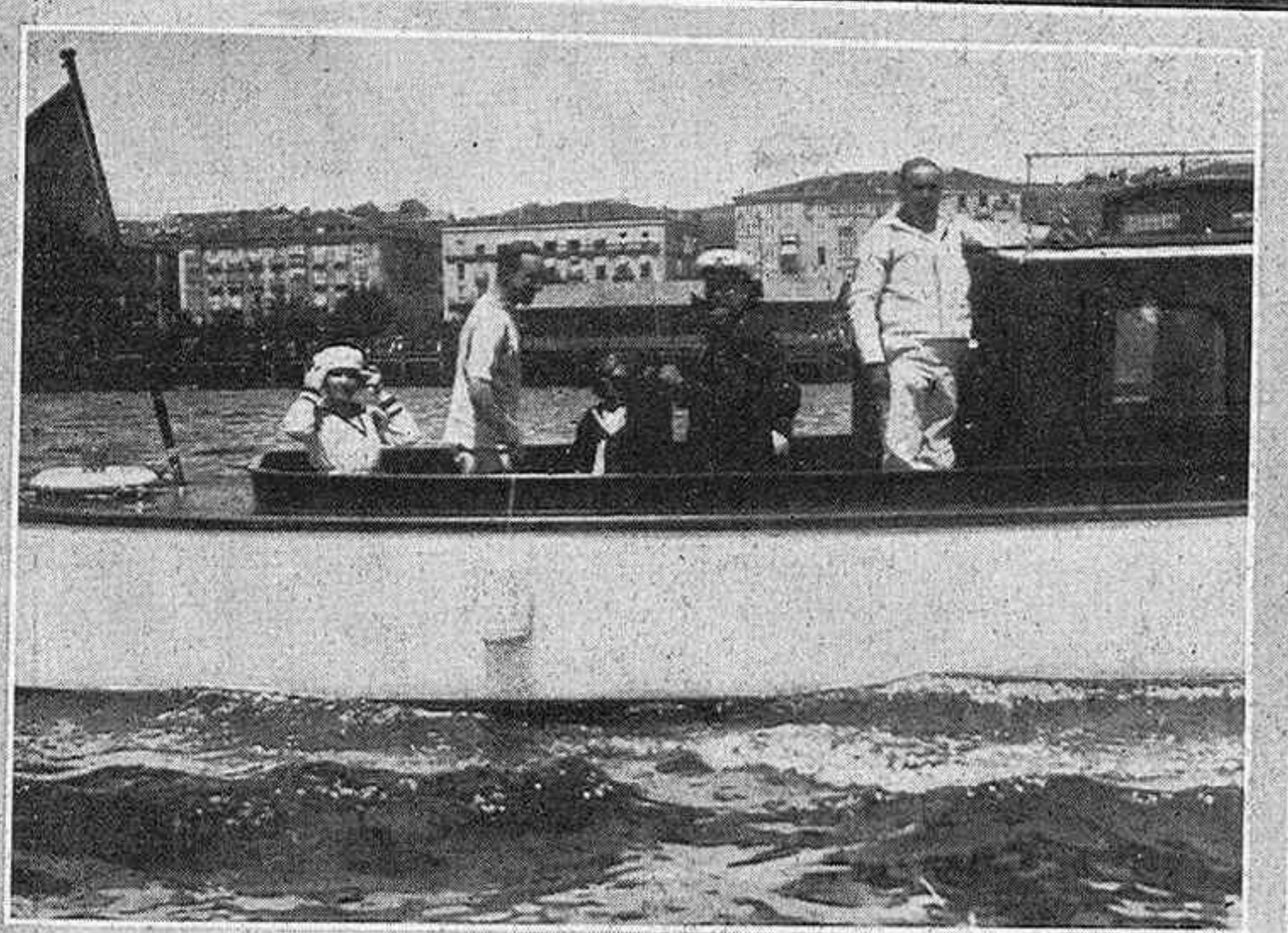
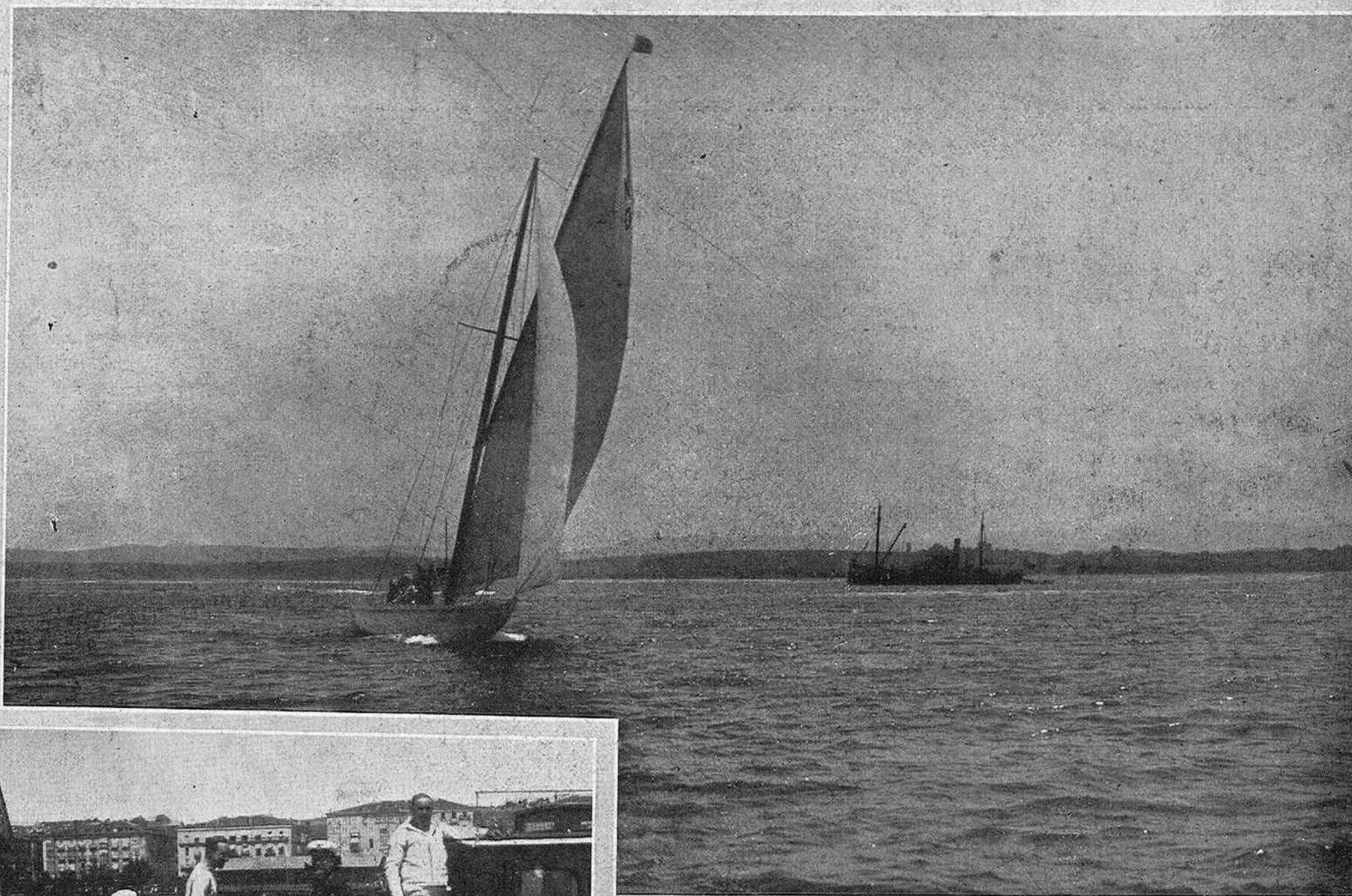
La circunstancia de que, tras el regreso de Wilson a su país, no hayan los Estados Unidos intervenido en las Conferencias de Londres, Boulogne sur Mer, San Remo y Spa, y de que ahora, en la de San Sebastián, no suene para nada el delegado yanqui, favorece de modo extraordinario el propósito de los «asociados», respecto de otorgar a España el «tercer entorchado» internacional.

Ahora, que España gran Potencia, no es lo mismo que España Potencia de segundo orden. Y debemos pensar que si se nos otorga el galardón, será, no en pago de neutralidad, sino en cuenta de alianzas y transacciones. ¿Asoma, acaso, aquí, disfrazado por Inglaterra, Francia é Italia, el problema del Mediterráneo, y principalmente el de Tánger y Marruecos?

El tema es tan interesante para España, que aguardamos con impaciencia.

CRISTÓBAL DE CASTRO

LOS REYES EN SANTANDER



SS. MM. los Reyes, acompañados del Príncipe de Asturias, dando un paseo en el balandro "K. O." por la bahía de Santander.—En el recuadro, los Soberanos y su augusto primogénito embarcando en la canoa automóvil para dirigirse al balandro FOT. CAMPÚA, H.



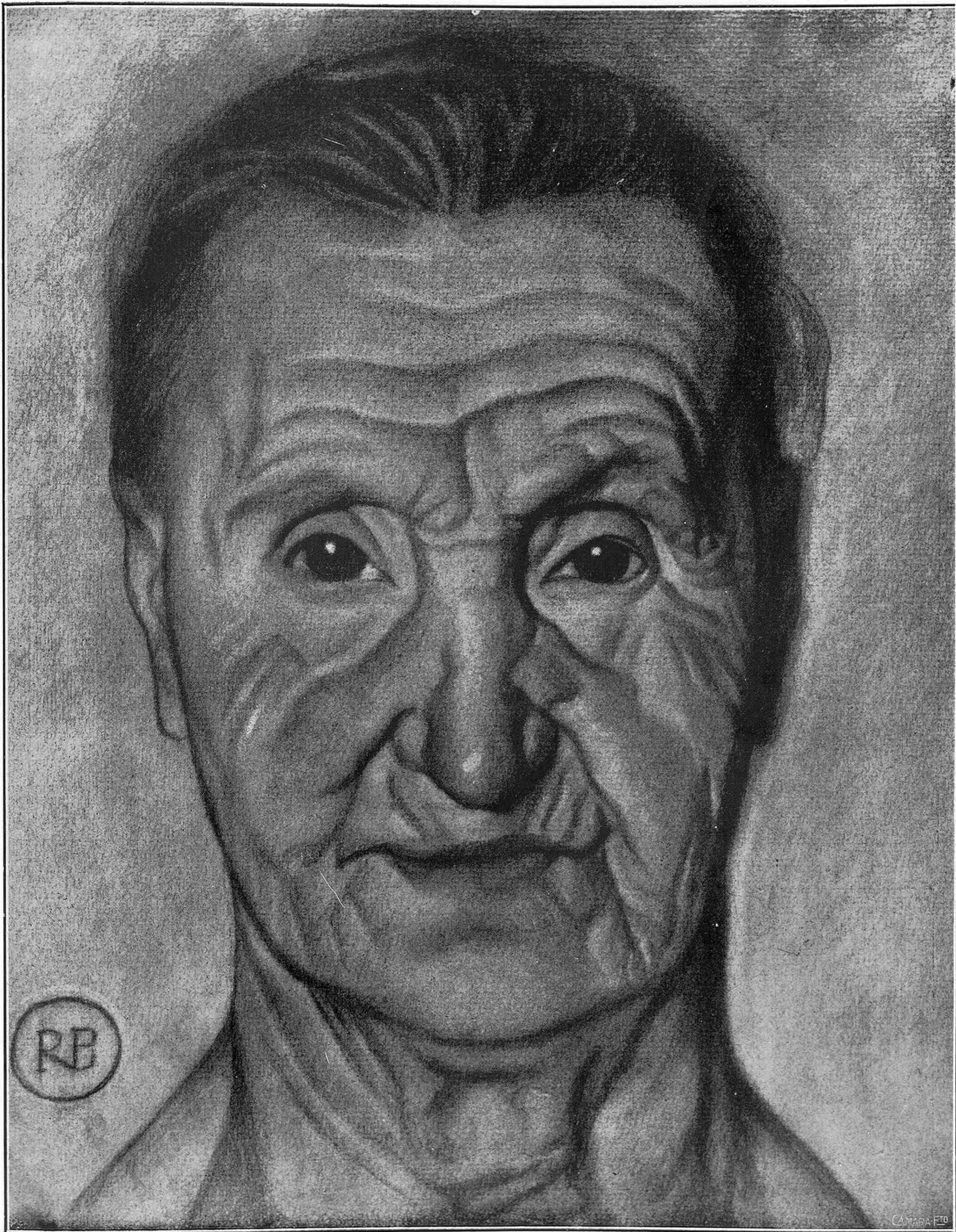
El templo de *Santa María la Real ó del Puente* se encuentra en el pintoresco pueblo de Sangüesa (Navarra). Su esbelta y elevada torre se destaca dominando á todas las construcciones del pueblo; esta torre es de estilo ojival primario y ochavada en su cuerpo medio. Otra bella parte de esta iglesia es su fachada. En ella todo es románico, exceptuando el arco apuntado de la puerta; la estatuaria y el relieve de esta portada pertenecen á un estilo que revela una antigüedad á todas luces mayor que la del arco apuntado. El tímpano, que se halla dividido en dos zonas, representa el *Juicio final*; en el centro de la superior está, como Supremo Juez, el Salvador, rodeado de los cuatro evangelistas; en la parte inferior se encuentra la Virgen con el Niño Dios entre sus brazos, y á sus lados los apóstoles bajo un arco cada uno. Otra parte, exterior también, interesante es la cabecera de la fachada con tres admirables ábsides de estilo románico. En el interior de la iglesia el presbiterio, crucero, nave central y coro, revelan la arquitectura de las escuelas monacales del siglo xi; el embovedado del templo lleva el sello clásico é inconfundible de primeras construcciones góticas. El presbiterio es poco impor-

tante, considerado estéticamente; su ábside está envuelto por un retablo churrigueresco grande, dorado enteramente, y cuyo precio debió ser costoso.

En el altar mayor se encuentra una imagen de Nuestra Señora, y presenta ciertas semejanzas con la famosa Virgen de Roncesvalles; está construída en madera, cubierta por chapa de plata. La disposición que ofrece el coro revela que éste es de construcción relativamente moderna. El hallarse combinados en el templo de Santa María la Real los estilos románico y ojival primario hace posible la sospecha de que el primitivo templo, de mediados del siglo xii, haya sido restaurado en las postrimerías del mismo siglo ó en el xiii. Al lado de la iglesia se halla situado el que fué palacio y fortaleza de D. Alonso *el Batallador*; solamente restan en pie unos torreones cuadrados de aspecto imponente. Posteriormente, en el siglo xix, el antiguo palacio del Rey *Batallador* sirvió para que los malhechores purgasen su delito. ¡Triste fin de unas paredes que fueron testigo de esplendor y de grandeza!

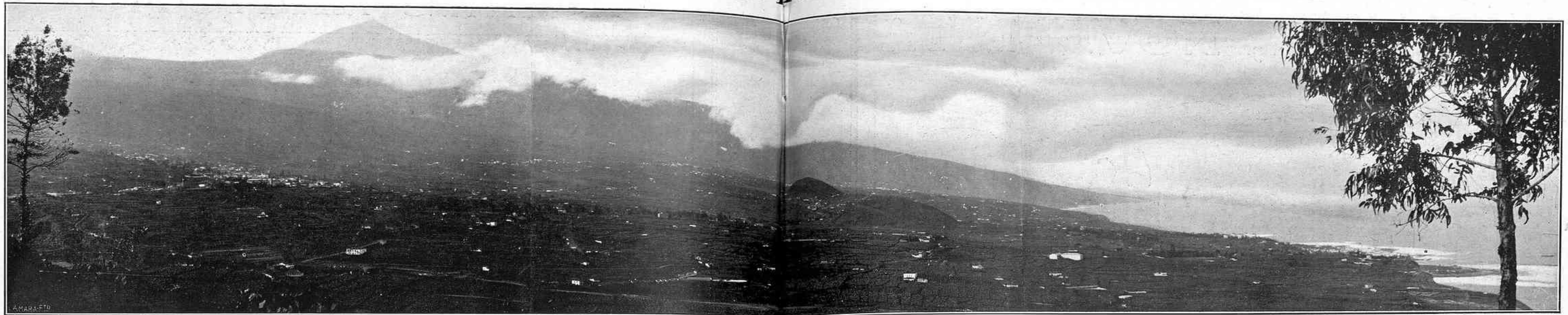
FOTOGRAFÍA CAMPÚA

PÁGINAS ARTÍSTICAS



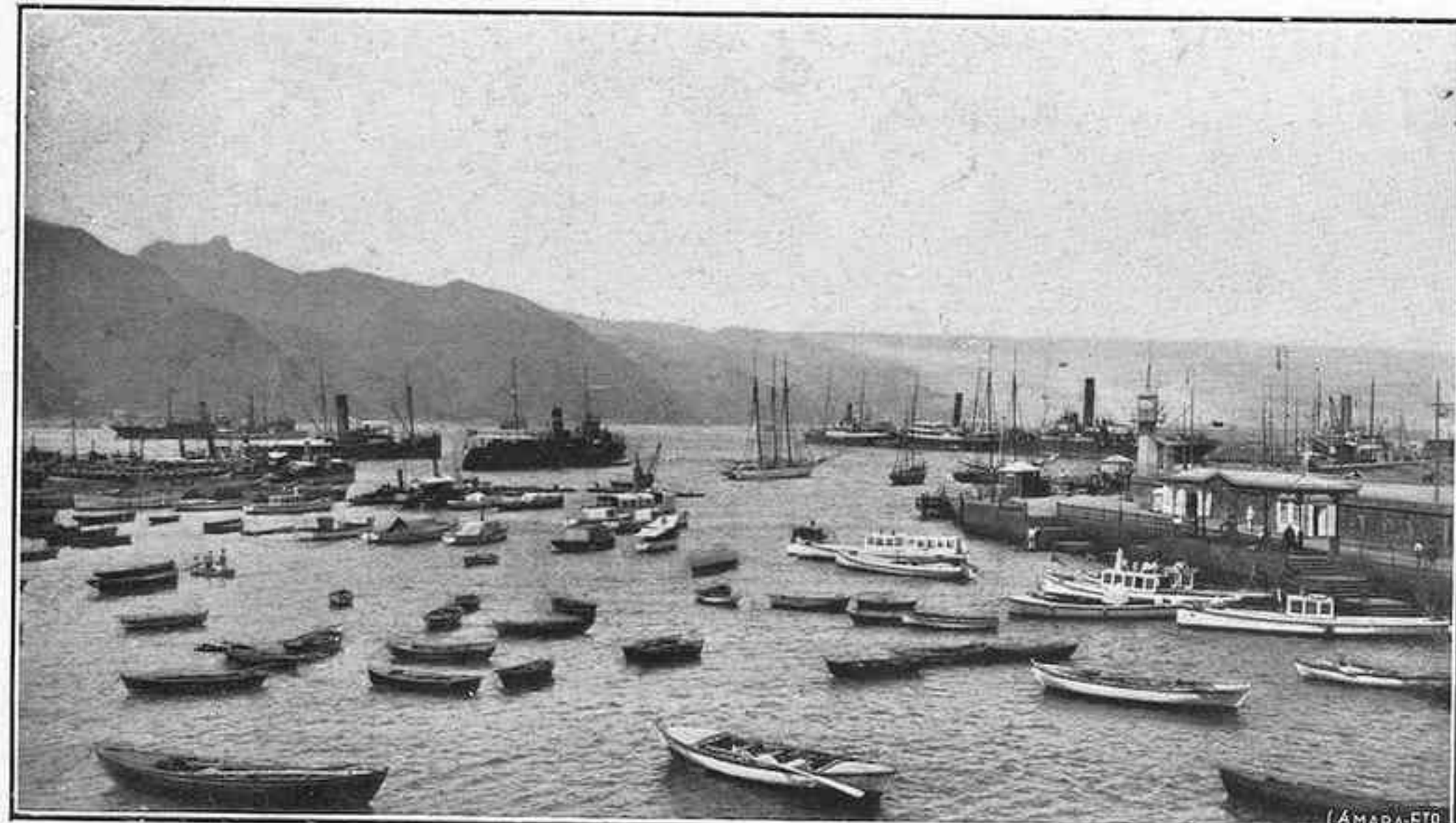
LA CHÁMALA, TIPO DE VIEJA MONTAÑESA, por Ricardo Bernardo





Un paisaje de Canarias

Vista panorámica del Valle de la Orotava



Santa Cruz de Tenerife.—El puerto



Santa Cruz de Tenerife.—La ciudad



El campo.—Empaquetado de frutas



El campo.—Recolección de tomates

EL PARAISO ABANDONADO

Al salir de Cádiz con rumbo á América, y en tanto que el ritmo de las bielas y el resoplar del vapor son, en la entraña del buque, poderoso aliento del titán que recoge sus energías en la tensión anterior á un gran esfuerzo, poco á poco, al par que el mar afuera, la costa se desdibuja, sus perfiles se borran, sus colores se confunden, y pronto, allá en el remoto del horizonte que huye, España es una sombra que la bruma deslie...

Nada como lo infinito de un mar sin orillas da la sensación de alejamiento. Apenas basta una hora de navegación para perder de vista la tierra; pero ahora se os antoja, al cabo, una eternidad, porque el abismo os separa de todos vuestros amores y de todos vuestros odios, y cruzáis tal abismo pendiente del hilo de vuestro destino, que la Parca puede cortar ahora mismo, después, mañana... ¡Quién sabe!

Por eso, cuando luego de dos días y de dos noches de alta mar, de pleno Océano, amanecéis con la sorpresa de una litera inmóvil y de un silencio de catacumba, al correr hacia el puente en busca de una explicación y escuchar la de que hacéis escala en Canarias y que aquella tierra es «todavía» España, necesitaríais de un gran esfuerzo de imaginación para creer lo que os cuentan, si en la costa no vierais, más allá de los edificios grises y de las palmeras verdes del desembarcadero, las casitas blancas de Las Palmas agazapadas en derredor de una inmensa catedral sombria que parece aplastarlas.

Allí está la tragedia castellana, la misma tragedia que hallaréis más tarde en Córdoba de la Argentina, en Santiago de Chile, en Lima, en La Paz, en Quito, en Santa Fe; en todos los pueblos de origen español que ganaron su independencia política, sin por ello conseguir su independencia espiritual...

ooo

Allí, en Canarias, está, sin embargo, junto á la sombra de nuestra sombra, el luminoso prodigio de una tierra de maravilla. Paraíso codiciado por todos y abandonado por nosotros, ya que siendo nuestro, sin duda no le merecemos, son las islas como hijas hermosas, desnudas y hambrientas, de una madre trocada en madrastra que desdeña mantenerlas; pero que usa de su potestad para impedir que nadie las adopte ni las mantenga.

De limosna extranjera; del oro dejado, al paso, por viajeros ingleses, alemanes y americanos, y del premio obtenido llamando á las puertas de Nueva York, de Londres y de Hamburgo, para ofrecer el cestillo de sus frutas — de todo, en suma, menos de la

ayuda de España —, vivieron las islas Canarias antes de la guerra. De 1915 en adelante, á medida que se hizo más dura la lucha en el mar, las islas abandonadas fueron quedando más solas, más pobres, sin limosna dejada por viajeros, al paso: sin barcos que, al paso, recogieran el cestillo de sus frutas... Llegaron hasta Madrid los clamores de aquellas desesperaciones, de aquellas ruinas, de aquellos hombres... La infidelidad de España ante aquel desastre fué tal, tan absoluta, tan culpable, que pareció significar un renunciamiento á toda autoridad, á toda posesión, á todo derecho... Y, sin embargo, en tal hora España atesoraba. Los bandos que ensangrentaban el suelo de Europa se disputaban, en una puja sin precedentes en la Historia, los minerales, los granos, los vinos, los aceites, los cueros: todo lo que acertaba á producir el suelo español... A espuelas, á carros, á vagones, entraba el oro por las fronteras... La poseta, despreciada tres años antes, se colocó en las primeras filas de los cambios... Provincias enteras se enriquecieron fabulosamente... Gañanes y buhoneros, acostumbrados á ir descalzos, rodaron en automóviles espléndidos... Patrones de barquichuelos de pesca y de contrabando se convirtieron en dueños de poderosas flotas y en señores de inverosímiles palacios... Al través de la Península entera, la mascarada insolente y soez de los «nuevos ricos» pasó su plumaje abrigado sobre el festín de la carroña, como el de los buitres... Por todas partes, en los salones y en las tabernas, en la Bolsa y en la calle, se hablaba de interés, de comisión, de beneficio de un lucro que las circunstancias hacían parecer legítimo, y que por eso se designaba con todos los nombres imaginables, excepto el de robo, que era el suyo.

De esa vergüenza de nuestra riqueza no surgió ni aun la veleidosa redentora que impulsa á los degradados, en horas de suerte, hacia una obra de bien... Allí lejos, en medio del mar, nuestro paraíso abandonado se trocaba en infierno del hambre; las islas Canarias, nuestra provincia hermana, agonizaba, y nos imploraba en su agonía: llegaba hasta nuestro festín el eco de aquel dolor... ¿Qué hacíamos, qué hicimos, qué seguimos haciendo en tanto?... Buscar fórmulas para halagar el separatismo de las provincias enriquecidas, avaras, y, por otro lado, abrir amplio cauce en el yermo marroquí para que nuestra sangre y nuestro dinero vayan fertilizándole en provecho ajeno...

«España y nosotros somos así!»

ANTONIO G. DE LINARES



NAPOLEÓN, NOVELISTA



Un erudito polaco, M. Simon Askenary, ha tenido la buena fortuna de descubrir en el archivo del castillo de Kornik (Posnania), propiedad del conde Zamoyski, una colección de autógrafos de Napoleón Bonaparte. Entre otros documentos curiosos relativos a esta gran figura histórica, ha aparecido una especie de novela autobiográfica del que fué dominador de Europa, reflejando sus doce cuartillas, de escritura nerviosa y abundante en tachaduras y enmiendas una gran crisis sentimental. Debe datar la concepción de esta novela del año 1795, cuando Bonaparte, ya general de Artillería y apenas cumplidos los veinticinco años, hubo de residir algún tiempo en París, pobre y caído en desgracia. Allí conoció a Eugenia Clary, hermana de Julia, casada con José Bonaparte, y de la que hubo de enamorarse perdidamente el héroe.

He aquí el interesante documento, que traducimos de una revista francesa:

ELISSON Y EUGENIA

Elisson había nacido para la guerra. Ya conocía la vida de los grandes capitanes cuando niño. Y meditaba sobre los principios del arte militar. Llegada la edad de ceñir las armas, fueron señalando sus pasos brillantes hazañas. Adolescente aún, alcanzaba el grado más alto de su oficio bélico. La fortuna hubo de ser constante compañera de su genio. Sucedianse las victorias; su nombre era para el pueblo sinónimo de éxito.

Pero su espíritu se agitaba, inatisfeco. La envidia, la calumnia, todas las bajas pasiones al salto de las famas nacientes, que destruyen a tantos hombres útiles y ahogan tantos genios, se agitaban en torno suyo. Su fuerza y su sangre fría, su valor y su firmeza de ánimo, sólo ser-

vían para acrecer el número de sus enemigos y ofender á aquéllos que, por el puesto que ocupaban, hubieran debido encauzarle favorablemente la opinión. Llamábase orgullo á su grandeza de alma. Asqueado de los triunfos, porque éstos multiplicaban las filas de sus adversarios, experimentó la necesidad de concentrarse en sí mismo. Por la primera vez lanzó una ojeada sobre su vida, sus gustos y su situación. Como todos los hombres, sentía el deseo de ser feliz. Hasta entonces sólo había hallado en su camino la gloria...

Esta reacción sobre sí mismo le hizo comprender que hay otros sentimientos que no sean la guerra, otras inclinaciones que no sean la destrucción; que el arte de auxiliar á los hombres, de instruirlos, de hacerlos dichosos, vale más que el de aniquilarlos. Quiso recogerse un momento; poner en orden el caos de ideas que desde mucho tiempo antes reinaba en su cerebro. Y dejando por unos meses el regimiento, dirigióse á Champvert, cerca de Lyon, demandando hospitalidad á un amigo.

Era el lugar bello y apacible. En la finca se reunía cuanto el Arte y la Naturaleza pueden crear. Elisson contemplaba allí con sorpresa el espectáculo encantador de la aurora y del ocaso: de la luna, que argentaba en las noches bosquesillos y praderas. Eran para su alma impresiones innatas y deliciosas el canto de las aves, el murmullo de los arroyuelos, hasta los volubles caprichos del tiempo; ¿Cómo toda aquella sublime belleza podía haber pasado antes inadvertida para él?... Queriendo saturarse de ella, pasaba horas y horas en el campo. Su amigo recibía muchas visitas, y Elisson era huraño y poco amigo de fórmulas sociales. Su imaginación ardiente, su corazón impetuoso, su espíritu severo y su temperamento frío, aveníanse mal con las

sonrisas de las coquetas, con las naderías galantes, con las frases de ingenio. Para él, eran lenguaje incomprensible el sigisbear de las cabalas y el chisporrotear de los retruécanos.

Llevaba una vida selvática, absorbidas todas sus facultades por una sola idea, que aún no podía definir ni conocer, pero que se adueñaba enteramente de su espíritu. Habitudo á las fatigas, tenía necesidad de acción y de ejercicio.

Su excepticismo natural le fué formando melancólico. El que había sido reflexivo, se hizo soñador. Nada tenía ya que proyectar, que temer, que esperar. Ese estado de quietismo, tan insólito en su genio, hubiera podido arrastrarle en poco tiempo al estupor.

Su paseo predilecto eran los baños de Alles, distantes una legua de la finca. Allí pasaba las mañanas enteras observando, recorriendo el bosque ó leyendo algún autor selecto. Un día que, por caso excepcional, era escaso el número de agüistas, halló en su camino dos muchachas encantadoras, que parecían gozar extraordinariamente con este paseo bajo la fronda... Amelia era de aventajada estatura; tenía unos ojos muy bellos; la tez, blanquísima; larga y ondulada la cabellera. Su edad no excedería de los diez y siete años. Uno menos contaba Eugenia, y acaso no podía rivalizar con su hermana en hermosura. Cuando miraba Amelia, lo hacía frente á frente, clavando sus ojos en los míos, como diciéndome: «Sabed que no hay más medio de agradarme que li onjeándome; me gustan las palabras bonitas y el acento almibarado.» En cambio Eugenia no levantaba jamás la vista ante un hombre. Sólo sonreía con dulzura, dejando ver los dientes más bonitos imaginables. Cuando se le ofrecía la mano, aceptábala con frialdad, sin sonreír. Por el contrario, parecía complacerse en mostrar las manos, en verdad lindísimas;

manos donde la blancura de la epidermis contrastaba con el azulado de las venas. Amelia era como una canción francesa, que se oye agradablemente porque todo el mundo sabe su melodía, porque todo el mundo tiene el presentimiento de su armonización. Eugenia era como el canto del ruiseñor ó como el de Paisiello, que sólo place á las almas sensibles, á las almas capaces de percibir su belleza, mientras es una música indiferente para los espíritus vulgares. Mientras Amelia subyugaba á la mayoría de los hombres, imponiendo el amor, Eugenia sólo podía impresionar al corazón ardiente que no hace latir el deseo, sino el sentimiento profundo. Llegaba aquélla al Amor por la Belleza. Eugenia debía encender en el corazón de un solo hombre una pasión fuerte y digna de ser admirada por los demás.

El calor era excesivo. Densos nubarrones oscurecían el horizonte. Los relámpagos se sucedían, cegadores. Eugenia, con los ojos anegados en lágrimas, estrechaba contra su seno á su amigo. Sofía, la pequeñuela, sorprendida por el dolor de su madre, ocultábase entre los pliegues de la falda y se abrazaba las rodillas con sus manecitas cándidas...

—¡Elisson... Si h's de dejar de amarme, arranca con esa mano que tanto me ha acariciado la vida á tu Eugenia!...

Quiso calmar su dolor y tornarla á la felicidad. Rodeándola con sus brazos amantes, exclamó:

—¡Eugenia mía! ¡Por la vida de nuestra Sofía, te juro amor eterno!... ¡No aumentes mis sufrimientos con tus lágrimas! ¡Por qué alarmarte si me ves tranquilo?

Prolongaron la conversación en la noche, y se durmieron muy tarde. Estaban en el primer sueño cuando despertó á Elisson rumor de voces y piafar de caballos. Levantóse y vió á uno de sus antiguos correos, que le traía una orden del Gobierno. Debía partir antes de veinticuatro horas con dirección á París. Iban á confiarle una empresa importante, que sólo sus talentos podían

llevar á buen término. —¡Desgraciada Eugenia, mientras duermes, te arrebatan á tu esposo!... Ella se despierta y exclama:

—¡He ahí explicado el terrible misterio! ¡He ahí la desgracia que yo presentía! ¡Me abandono, Elisson! De nuevo vuelves á ser juguete de la insensatez de los hombres, de los acontecimientos y de la fortuna. ¡Adiós, felicidad! ¡Adiós, días venturosos!...

Ella estaba densamente pálida. Elisson permanecía indeciso. Sin embargo, era preciso partir...

Ya se encuentra al frente de un ejército. No daba un paso sin llevar á su Eugenia en la memoria, sin enviarle testimonios de su cariño. Su nombre era símbolo de la victoria. Sus talentos y su felicidad le engrandecían. Lo lograba todo. Había sobrepujado las mayores esperanzas del pueblo y del ejército, que él coronaba de laureles. ¡Quién hubiera dicho que Elisson, en plena juventud y tan útil á su patria, estuviera acechado ya por la muerte!... Llevaba algunos años separado de su amada. Pero ni un sólo día dejaba de recibir de ella cartas, siempre tiernas, que levantaban su ánimo y alimentaban su amor... Durante un combate, en el que su arrojo le hizo exponerse temerariamente, fué herido de gravedad. La fama acrecía su mal. Envió á Berville, uno de sus ayudantes, á participar la noticia á Eugenia y á hacerla compañía hasta que él estuviese completamente curado. Berville estaba en la aurora de sus pasiones. Su corazón no había amado aún. Era como el caminante fatigado ó perdido que explora con la vista el horizonte en demanda de un techo que le cobije durante la noche. Así, buscaba asilo y calor su corazón. Vió á Eugenia; confundió sus lágrimas con las de ella; compartió sus preocupaciones, y ambos hablaron horas interminables de Elisson y de su mala ventura. El corazón inexperto de Berville creía palpar, animado por amistad tiernísima. Pero una pasión, tanto más violenta cuanto más pugnaba por ocultarse, habíase adueñado de él. Idolatraba á Eugenia. Ella no

sentía la más pequeña desconfianza del amigo de su esposo. Pero empezaron á ser menos frecuentes sus cartas al herido, y poco á poco las misivas fueron cada vez más concisas. Elisson experimentaba dolorosas inquietudes. Hallábase restablecido de sus gloriosas heridas; pero una angustia indisimulable le desgarraba las fibras del corazón. Eugenia no le escribe... Eugenia no le ama ya... Noche y día piensa en su desgracia. Berville le envía cartas que traducen el esfuerzo y sin interés alguno. Siente impulsos de volar á Champvert y arrancar á Eugenia á la desventura y al oprobio. Pero se debe á su patria, que le ha colocado en aquel puesto de honor... Son las dos de la mañana. El combate decisivo se aproxima. Ya se han circulado las órdenes.

—¡Mañana abandonaré quizá el mundo! Y tú, Eugenia, ¿qué dirás?, ¿qué harás?, ¿qué será de ti?... ¡Alégrate de mi muerte, maldice mi memoria... y vive feliz!...

El toque de diana resonaba en la amanecida. Extinguíanse los fuegos del campamento. Empezaban á avanzar las columnas á paso de carga. La muerte elegía ya sus víctimas entre los héroes.

—¡Cuántos infelices enamorados de la vida querrán conservarla!... En cambio, yo quisiera extinguirla. Porque mi vida era Eugenia...

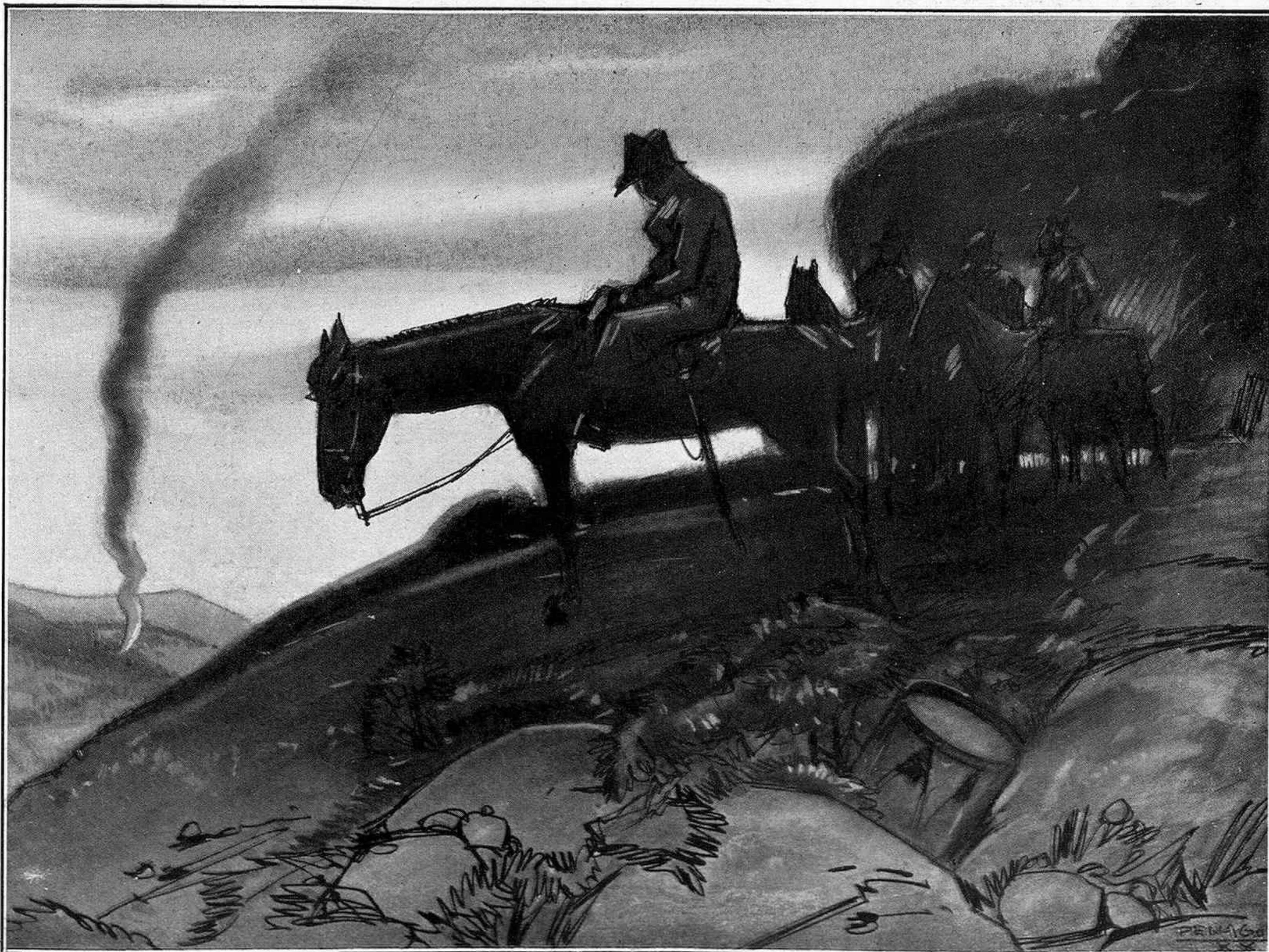
Llegaron á anunciarle que el ala derecha estaba derrotada. Elisson consigue rechazar al enemigo. Combatía, aun cuando le comunican que el centro acababa de conseguir la victoria. En cambio, la fortuna se le resistía en la izquierda del ejército, gravemente amenazado.

«¡Adiós, mujer, á quien yo elegí por árbitro de mi vida! ¡Adiós, compañera de mis días más dichosos! He saboreado en tus brazos la felicidad suprema... Pero he agotado la vida y sus dones...»

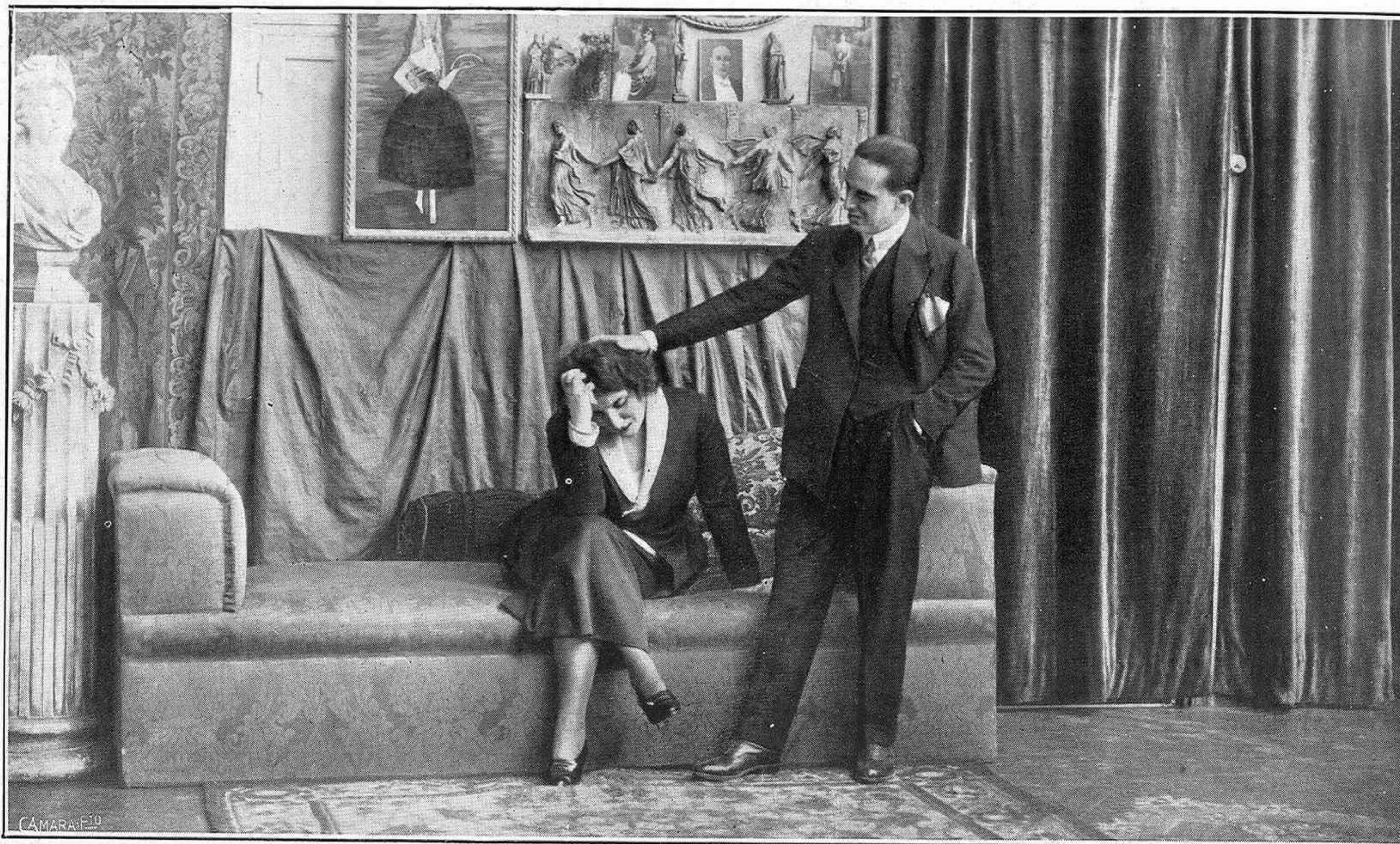
Plegó la carta y, dando á un ayudante la orden de llevarla á Eugenia, se lanzó á la lucha á la cabeza de un escuadrón... y murió acribillado á bayonetazos.

TRADUCCIÓN DE A. READER

DIBUJOS DE PENAGOS



EN TORNO A "LA BIEN PAGADA"



Se acercó á ella su marido, y muy dueño de sí, y al mismo tiempo que le acariciaba los negros rizos de la frente, le dijo:
—No sé por qué lloras así, mujer...

Don José María Carretero, cuyo seudónimo *El Caballero Audaz* le ha granjeado tan vasta y justa nombradía como coronista de las personas y las cosas de su tiempo, acaba de publicar una novela de ineluctable interés: *La bien pagada*. Por lo que atañe al incentivo con que una novela atrae la atención del lector, yo establezco cuatro categorías: *intensas*, ó novelas que hojeamos de aquí y acullá y ponemos presto de lado, sin habernos decidido á hacer uso de la plegadera; *ginnásticas*, que no inspiran sino curiosidad, y una vez leído el principio, damos un formidable salto hacia el final para ver en qué para todo aquello; *amenas*, que leemos seguidas, con cierta moderada atención, aunque interrumpimos sin contrariedad la lectura, acaso para no reanudarla; *interesantes*, que vamos siguiendo desde su arranque hasta su cabo, bien que dividamos el camino en jornadas, y de una á otra, en los intersticios de reposo, nos distraigamos en otros quehaceres. He dicho más arriba que esta novela de D. José María Carretero es de ineluctable interés porque no admite jornadas ni intersticios; es uno de esos libros que, como reza el modismo, se hacen leer de un tirón. Y acredito esta circunstancia, no ya con mi experiencia solamente, sino con la de otras personas que han sentido la misma captación de la voluntad leyendo *La bien pagada*.

Es sobremanera interesante esta novela, desde luego, por las cualidades formales de la narración y por su estilo, fluyente, abundante, nada fastidioso ni afectado, claro y expresivo. De dos hermanas, voluptuosa la una, la otra melancólica, dícese en la novela: «Parecían dos retratos de una misma mujer, hechos por dos artistas de contrario temperamento.» Al general Huertas, presidente de la República de Méjico, se le pinta con estos dos toques fuertes y plásticos: «Un hombre frío que tenía la piel cuarteada como los cocodrilos.» Rasgos descriptivos de esta misma intensidad abundan en la novela.

Pero lo más interesante de esta novela es

—aunque parezca paradójica—lo más desagradable de ella, es decir, el género á que pertenece. Me explicaré:

El profesor Keniston, de la Universidad de Cornell, en un coloquio íntimo, me hacía notar que la característica de la literatura española contemporánea es la obsesión del sexo y la deleitación excesiva en todos los pormenores del amor físico. Es cierto. Ningún autor español contemporáneo está por entero libre y limpio de aquella preocupación. Lo cual, en efecto, debe de ser curioso para los extranjeros, aunque nosotros, avezados á la extensión y perseverancia del fenómeno, no lo echamos de ver; pero mucho más curioso y sorprendente es, lo mismo para los extraños que para nosotros mismos, que el acto del amor físico se haya elevado á la jerarquía de tema único con que erigir un género de novela, cuyo fundador fué Felipe Trigo, y que se ha calificado, ya como novela pornográfica, injustamente, ya como novela erótica, inexactamente. El hecho da mucho que pensar, y sería asunto para escribir por largo. ¿Cuál es la razón de esta manía carnal, no se sabe si adolescente ó senil, que aqueja á los españoles? Porque claro está que los escritores son al modo de espejos empañados por el vaho de la muchedumbre; si los escritores padecen la obsesión del sexo, es porque están contaminados del ambiente. La causa de la manía, ¿será acaso la privación? Don Pío Baroja advertía, hace ya mucho tiempo, que en España el comercio amoroso es casi imposible, y que así se explica la horrible fealdad de nuestras profesionales del amor. La fealdad y la longevidad; pues en casi todas —por lo que atañe á la conservación de la fealdad, que no de la lindeza—se repite el caso de la cortesana Ninon de Lenclos, que se mantuvo en ejercicio hasta la edad proveyta. Pero que la privación carnal no es causa de apetito desordenado, se prueba con el ejemplo de la sociedad anglosajona, la más austera y pura en la conducta, y asimismo la más emancipada de la

obsesión sexual, cuya explicación quizás estriba en que es una raza robusta y activa, ambiciosa y arriscada. Tal vez el origen de la preocupación carnal de los españoles deba ir á buscarse en la pereza de la idiosincrasia y consecuente ociosidad de las costumbres. Un caballero, visitando su casa de campo después de un año de ausencia, mostróse maravillado de lo mucho que habían crecido ciertos árboles, y el jardinero respondió: «Claro, como no tienen otra cosa que hacer.» A un infeliz, sin oficio ni beneficio y con diez y ocho de familia, le oí la propia elucidación de su prolificencia: «Como no he tenido otra cosa que hacer en mi vida...» Dice el proverbio que la pereza es madre de todos los vicios, y el primogénito, la lujuria; una lujuria triste.

Se aduce como justificación teórica de la novela lujuriosa, que el acto del amor físico es fundamento y fuente de la vida, y que la atracción sexual preside y gobierna los actos todos de los individuos. Y se añade: no seamos hipócritas y reconozcamos esta verdad esencial. Un médico vienés, Freud, ha consagrado esta especie de misticismo del sexo dándole el aparato de sistema científico. Sin embargo de que todas, ó la mayoría de nuestras acciones, están influidas en su génesis por un estímulo orgánico de naturaleza sexual, no se ha de inferir que toda nuestra vida sea meramente una función sometida de continuo al fatalismo de la carne, á la apatencia de su satisfacción y al estrago de su saciedad. De que la ley del sexo regule nuestro destino no se sigue que la función específica del sexo sea una función continua. Por el contrario, el acto del amor físico, señaladamente en el hombre, es raro y por extremo efímero, en cotejo de la suma de actos diversos que abarca la vida humana. Más continua es la función digestiva. El estómago apenas goza de reposo. Y no se diga que el estómago no rige y dirige la conducta de los mortales, tanto ó más que la atracción sexual, como ya lo reconoció Aristóteles y Juan Ruiz lo recuerda donosamente. ¿Y no sería absurdo es-

trechar el género novela al tratamiento exclusivo y más ó menos estético de la función digestiva? Es menester que la novela, de vez en vez, se dedique á penetrar en los problemas terribles del amor físico.

Lo que lamento y repugno es que éste sea su tema único.

He dicho más arriba que el tal género de novela se ha solido denominar á veces pornográfico, injustamente, porque su propósito, por lo menos en sus cultivadores más distinguidos, no creo que sea la obscenidad lucrativa, ni la corrupción deliberada de las normas éticas, como en la no licenciosa; antes bien, un anhelo de arte serio, humano y dramático, y otras veces se le ha denominado erótico, inexactamente, porque el erotismo, género literario de milenaria tradición, ha visto en el amor físico, cuando el sujeto es digno de él, la mayor dicha y recompensa que pueden alcanzarse aquí abajo, y cuando el sujeto es indigno ó ridículo, un lance de burlas y chanzas. La literatura occidental está saturada de erotismo en su doble aspecto, deleitoso ó festivo, desde Grecia y Roma, y á través de los siglos medios, y luego en las diversas literaturas europeas del Renacimiento, hasta el momento del Romanticismo. Es sorprendente observar con qué libertad y desparpajo, y con cuánta abundancia de locuciones, aluden el apetecido acto de amor físico, en el teatro español del siglo de oro, damas y galanes, así los empingorotados y redichos como los zafios y raheces. Tal es la tradición clásica del concepto del amor.

Fedro, en el *Simposio* de Platón, comienza diciendo que el más grande de los beneficios que *Eros* concede á los hombres es el sentimiento del honor. «El amante se avergüenza de una acción cobarde ó vil mucho más en presencia del objeto de su inclinación que delante de ninguna otra persona. Un ejército compuesto de enamorados sería invencible.» Los griegos hacían derivar el nombre de héroe, ó hijo de los dioses, de *Eros*, amor. Homero llama al cinturón de Venus «cadena áurea del mundo», ó sea: vínculo natural y simbólico de la armonía del Kosmos, del amor universal entre todas las cosas. Pero esta armonía y equilibrio no se logra sino mediante luchas y contrastes acerbos. Como el amor al alojarse en un pecho le infunde el ánimo heroico y le enardece las energías y el ansia de ejecutar altas empresas, síguese que del amor provienen los más de los conflictos y compe-

tencias que acontecen en el mundo. La guerra de Troya fué á causa de una mujer hermosísima. Podrá el amor ocasionar desdichas; pero el amor en sí mismo es sabroso, pacífico y adorable. El membrudo y hazañoso Hércules hila la rueca á los pies de Onfalía.

En suma: que según la tradición grecolatina y occidental, el erotismo induce á la actividad alegre, á la conducta audaz, á la exaltación y confianza en sí propio.

En cambio, según la tradición oriental y bíblica, el erotismo conduce al desaliento, al abatimiento, al renunciamiento, al aniquilamiento. El amor es doloroso, no porque inflame pasiones y acarree empeñados litigios entre los humanos, sino que es dolor en el espíritu y en la carne del enamorado. La efusión erótica de *El Cantar de los Cantares* engendra la tristeza desesperada del *Eclesiastés*. *Animalia post coitum, tristia*.

La erótica pesimista reaparece con el Romanticismo, que tanto se inspiró en la literatura hebrea. Pero el gesto romántico fué más bien de melancolía que de dolor, tristeza del espíritu más bien que de la carne, amor ideal más bien que amor sexual. En el naturalismo de Zola, que de una parte es romanticismo exasperado y de otra parte realismo frenético, una especie de fruición insaciable en escudriñar el subsuelo biológico é instintivo del animal humano, la erótica pesimista—esa lacra semítica—adquiere proporciones disformes. Una de las novelas de Zola es la paráfrasis, sobremanera amplificadas, del libro del Génesis. Pero adviértase que el naturalismo trató todos los temas y problemas capitales, así de la conciencia como de la sociedad, que no sólo el del amor físico, y jamás asumió que en la estrechez de este único tema se encerrase la infinita diversidad de la vida.

El género de novela meramente sexual, no erótica ni pornográfica y licenciosa, sino seria y triste, es flamante invención española. Para mi gusto, este género es perfectamente desagradable, arbitraria y nociva. *La bien pagada* entronca con este género, y aquí reside justamente su interés mayor.

Lo dominante en *La bien pagada*, como en toda las de su género, es el amor físico. Y, sin embargo, creo adivinar que con ella muere el género y se anuncia el advenimiento de otra manera novelesca más amplia, compleja, pulcra y humana. Pienso que esta novela de D. José

María Carretero representa un instante crítico, una bifurcación de rutas, una liberación de la tristeza sexual. Hasta ahora, en las novelas de este linaje, los actores, sobre todo los varones, eran seres de flaca voluntad, desmadejados y flojos, desequilibrados cuando no anormales, deficientes ó pervertidos, contemplativos y perezosos, de imaginación torpe y paupérrima mentalidad. Por el contrario, el protagonista de *La bien pagada* es el tipo de héroe y aventurero á la moderna, robusto, dinámico, ecuánime y valeroso. Aquellos estaban corroidos por pensativa lujuria. Este transige con los requerimientos corporales, pero domeña y encarrila los impulsos conforme á designio y deliberación; padece un punto la tragedia interior del erotismo pesimista, pero á seguida se sobrepone á la gravitación del dolor y se yergue más altivo y voluntarioso que antes. Los anglosajones han comprendido que en la práctica del músculo reside la emancipación de la obsesión sexual.

No sé si se me antoja contemplar lo que acaso finge un deseo; pero en *La bien pagada* veo la liberación del erotismo semítico y triste, que tanto ha dañado á las novelas españolas de los últimos años, y el tránsito al erotismo pagano y gozoso. Y aceptar la erótica clásica vale tanto como mantener el amor físico mansamente aprisionado en el estadio ó lugar que le corresponde, en la base y raíz de la vida, á cuya propagación Natura nos arrastra por el deleite de los sentidos, como cebo, que de otra suerte muy presto acabaría la descendencia de los hombres; y así como en la raíz de la vida se halla el amor físico, el amor puro hemos de buscarlo en el ápice de la vida, en la séptima esfera celestial, en donde Sócrates quiso que residiese Venus Urania y Dante Beatriz. De la raíz al ápice, como en torno de dos polos fijos y eternos, gira vertiginosamente ese pequeño y rico universo de la vida humana.

¿Significa *La bien pagada* este tránsito que en ella hemos creído advertir? Espero que, para confirmación y como testimonio nuevo de sus nada comunes talentos de narrador, D. José María Carretero nos dará pronto otra novela en que el amor físico sea lo de menos, ó lo de más, pero que no sea todo.

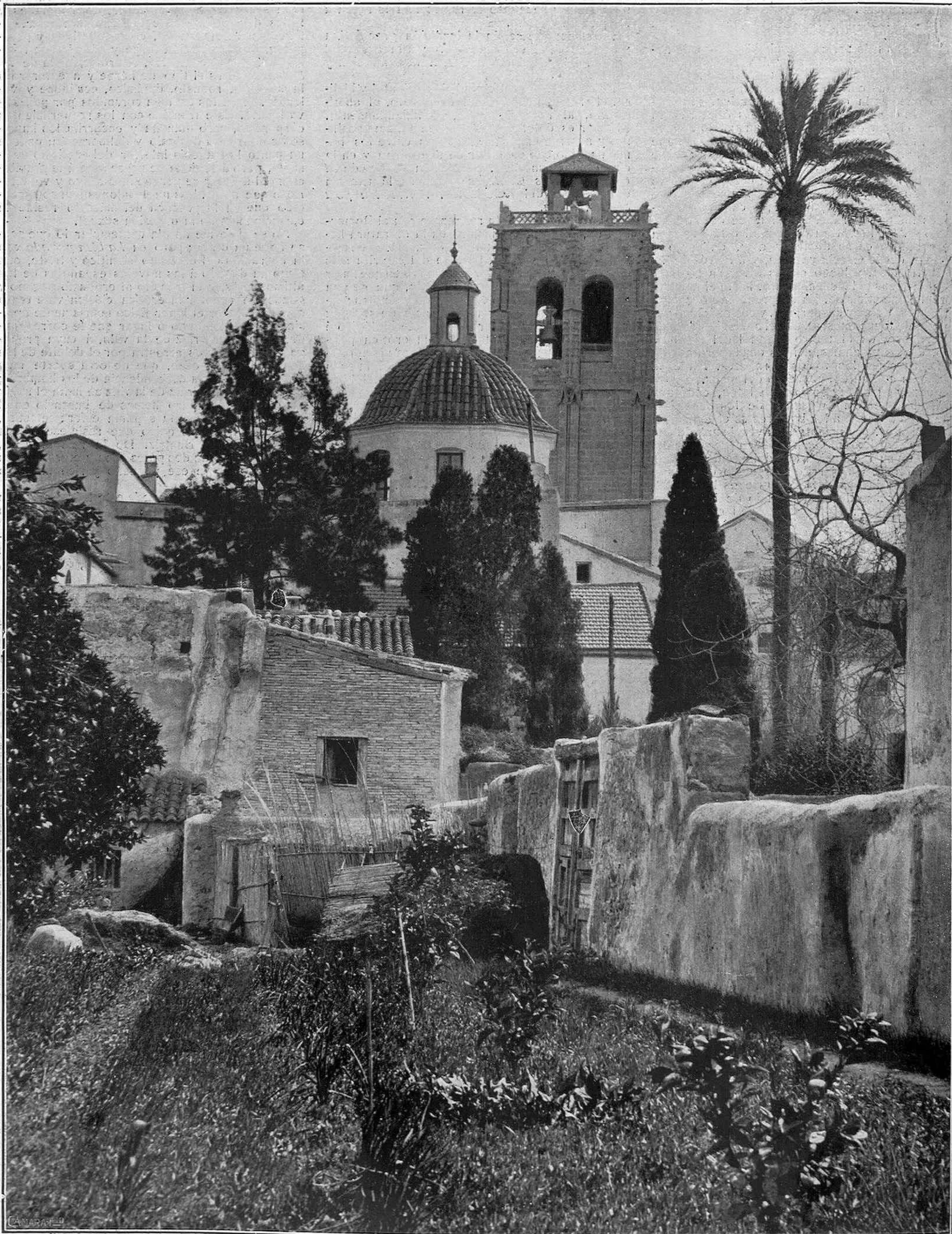
RAMÓN PÉREZ DE AYALA

(Interpretaciones fotográficas de Irene López Heredia y Ernesto Vilches, por Walken.)



¡Pobre Carola! Para expiación de una falta, de la cual ella no era responsable, resultaba aquel castigo demasiado grande...
Y la besó dulcemente, como á una santa, en los ojos...

ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL



Un aspecto de la iglesia parroquial de Santa Justa, en Orihuela (Alicante)

FOT. HIELSCHER



MI TEATRILLO
 Historia de mis sainetes y segunda parte de "Memorias... á la familia"
 "ULTRAMARINOS"



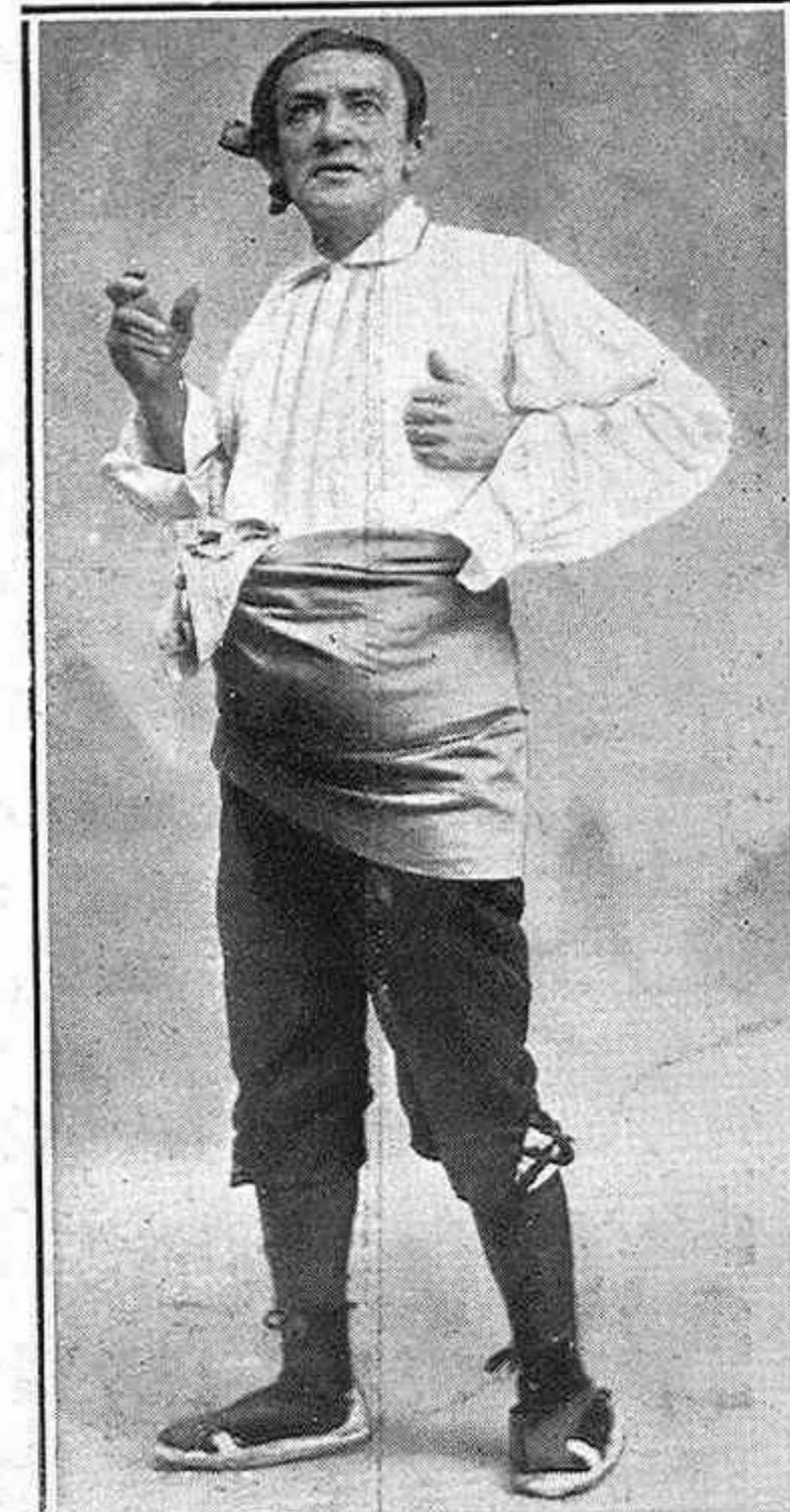
JUAN BALAGUER



NIEVES GONZÁLEZ



LUZ RIAZA



PEDRO RUIZ DE ARANA

do el año anterior el teatro de la Comedia para trasladarse con su brillante compañía al de la Princesa, cuyas representaciones tuve el honor de inaugurar con el estreno de mi sainete *El corral de las Comedias*, obra *moratiniana*, no por su mérito, sino porque el personaje central era Moratín, en la tarde en que estrenó su famosa *Comedia nueva ó El café*. Por cierto que noches antes, cuando en el saloncillo les leía mi sainete á Mario, á Cepillo y á Rosell, ocurrió una explosión de gas no bien habíamos llegado á la segunda escena. ¡Si tendría fuerza la obrita! A Mario se le abrasó toda la cara; á Rosell las pestañas y las cejas, y á mí una de las patillas, que entonces eran negras y hasta *elegantes*, constituyendo un simpático adorno de mi cándida faz. Simpático y además raro, porque en aquella época no había en todo Madrid más que *tres juegos de patillas*, puesto que nadie las usaba más que el noble duque de Veragua, el bondadoso Angel López Regatero y un servidor. Esta coincidencia hizo que los tres fuéramos muy amigos, *dentro de la gravedad*. Quiero decir, dentro de la categoría social que cada cual ostentaba. Excuso manifestar que yo era el más inferior, porque entre un conspicuo político y afamado ganadero, un popular matador de toros y un escritorzuelo, éste tenía que salir perdiendo, sin duda alguna. De todos modos, aquellos señores eran muy afectuosos y muy tratables, porque sabían la lidia que debía darse á las reses y la que convenía emplear con las personas.

Y para dejar á un lado el peliagudo asunto de las patillas, concluiré recordando una frase del duque, siendo ministro de Fomento.

—¿Es verdad que hay crisis, señor duque? — le pregunté una vez en el Senado.

—Sí, amigo Tomás. Me parece que nos van á poner de *patillas* en la calle.

Y como nada de esto tiene que ver con el estreno de *Ultramarinos*, hablaré ya de él, procurando ser breve, porque lo malo, cuando es corto, parece bueno.

Julián Romea (sobrino del inmenso D. Julián) formó para el teatro de la Comedia una compañía muy notable. En ella figuraban Antonio Riquelme, sin igual en los característicos; Pedro Ruiz de Arana, excelente galán joven; Juan Balaguer, que logró con su talento y aplicación uno de los primeros puestos en la escena española; Antonio Galván, discreto siempre, y Julianito Romea d'Elpás, muy querido y celebrado del público por las envidiables dotes que reunía

para el género cómico. También tomó parte en el sainete D. Joaquín Manini, que había sido muy estimable tenor de zarzuela y que, á consecuencia de la pérdida de la voz, *se refugió en el verso*, cumpliendo en un género y en otro á satisfacción completa del público. Y últimamente, un joven estudioso llamado Piris.

Déjese débil — mal llamado así, puesto que los débiles somos nosotros, en razón á que vivimos dominados, maltratados y subyugados por él — recuerdo á Eloisa Górriz, modelo de naturalidad y de gracia en sus papeles y fuera de ellos, porque era de conversación amenísima y muy oportuna en eso de poner motes á las gentes. A un señor que la visitaba en su cuarto, muy respetuoso, muy correcto, muy dulce en su trato, pero que siempre hablaba mal de todo el mundo, le puso por apodo *el merengue corrosivo*, y con el mismo acierto calificaba humorísticamente á la mayor parte de sus muchos amigos y admiradores.

Igualmente acuden á mi memoria los nombres de Trinidad Vedia, característica de verdadero mérito; Nieves González, también *huída* de la zarzuela y siempre aplaudida, y la niña Luz Riaza, que hizo las delicias del auditorio desempeñando el papel de una criada de diez años, la cual decía que no quería tener novio porque estaba muy desengañada de los hombres.

Todos ellos y *todas ellas* sacaron triunfalmente aquel sainetillo, que escribí con precipitación desahogada, recibiendo recados apremiantes de la Empresa para que lo terminara. Entonces era yo muy solicitado y no me dejaban acabar los sainetes, mientras que ahora no me los dejan empezar los empresarios, temerosos de que mi avellanada y decrepita musa les lleve al precipicio... Y oýeme: Me parece que no van desca-minados.

Durante uno de los últimos ensayos de *Ultramarinos*, se acercó á mí un autor, ya entonces antiguo, de los tiempos del famoso D. Julián Romea y aun algo de los de D. Carlos Latorre, y me dijo:

—He venido con objeto de ver el ensayo de su sainete, porque tengo acerca de él muy favorables referencias. Me ha gustado. Todo lo que hace usted pasar en esa tienda está perfectamente observado. El tendero honrado y sentencioso; los jóvenes y traviosos dependientes que se dan de cachetes detrás del mostrador; el viejo verde que lleva dos talegos, y en uno mete lo que compra para su mujer y en otro lo que compra para su amiga, preguntando á la vez á uno de los chicos si venden allí harina lacteada, y al contestarle afirmativamente, pide un bote, que equivocadamente guarda en el talego destinado á lo que compra para su casa, y que dice á los muchachos que sigan zurrándose, que él no tiene prisa y esperará á que acaben. El cochero, cuyo vehículo lleva el fatídico número 13, siendo, por tanto, tan desdichado, que todo el que lo toma se marcha sin pagar. El inspector, que

bajo el pretexto de que le han denunciado el mal estado de los comesibles de aquel establecimiento, prueba y se atraca de todos los géneros que allí se expenden. El sereno, que de noche es sereno y por el día matutero, delito que el dueño de la tienda le afea, acabando por pedirle que le meta de matuté cuatro pellejos de aceite. Todos estos tipos y los demás de la obrita están bien; pero entre ellos no hay enlace: salen, hablan y se van, sin que pase nada. Esto hará que, falto de interés, el sainete se vaya al foso, tal vez antes de su terminación. Yo—añadió—voy á ensayar ahora mi comedia. Quédese usted á verla; fíjese, y en ella verá usted cierta picardía que la hace interesante, marrullerías de autor viejo conocedor de los recursos teatrales, y, sobre todo, argumento, que es lo que el arte pide imperiosamente.

Y en efecto: su comedia y mi sainete fueron estrenados en la misma noche. Mi sainete obtuvo 60 representaciones, y la comedia de mi noble y, sin duda alguna, leal consejero, *casi* una, porque no pudo llegar á su fin.

—¡Misterios! — me dijo al oír el *pateo*... —. Pero yo no me desanimo... ¡A otra! — agregó, alejándose.

—¡Cómo! ¡A otra... silba? — estuve por decirle; pero desistí, considerando que era un venerable anciano, cuyo delito consistía en refundir sus antiguas obras (que en su época lograron indudable aceptación), haciéndolas pasar por nuevas.

Transcurrieron muchos años, y yo me vi en la propia situación de mi viejo amigo.

Refundí *Ultramarinos*, lo estrené en Apolo, y el sainete, que, según he dicho, fué representado durante 60 noches en la Comedia, sucumbió cruelmente, violentamente y... *justamente* en aquel popular y *para mí* nada simpático coliseo.

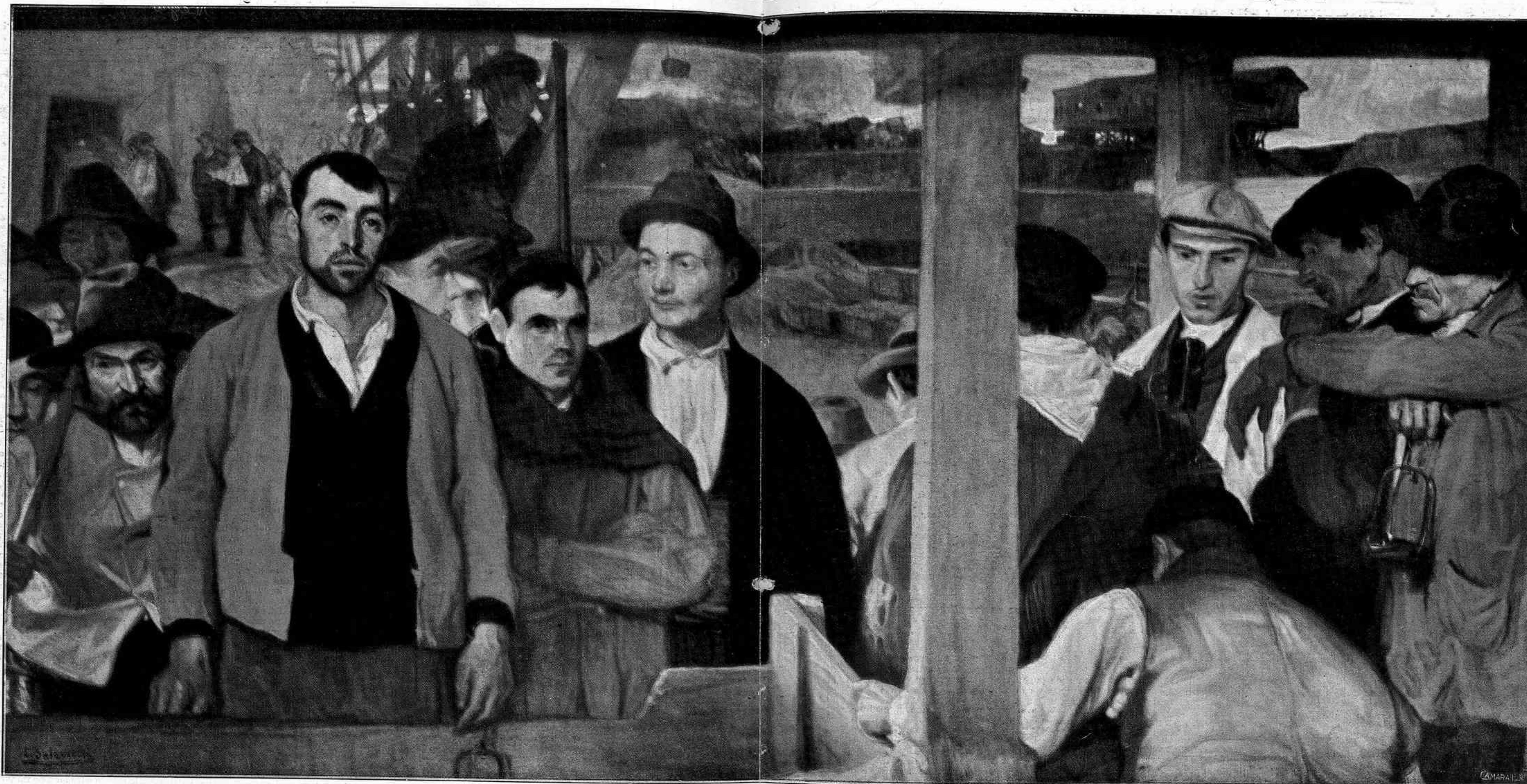
Cuando me vi en la calle, exclamé también: —¡Misterios!... ¡Pero adelante y á trabajar con la fe de un mártir cristiano!

Es tal el entusiasmo que siento por este género de literatura, que yo no podría vivir sin hacer sainetes, buenos ó malos — eso el lector lo dirá—. Y hasta tal punto es así, que, considerando que la vida no es otra cosa que un puro sainete,

«Cuando yo esté en la agonía me incorporaré en la cama, y, haciendo una reverencia, pronunciaré estas palabras: Aquí da fin el sainete; perdonad sus muchas faltas.»

TOMÁS LUCEÑO

LA PINTURA CONTEMPORÁNEA



“Los mineros”, cuadro de Elías Salaverria, que figuró en la reciente Exposición Nacional de Bellas Artes



HACE algún tiempo, el año 1915, con motivo de la Exposición personal de Salaverria en San Sebastián, dijimos: «A *La procesión* tiene que acudir Salaverria como una dama al cofrecillo de sus joyas magnificas, siempre que desea engalanarse, ó como un genealogista al querer establecer los comienzos de un apellido glorioso. Latentes allí aguardan todos los presentimientos de futuro, y cuando Salaverria se cristalice, se modifique en una personalidad vigorosa ó irrecusable, será en *La procesión*, y no en *Gu* ó en *El duelo*, donde encontraremos entonces la razón de esa personalidad.

«¿Qué indica todo esto? La crisis (favorable, indudablemente) de un gran temperamento de pintor. Dentro de algunos años, estos lienzos que, según una gráfica frase del propio Salaverria, han sido creados con el placer doloroso de los postreros espasmos, tendrán un valor documental para el crítico; pero al artista le causarán esa melancolía con que los años de lucha nieblan el espíritu al ser recordados en pleno triunfo.»

Ese momento ha llegado. Salaverria, con *Los mineros*, retorna á la iniciadora ruta de *La procesión*; pero sólidamente ampliados sus recursos, certeramente lograda la claridad de su pensamiento y de su visión.

San Ignacio de Loyola, expuesto en la Nacional de 1917, es una de las obras más positivamente fuertes y bellas de Salaverria. Contiene todas las cualidades del joven maestro: las que había latentes en *La procesión*; las que surgían tur-

bulentas, briosas y fecundas en *Nosotros* y *El duelo*; las que habían de tener *Los mineros* en su retorno al casticismo español, sin abandonar los caracteres de racialidad vasca.

En Salaverria hay una profunda inquietud mística y una necesidad constante de exaltar á los humildes. Carne de pueblo y alma de poeta, su obra, al acercarse ahora á la madurez física ó intelectual, había de tener inevitablemente ese vigor áspero, rudo, y ese idealismo ingenuo y viril de los vascos.

Salaverria tiene en su familia labriegos, pescadores, boyeros. Hombres del agro y de la mar, espíritus sencillos protegidos por una honda confianza religiosa. Y toda la atención del artista se concentra cada vez más en una empresa única, de la cual son flores sueltas sus cuadros anteriores: pintar la fe y el trabajo de los hombres sencillos. Mientras totaliza ese propósito en su obra futura, donde acudirán en torno de la Virgen los marineros, los pescadores, los hortelanos, los pastores, los mineros, los constructores de casas y los que abren caminos á través del campo ubérrimo de Guipúzcoa, veamos este cuadro, *Los mineros*, que inicia la tercera — la culminante — época de Elías Salaverria, donde edifica sobre los cimientos de *La procesión*, con los materiales de *Nosotros* y *El duelo*, y con la elocuencia sentimental del *San Ignacio de Loyola*.

Los mineros es, ante todo, una recia composición desarrollada en la línea ondulante de un friso. Este es el acierto cabal y primero de la obra: el agrupar

las figuras con tal maestría, que nada de ellas contraría la eúritmia del conjunto. Pero con ser ésta su cualidad primordial, lo que dota al cuadro de su eficacia decorativa, nosotros prescindimos de ella para detenernos en los aislados documentos humanos de algunas de esas figuras.

Pintadas sin preocupaciones de técnica ó de «escuela regional»; dejando salir á la superficie aquellas no olvidadas enseñanzas en la manera de ver el color, muy á la manera española, Salaverria se reincorpora al realismo castizo, á la integridad eminentemente naturalista de nuestra pintura.

Así, este hombre, que atrae al principio todas las miradas por su situación en el primer plano y por la melancolía tosca de su expresión, está visto de un modo leal y sincero. Misericordioso y grave también. Es decir: Salaverria, para expresar toda la brutal amargura de un condenado á trabajar en las entrañas de la tierra, no ha precisado de literaturas ni de simbolismos. Ha elegido el modelo típico de este hombre con rostro de soldado, de monje, de labriego ó de marinero; de hombre que agota, en fin, su vida para el placer y la fortuna ajenos. Tiene aquella actitud, que desnuda el alma, del Cristo irguiéndose en la Cena postrera, del enjuiciado ante el tribunal, del obrero ante el capataz, que va echando, cantarinas, las monedas sobre la mesa de los sábados. Lo más puro y lo más triste de la raza está ahí en ese hombre humilde, resignado y ya sin edad en su primera juventud, que se destaca, desgarrado, pero estatuario, de los

demás. Y éstos demás expresan las restantes características raciales. Ese cincuentón barbudo bajo el sombrero de mendigo, que parece salir del *Patio de Monipodio* cervantino ó de los ejemplos de humanidad velazqueños; ese otro pequeño, membrudo, cruzado de brazos, cuya mirada es un reto para los días de revuelta. El adolescente pálido, flaco y ensimismado, que bajo su gorrilla piensa en la novia ó en el crimen. Y delante de él otro cuarentón con su gesto de socarrona maldad.

Pero hay en el cuadro otra figura sobresaliente y que es, en cierto modo, antitética de la principal, y que acaba por imponerse á todas, centrando al mismo tiempo la composición y el sentimiento. Es ese hombre rubio y barbilampiño, que detrás del minero cruzado de brazos y con el sombrero echado hacia atrás, para dejar ver la frente, tiene una expresión de astuta energía.

Donde el minero tosco y sometido se ofrece con su actitud de Cristo, de condenado y de esclavo, este otro minero presenta la audacia de su inteligencia y la violencia fría de su rencor. Voluntariamente se coloca á segundo término; rehuye con su mirada distraída las miradas ajenas, y, sin embargo, todos los demás, los que afrontan los primeros puestos y los que se esfuman de un modo anónimo y furtivo, serán alguna vez la turba gregaria y el impulso ciego de su voluntad consciente y ambiciosa.

SILVIO LAGO

RINCONES DEL MADRID VIEJO
PUERTA CERRADA



Plaza y cruz de Puerta Cerrada

FOT. SALAZAR

Como zaguán del viejo Madrid álzase todavía, aunque bastante carcomida por el tiempo, la irregular plazoleta de Puerta Cerrada, con su cruz de piedra en medio.

El irregular recinto que sirve de encrucijada á los barrios que fueron en tiempos el corazón de la Villa, conserva al través de los siglos su primitiva fisonomía; tiene al fondo las calles de Segovia y del Sacramento, con su enrevesada cohorte de pasadizos y callejones, y en torno, las de Cuchilleros, las Cavas y del Nuncio.

Los autorizados cronistas donde, con más ó menos gusto, bebemos todos los de hoy, dicen que el nominativo que lleva, desde mediados del siglo xvi, se debe á que allí estaba una de las entradas de la Villa, mas tan angosta y de absurda traza, que era peligrosa guarida de rufianes y asesinos, los cuales, sin menester que llegaran las tinieblas de la noche, guarecidos en la laberíntica puerta, hacían muy bien su oficio con los desgraciados que se aventuraban por aquella parte.

En vista del constante peligro, fué cerrado aquel paso á la población, y desde entonces el vulgo, que es amigo de llamar las cosas por su nombre, llamó Puerta Cerrada á la que poco antes llamara el desagradable de la Culebra, por un reptil de este género que había tallado en la parte alta.

Poco después, por el crecimiento de la población hacia aquella parte, fué necesario abrirla de nuevo, y como, por lo visto, no mejorara su mala condición de esconder capeadores y malandrines, fué derribada el año 1569.

Corrieron los años hasta cuajarse en siglos, y á principios del xviii hubo de ponerse la cruz que aún perdura, la cual se libró de la *cruzada* del corregidor Marquina, quien tomando como pretexto las constantes profanaciones á que las cristianas enseñas estaban expuestas, no dejó más de éstas en todo Madrid, cuya salvación se conmemoró en estos dos malos versos:

¡Oh, cruz fiel! ¡Oh, cruz divina,
 que triunfaste del pérfido Marquina!

Sin duda que Su Excelencia era tan enemigo de las cruces, como aquel otro camarada suyo, D. Francisco Chinchilla, de los canes vagabundos; pues como los mandaba apedrear bestialmente, en columbrándole cualquier gozquezuelo, daba á correr que no paraba en tres días.

Esta cruz venerable y florida, que sirve de remate á un arca de agua de los viajes antiguos, ha visto muchas veces la grandeza y mezquindad de este pueblo, que sabe ser héroe y sabe ser ruín.

Ante ella pasaron las turbas que urdieron la crisis forzosa de Esquilache; acaso el calesero que fué á imponer condiciones al buen Rey Carlos salió de las Cavas, y al ir á recibir órdenes en la Plaza Mayor, pasó ante la enseña de Cristo y se destocó respetuoso la montera.

Los que escribieron la epopeya del 2 de Mayo, por allí subieron, buscando la escalerilla de piedra que les diera paso á la Plaza Mayor, para ir desde allí á la Puerta del Sol, donde las tropas de Napoleón sufrieron el primer descalabro.

Las hordas apostólicas y tabernarias que gritaron ¡Vivan las cadenas! y ¡Muera la libertad!, también pasaron ante la cruz, para ver morir en la Plaza de la Cebada al librero Miyans y al general Riego.

Y años más tarde hubo de conmovirse el pétreo signo de redención al paso de las furias que ensangrentaron los claustros de San Isidro y San Francisco, so pretexto de que los frailes habían envenenado las aguas de Madrid.

En fin: como la calle de Toledo es la vía principal de la Corte de las Españas, siendo en vano que otras de más fuste y señorío quieran disputarle su prosapia, y en ella se han hecho vida los capítulos más levantiscos de nuestra historia popular, no es mucho que Puerta Cerrada haya participado en tan contrarias ocasiones del ajetreo de aquella rúa.

Cuantos entraban en Madrid por la Puerta de Toledo, como tenían el fin de su viaje en cualquiera de las posadas de las Cavas, luego tenían necesidad de pasar por este recinto para entrar en la Corte.

Pajeros de Parla y de Getafe; hortelanos de Leganés, los Carabancheles y Sevilleja; cosecheros de la Mancha y aun sederos de Murcia y Valencia, han pasado por esta Puerta sin hojas, para dejar sus frutos y las riquezas de sus tierras en la Villa y Corte de las Españas.

Y por último, ¿qué vecino de Madrid no la ha usado ó la usará como postigo de la fatal calle de la Pasa?

DIEGO SAN JOSÉ

ARTE DECORATIVO

LOS "PANNEAUX" DE LA REGENCIA



"Panneaux" de Watteau, del castillo de Luneville (estilo Regencia)

DESPUÉS del fausto severo, solemnemente regio, de Luis XIV y del recato hósco y casi monástico de madame de Maintenon, surge la Regencia en el bello y frívolo siglo XVIII francés, y con ella un nuevo, audaz y original estilo artístico. Este estilo, que distingue y singulariza la Regencia, pudiera calificarse como un estilo esencial y deliciosamente femenino. Una espléndida corte de damas que preside la duquesa de Berry, la hija predilecta y muy amada de Felipe de Orleans, dirige las empresas artísticas, curva valiente y graciosamente los muebles, labra y dora primorosamente las puertas, crea telas maravillosas, y, sobre todo, enriquece las ideales estancias con los *panneaux* decorativos, de un encanto supremo.

D'Oppenord, el director general de las manufacturas de la Regencia, es el encargado de dar cima á esta imprevista evolución artística, que imponen tiránicamente las gentiles damitas de los lunares picarescos y de las blancas pelucas empolvadas; y todo el arte, entre estas lindas manos que acarician y desgarran, adquiere una intimidad elegante y voluptuosa, una suntuosidad fina, una feminidad penetrante y suave, una sensualidad delicada y fragante.

Este es el arte *rococó*. ¿Qué ha quedado de este arte amable, ligero, aristocrático, en defi-

nitiva? Las porcelanas de París y, sobre todo, los admirables *panneaux*, que fueron en su mayoría ciertas y eternas obras de arte.

Los *panneaux* de los grandes palacios próceres, obra en su mayor parte de Watteau, el hechizado pintor de las fiestas galantes, el divino maestro de las perspectivas elíseas; de Lemoyne, el pintor de las dulces mitologías amorosas, son indudablemente los que redimen de su morbosa decadencia, de su excesiva y turbadora feminidad, á este fulgurante siglo *rococó*. Los *panneaux* ennoblecían estos palacios y les daban un alto prestigio artístico.

Al nuevo y genuino carácter artístico de la Regencia contribuyen también otros artistas: Germain, arquitecto, y sobre todo habilísimo orfebre. En Versalles ha dejado recuerdos inolvidables de su arte peregrino de cincelador. Bérain, el continuador del gran Boulle, fabricaba con la más refinada y sutil destreza primorosos muebles, con placas é incrustaciones de madera de rosa y de amaranto; y con el más sabio y depurado gusto adaptaba perfectamente sus construcciones al tono, á la línea, al matiz de los *panneaux* que decoraban las estancias, y de este modo todo tenía una rítmica y armoniosa magnificencia.

Generalmente, los motivos decorativos de los

panneaux eran animadas y evocadoras escenas mitológicas, enlazadas con flores, con emblemas, con cifras. A veces destacaban bellísimas imágenes arcangélicas, y en el fondo se desvanecían paisajes de ensueño, envueltos en un lejano y florido misterio.

El castillo de Meudon, el Palacio Real, los Hoteles Soubise, de la Vrillière, de Rohan, eran de una fabulosa suntuosidad, pero sin violentas estridencias ni alardes ostentosos. Las sedas, los tisús, los tapices, los oros, tenían entonaciones claras y pálidas, infinitamente dulcificadas. De otra parte, la abundancia de grandes espejos reflejaban, prolongando indefinidamente las líneas arquitecturales, y se producían radiantes fulguraciones que hacían resplandecer mágicamente las bellezas quiméricas de las damas.

La corte del Regente no fué una corte gloriosa, pero fué una corte galante y elegante. La vida francesa transcurrió gratamente entre fiestas y donaires; las intrigas cortesanas se desarrollaron discretamente bajo la fina sonrisa diabólica de Dubois; nació un arte, cuando menos, interesante; pero de toda esta época primaveral y riente sólo han quedado con vida perenne y ardorosa los *panneaux* y las pinturas de Watteau, el más excelso de los decoradores.

ISAAC MUÑOZ

EL VESTIDO NUEVO

(CUENTO)

Las últimas luces del véspero huían por el exiguo ventanuco que daba á los tejados de las antiguas casas, llenando la habitación de unas sombras densas, medrosas, preñadas de silencios angustiadores.

Carola se removió en el lecho buscando una postura más cómoda. Pudo incorporarse con gran trabajo; colocar las almohadas una sobre otra, á su espalda, y apoyarse en ellas.

Aquel pequeño esfuerzo la dejó fatigada, con un agotamiento físico que la obligó á cerrar los ojos, vencida.

Mas poco á poco se fué tranquilizando; fué normalizándose la respiración, haciéndose pausada y rítmica; pero un calor, que ya le era casi familiar, había comenzado á correr por sus venas, acelerando el latido de sus pulsos y resecaando su boca. Era la fiebre, la fiebre de todos los días, que la iba consumiendo extenuando; que la mataría, al fin, á pesar de las drogas, de los específicos, de las opiniones médicas y de la alegría generosa que la llevaban sus amigas, sus vecinas...

Al principio, cuando se inició la dolencia, se llenaba de terror ante el presentimiento de una muerte cercana, ante la repugnancia del mal, siempre temido, que arrebatará á la Vida tanta muchacha conocida; pero le aseguraron que no era tisis, y sus veinte años lo creyeron. Era algo terrible, muy cruel y de muy lenta curación; pero tisis, no; ella era fuerte y sana, y no había tenido vómitos, ni ninguna de las características exteriores de la enfermedad odiosa. Creyó, pues, cuanto la dijeron, y esperó, confiada y anhelante, el término del mal que la retenía en el lecho ya iba para dos meses, de los seis en que hubo de permanecer recluida en su casa.

Al llegar aquella primavera, le florecieron unos nuevos deseos de vivir, unos ánimos sorprendentes de gustar manjares y salir á la calle; cobró una insospechada fortaleza en sus miembros, y durante una corta temporada pudo ir al campo todos los días; al campo urbano y compuesto de los alrededores madrileños — Moncloa, Asilo de la Paloma —, pero que en aquel caprichoso renacer de su naturaleza le ofrecía panoramas insospechados y aire puro que tonificaba sus pulmones. Algunas veces, durante aquella época feliz, llegó á entonar, con una voz blanda, la tonadilla en boga que se escuchaba en la calle y que salía de los cuartos muy próximos de sus vecinas por las abiertas ventanas del patio.

Un día ya no pudo respirar el aire limpio de la campiña enflorada. Aquel inesperado tesoro de energías que le trajera la estación se agotó de repente, y se sintió más débil, más acabada que nunca. No pudo ya moverse del lecho.

Pensando en todo esto, con la resignación quieta de su agotamiento, miraba con sus grandes ojos serenos, tan grandes que la comían la cara, según la frase gráfica de un amador pretérito, el trozo de cielo que se veía por la ventana abierta, y que le parecía un pedacito de lienzo levemente azul, claveteado de menudos bri-



llantes temblorosos. La calma del momento y la augusta solemnidad del espacio gemado la llenaban de paz, la sumían en un éxtasis contemplativo. ¡Oh, la promesa azul de aquel cielo! ¡El dulce paraíso de Dios, de su Dios bueno que la llamaba!...

Vino el recuerdo infantil á ella; la dulce evocación de los días claros, siempre animosos y esperanzados... Y dos lágrimas brillaron largo rato entre el quietismo de los párpados, dando una lumínica acuosidad á la infinita dulzura de las pupilas.

—Que por qué no has llamado á la vecina para que encendiera la luz.

Se sobresaltó ante la voz que sonara; hubo en ella algo de aturdimiento, de indecisión.

—Pero ¿no me oyes? ¡Carola!

—Sí, ya la oigo, madre; es que estaba distraída.

—¡Caray con la distracción! Aquí á obscuras, ¿no te da miedo?

—No; estaba así bien.

—Voy á encender. Yo no puedo estar con todo negro.

Se oyeron sus pasos encaminándose á la pieza inmediata. Al detenerse, se hizo de nuevo el silencio profundo.

De la cercana plaza del Rastro subía al infinito y penetraba en la estancia la inquieta algabía de los chicos que jugaban en el arroyo. Y con el ruido más mate, más chato, el confuso clamoreo de la urbe populosa que se agitaba á lo lejos.

Se escuchó la frotación de una cerilla en el rascador de la caja, y á poco apareció la madre de Carola porteando en sus manos un viejo quinqué de pie bronceo, cuya luz mortecina y pálida se derramó por la habitación, poniendo lívidas pinceladas en las blancas paredes, exornadas de cromos religiosos, retratos familiares y una gran oleografía de Prim en Castillejos.

—¿Cómo has pasado la tarde? — preguntó la

señora Claudia, cuyo era el nombre de la madre, mientras cogía una silla, la colocaba á la cabecera del lecho y se sentaba pacientemente, desanudándose un pañuelo de seda que llevaba extendido sobre los hombros.

—Bien, madre; la vecina me dió la leche á las cinco y me hizo un ratito de compañía. Y usted, ¿ha vendido mucho?

—¡Pchs! Dos botijos na más; cuatro pesetas en junto. Y eso que no he tenido suerte para elegir sitio.

—¿Pues?

—Pues porque me fuí adonde hacen instrucción los soldados, y tos los grulos se han hinchao de beber agua, y cuando he querido recordar, se me habían largao y tenía en la manotreinta céntimos. Gracias á que los de cuota y otros madrileños me han pagao bien y muy decentitamente; que si no, hecho el día, hija.

—Vaya por Dios.

Terminó así aquella breve charla. No había más motivos para continuarla, y aquellas imaginaciones, por diferentes causas, preferían el silencio, que era en la madre buen amigo de su cansancio,

y en la hija duendecillo sutil que dibujaba ante sus ojos divinos panoramas rientes.

Desfilaron las horas, que un reloj cercano de torre dejó caer sobre el barrio como un aviso inexorable del tiempo.

Trajínó algo la señora Claudia; comió luego, con un plato sobre las rodillas, algunas viandas que en él había; dió á su hija una medicina, alimento después, y se tumbó, vestida, en un lecho cercano. Durmió profundamente el cansancio de sus horas de busca bajo el sol, pleno y agobiante, que mataba en su garganta aquel pregón moncorde y cansino de «¡Agua, quién quiere agua!...»

Carola siguió fija en el pedacito de cielo azul muchas, muchas horas, como todas las noches desde que cabalgaba en el loco corcel de sus delirios febriles.

ooo

La tarde dominguera tenía una jocunda expresión en los oros del sol, que incendiaban escénográficamente el alféizar de la ventana exigua. La pobreza de la estancia se destacaba más bajo aquella borrachera de luz.

A simple vista se ofrecía la anea renegrida de las viejas sillas; el paño deslucido y remendado que cubría la mesa-camilla; el pajizo color de las ropas del lecho, muy revuelto y ajado; los desconchados marcos de los retratos familiares, y la pátina desoladora de la oleografía de Prim en Castillejos.

Pero el sol y la tarde ferida habían traído una ráfaga de alegría y optimismo, que estallaba sonoramente triunfal y risueña en los rostros de unas amiguitas de Carola que vinieran para hacerla compañía.

Sonreía la enferma al conjuro de las otras risas, y escuchaba, libre el ánimo de dolorosas impresiones, los pequeños chismecillos de noviazgos, los enredos de escaleras abajo y el comentario acre y pintoresco, puesto á la murmuración perenne de las comadres del corredor.

La charla mariposeaba alegremente sobre dis-

tintos temas con una caprichosa y frívola inconsecuencia que rimaba con la ventura de la tarde y con la adorable polifonía de las risas ingenuas y prontas.

Carola escuchaba llena de animación, contagiada de felicidad, como si aquellas frases tuviesen un extraordinario poder taumatúrgico. Notaba una nueva sensación de vida, una expansión generosa y alegre en el corazón, y una rara diaphanía en el cerebro, que ponía en todo brillantes colores y nimbos dorados de ilusión.

Alguien habló de la próxima verbena del barrio; y sobre el nuevo motivo, que borró todos los anteriores y aun los que pudieran haber llegado de no haber surgido el tema interesante, se tejieron proyectos, se calcularon ahorros, se pensó en lujos, se presintieron diversiones, y todas palmorearon de gozo viéndose engalanadas con el vestido nuevo que habrían de hacerse en homenaje a la fiesta, como cumplía a la tradición y a su palmito de verbeneras incondicionales.

Sugestionada, olvidada de cuanto le acontecía, habló el alma de Carola al ritmo de las otras almas.

—Pues yo también quiero hacerme un vestido para el día de la verbena.

Hubo una fuerte sensación entre las muchachas. Unas a otras se miraron, y la impresión rápida enmudeció las bocas.

No pudo darse cuenta Carola del efecto que habían causado sus palabras. La idea del traje nuevo y la salud y optimismo que en aquellos momentos notaba, hicieron el milagro de embotar su aguda sensibilidad, siempre alerta ante cualquier gesto ó insignificante cosa.

—Sí; quiero un vestido como el de Dolores, de volantitos al costado; por supuesto, que si es que me pongo mejor, porque si no... ¿Cómo me encontráis vosotras? Yo me siento hoy muy bien.

—Estás admirablemente, hija — se atropellaron todas al responderla con una piedad súbita que entenebrece el tesoro de aquellas alegrías que despararramaron y que habían provocado aquel deseo de la enferma que las llenaba de tristeza.

—Oye, Luisa — siguió Carola, animada y risueña —: ¿por qué no pides a la vecina un figurín? Así escogemos entre todas un modelo.

Cumplió Luisa el mandato, y la enferma estuvo mirando y remirando, haciendo consultas, reformas...

Parecía que la nueva ilusión vencía a la materia, y que al calor de su espíritu se había sanado aquel cuerpo con el que la Muerte pretendía hacer un trágico desposorio.

ooo

—De este colapso ha salido, señora; pero si le repite, me temo un resultado funesto.

La señora Claudia escuchaba aquella opinión descarnada del médico, sin pestañear, como si se hablase a una esfinge, como si no hubiese llevado en sus entrañas aquella vida que se iba... Y no era por maldad, sino por la atrofia de su sensibilidad moral, embotada ya por tanta y tanta catástrofe... El esposo primero; el hijo de veinticuatro años después; más tarde la niña de quince; ahora Carola, a quien creyó librada de los gérmenes horribles que heredaran sus crías como una maldición sobrenatural...

Estaba familiarizada con la idea de perderlo todo, todo, y no hacían mella en su alma los pronósticos desesperados del médico.

Una vecina acudió solícita y compungida.

—No puede curar, ¿verdad, señor doctor?

—Imposible; es una tisis muy avanzada. Esta muchacha ha estado muy mal nutrida y tenía que ser así. La ciencia no puede hacer nada. Ustedes, esperar solamente y que Dios disponga. Resignación, señora. Buenas tardes.

Se fué escaleras abajo, encendiendo un pitillo, indiferente y admirable.

La señora Claudia le siguió con la vista hasta que las revueltas de la escalera se lo tragaron. Después dió un gran suspiro, un hondo suspiro, que levantó su pecho; meneó la cabeza con melancolía, y dijo a la vecina que a su lado aguardaba contemplándola:

—Ya ha oído usted; esperaremos...

Y la rudeza de aquella mujer subrayó la frase con un gesto de ira a algo que sólo ella veía, y a quien sin duda culpaba de aquella tragedia inacabable y estéril.

ooo

No sentía la fiebre ni se daba cuenta del derumbamiento de toda su persona, ni miraba ya al cielo, ni se enteraba de cuanto a su alrededor ocurría.

Sepultada en el lecho, que parecía cada vez más hondo, apenas podía notarse que bajo las sábanas había un cuerpo humano. Sólo la cabecita menuda emergía de entre las ropas como si fuese modelada en cera. Entre el círculo cárdeno de las ojeras inmensas, los ojos eran dos llamitas alucinantes, siniestramente brilladoras. Sobre el embozo, las manos, extenuadas, iban y venían constantemente, deshaciendo y haciendo plieguecitos en los lienzos.

Mas vivía aún el alma, y en ella le cantaba la ilusión un ardiente salmo de juventud y esperanza. ¡Oh cuando mejorase! ¡Cuánto se iba a divertir, qué alegría tan inmensa! Para convalecer iría todas las tardes a la Moncloa, y pediría una tarjeta para visitar la Casa de Campo... aunque también sentía muchos deseos de ver un puerto de mar... Sí, ella se las arreglaría para verle; había que viajar, conocer mundo...

¡Las dulces ilusiones finales de la enfermedad traidora cómo florecían, cómo perfumaban los postreros alientos de aquella vida!...

Pero entre todas aquellas ideas, ninguna de tal fuerza obsesionante como la del vestido nuevo que había de estrenar la noche de la verbena.

Se adquirió la tela, que costearon sus amigas y sus vecinas, y la modista de al lado se ocupaba ya de su confección.

—Madre, ¿y mi vestido?

Era la pregunta constante que aparecía en sus labios.

—¿Me lo tendrán para la verbena?

Y todos ocultaban la cara para hurtar a sus ojos el gesto de tristeza y las lágrimas indiscretas que en algunos ojos nacían...

ooo

¡Qué inmensa alegría cuando el vestido estuvo terminado! Miraba y remiraba sus costuras, sus volantes, sus adornos; hacía que lo extendieran ante sus ojos...

Lloró de gozo.

Y aquella noche, apretándole entre sus brazos, tuvo un sueño maravilloso, mientras la fiebre altísima devoraba su cuerpo, unas chapetas rosadas tintaban sus pómulos y la señora Claudia se bebía unos gruesos lagrimones que silen-

ciosamente iban manando de sus ojos, cansados y doloridos.

ooo

Voltearon las grandes campanas de la iglesia inmediata, y el alborozo de sus bronces hizo levantar la cabeza de la anciana vecina de Carola, que, sentada en una silla bajita, zurría afanosa una prenda.

—Cómo celebran al Santo. Pues ya es tarde — se dijo en voz alta, asombrada un poco de que se hubiera escapado el tiempo sin notarlo —, y la pobre Carola no me ha llamado. Voy a ver si quiere algo.

Salió al corredor. Notó entonces más claramente, con un resonar más metálico, más aturdidor, el repique de las campanas.

—Nohechita verbenera. ¡Y la pobre Carola que pensaba estrenar su vestido y divertirse tanto! ¡Ay, Jesús! No ha querido Dios que así sea. Milagro será que esté todavía en este mundo cuando la verbena acabe...

Mientras así hablaba, había llegado ante el cuarto de Carola; alzó el picaporte, empujó la puerta y, penetrando en el cortito pasillo que daba acceso a la habitación de la enferma, dió vista al lecho, donde se inmovilizaba su figura.

Llamó:

—¡Carola, Carola! ¿Qué haces?

Se asustó ante el silencio que la acogía y ante la inmovilidad de aquel cuerpo, y un momento se detuvo indecisa, con la congoja de un fatal presentimiento hormigueándole en las entrañas.

—¿No me contestas?

No se le ocurrió más que aquella pregunta estúpida, y un repentino terror que la calofrió el cuerpo la hizo volver sobre sus pasos, salir al corredor y gritar:

—¡Señora Rafaela, Soledad, Petra, Dolores!...

Se abrieron varias puertas, y en sus umbrales aparecieron las llamadas inquiriendo con extrañeza:

—¿Qué pasa? ¿La ocurre algo?

La pobre mujer sólo pudo articular:

—¡Carola! — mientras que hacía ademanes para que todas acudieran.

La visión descarnada de la Muerte abrumó por un instante los ánimos de aquellas mujeres; pero sobreponiéndose a la intensidad de la emoción, acudieron en tropel y penetraron en el cuarto de Carola.

Sobre el lecho hondo yacía un cuerpo sin vida abrazado al vestido nuevo de algareros volantitos.

Había muerto sola, mientras la madre pregona por las tumultuosas calles de la ciudad su amable mercancía, con cuya venta iban haciendo frente a la adversidad. Sólo fué con pañera piadosa del último momento la dama Ilusión, que en el rostro afilado y céreo estereotipó una leve sonrisa enigmática y atrayente.

ooo

Un rayo de luna que penetra por la ventana abierta besa el campo dormido de la juvenil frente y pone una flor blanca sobre los fríos labios de la muerta.

Sobre la mesilla de noche, un crucifijo de escayola y una vela que parpadea macabramente.

Entran y salen mozas, niñas, viejas, mujeres pletóricas de sangre y de salud. Todas lloran, cuchichean, bisbisean algo y se van.

Apoyada en los hierros del lecho, la señora Claudia contempla con ahinco, secos los ojos y grave el gesto, el cuerpo de su hija, amortajado ya con el vestido nuevo, con el airoso vestido verbenero que pensaba lucir entre piropos de castizos y alabanzas de amigas...

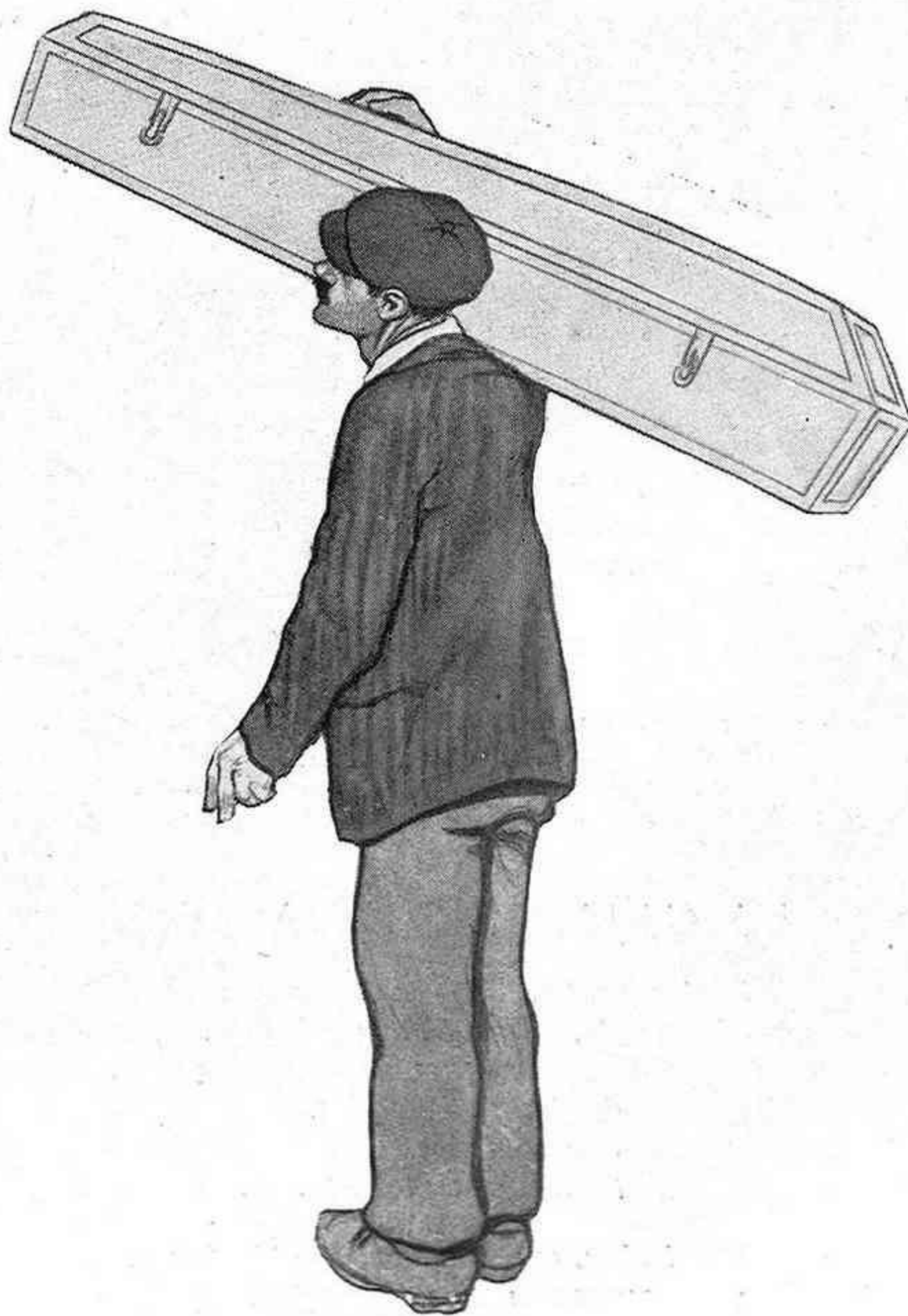
Lejanas y rotas, vienen músicas de manubrios, de gramófonos. Resuenan en el espacio infinito las secas detonaciones de los cohetes verbeneros. Hay risas de mujer y gritos de hombres y chicos en las casas vecinas. La alegría del barrio en la noche de su fiesta llega a la estancia en sombras.

Tras de los velos enlutados de la Muerte, la Vida suelta una carcajada estridente que resuena y resuena...

Un hombretón hercúleo, cargado con un blanco ataúd, sube penosamente la larga escalera, deseando acabar en su trajín.

José LORENZO

DIBUJOS DE ECHEA



POEMAS INFANTILES



EL TREN DE JUGUETE

*¡Salve, ferrocarril,
delicia infatigable de la gente infantil!*

*¡Vamos á darle cuerda,
que corra, que se pierda
con estrépito seco
en alas de sus leves ruedecillas,
bajo las cúpulas sin eco
del sofá y de las sillas!
¡Vuela, juguete amado
—alborozo hogareño
por ángeles ilustres inventado—,
mientras mis hijos ríen y yo sueño!
¡Vuela, divina máquina rodante
que despiertas la sed de lo distantal!
Y en tanto que el azar no nos depara
un viaje al Egipto ó á la China,
anda, hijo de mi amor: el tren prepara.
¡Vamos desde el salón á la cocina!...*

EL TROMPO DE MÚSICA

*¡Zás! El trompo cae,
salta alegremente,
y empieza á dar vueltas
hasta que se duerme.*

*El muy revoltoso
mucha prisa tiene,
y, con tanta prisa,
¡apenas se mueve!
Despierto y dormido,
ágil y solemne,
agitado y quieto,
¿cómo comprenderle?
Al de un abejorro
su canto parece:
trueno chiquitito,
fanfarrón y tenue...
Callad... ¡Cuánto ronca!
¡Cuánto ronca y duerme!
Su voz es un sueño.
¡Que no se despierte!...*

LA CAJA DE SOLDADITOS

*Ponlos, nenito, á pelear dispuestos;
ponlos en fila, en cuadro, en pelotón...
Siempre á servirte en todo se hallan prestos,
dóciles y abnegados.
Son soldados.
¡Soldados de latón!...*

*Que luchen, que se maten, que blasfemen,
y no tengas con ellos compasión.*

*Más que á la muerte, á la deshonra temen
los bienaventurados.
Son soldados.
¡Soldados de latón!...*

LA MUÑECA

*Así gusta á tu madre que la cuides:
tenla muy repeinada y muy compuesta;
duérmela con tus cantos más bonitos
y los mejores cuentos que tú sepas.*

*Si, señora: ninguna amiga tiene
una muñeca como tu muñeca,
con los ojos más negros y más grandes,
con la boca más linda ni más fresca.*

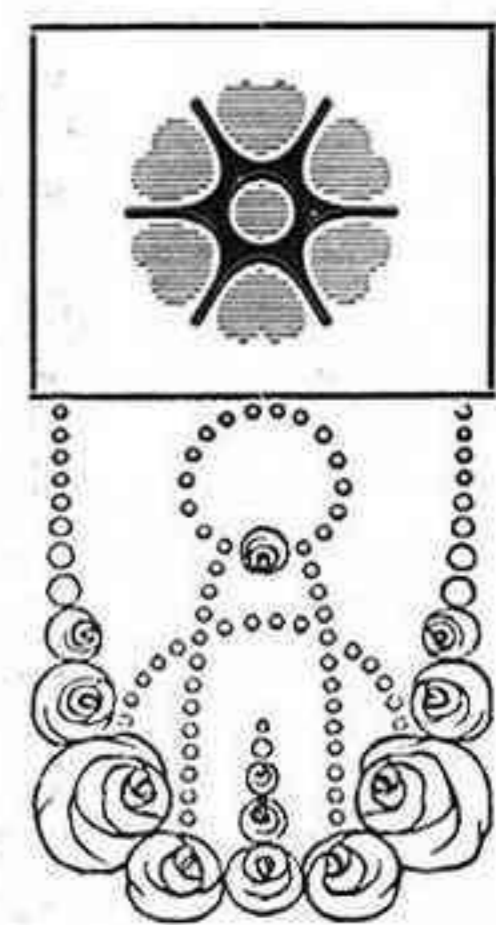
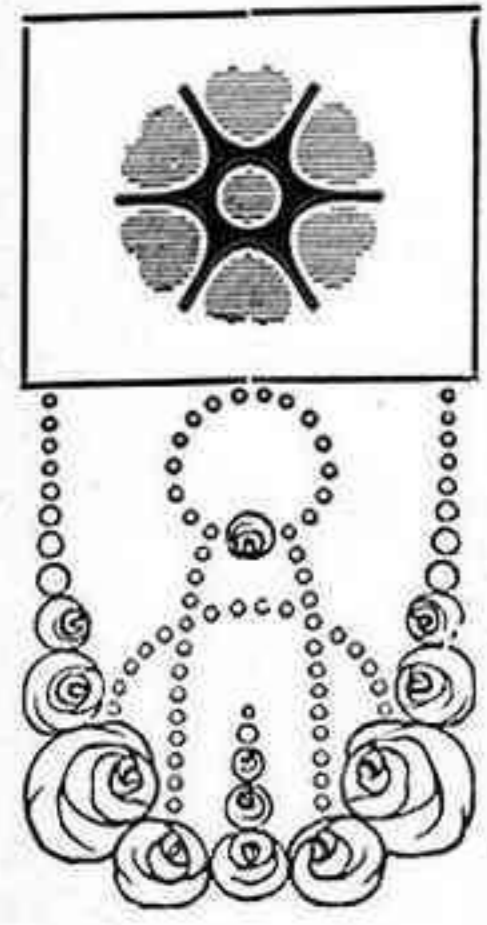
*Contigo ella suspira cuando lloras,
y tú con ella partes la merienda,
y, como á ti, le gustan los domingos,
y, como tú, le teme á las tormentas...*

*Ella, por lo formal, se te parece;
y tú, por lo gentil, te le asemejas...
¡Díla que siga siendo mujercita,
y nunca dejes tú de ser muñeca!...*

E. RAMÍREZ ANGEL

Caracas, Octubre 1919.

VARONA



Fué tal vez en una de las *Páginas de juventud*, que el noble señor don Ramón María del Valle Inclán cincelara como joyeles, como raras orfebrenas incrustadas de prodigiosas gemas, donde por primera vez la vi azotar con su florete la mejilla pálida del duquesito de Ordax? ¿O mejor entre las frivolas banalidades de Abel Hermant, donde una mañana galopaba por el bosque entre la Princesa Mimí, que paseaba en su enorme *landeau* de muelles, y don Manuelito Arequetipa, que guiaba su *arana*? ¿Quizás la realidad me brindó su imagen en el *Proter* de Viena hace unos años, antes de que la ola de sangre anegase el Imperio, leve, aérea, elegantísima, conquistando el corazón del *Heredero*, que, marcado por el sino fatal de su raza, había de morir en un obscuro drama que tuvo por

escenario la magia de un pabellón de caza? Yo no sé dónde hallé antes de aquí a esta *varona* gentilísima que, conservando todo el feble encanto femenino, tenía una resuelta y divertida virilidad. Amazona, tiradora de florete, patinadora ó guiando cuatro jacas desde el alto asiento del *mail*, era varonil sin perder la gracia femenina.

Ahora las mujeres deportistas son más rudas, más resueltas, quemadas de aire y sol, desnudas bajo las lanas blandas y moldeadoras. Tienen algo de deidades griegas, algo de panidas ó de bacantes, con sus cabellos revueltos al viento, sus gestos duros y resueltos y su piel de un cálido dorado. *Aquellas*, no; *aquellas* eran blancas, en una albura casi ficticia de azucena, y la amazona negra, la corbata de *piqué* y el hongo sentábase muy bien.

Me acuerdo de ella; se llamaba Rosario, y en su jaca alazana trotaba bajo la verde y fresca

bóveda de las arboledas de la Casa de Campo. Nadie sabía quién era ni de dónde surgiera; un día, toda de rosa, una rosa entre los cabellos de oro y otra en el borde del escote recostándose sobre los senos, había aparecido en su platea del Real, los brazos desnudos en los altos guantes de Suecia gris. Desde entonces, los del *Veloz* y los de la *Infantil* la persiguieron, la acosaron con sus galanteos. Hermética sonreía, ambigua y curiosa, como si aquello no fuese con ella; sonreía con esa estereotipada sonrisa de una insustancialidad inimitable, que sólo se ve en algunos cuadros de los maestros del año 70.

Contábase de aquella mujer absurdos y maravillas, historias estrafalarias y liviandades, que á las gentes de entonces, un poco pazguatas, se le antojaban dignas de las Emperatrices de la *decadencia*, esplendores emuladores de Bizancio y audacias imposibles. Decíase que tenía un *Angora* admirable, que montaba sus ca-

ballos en pelo, se bañaba en perfumes, y que manejaba el rifle como un cazador de leones y el florete como un espadachín italiano.

Luego hablóse de sus amores con un duque famoso por su *chic*; de su cuestión con otra dama de peregrina belleza; de un raro desafío en la Castellana en el amanecer...

Era bella, tiraba el oro, y el aura de escándalo la acompañaba, y cercaba como una atmósfera propicia en que vivía como *el pez en el agua*.

Todos los que la rodeaban eran figuras vulgares que quedaban confinadas á las penumbras del fondo del cuadro. Sin quererlo, esa comparación vuelve á los puntos de la pluma: la dama de gardenia y oro, vestida de rosa, acodada al barandal del palco en plena luz, mientras quedan relegadas al fondo otras figuras más bastas y borrosas.

Y súbitamente todo se derrumbó; los millones se evaporaron, el boato se fué, el escándalo que también es, á veces, un á manera de gloria, todo, todo. Y la mujer que fué como una luciérnaga hundiéndose en la nada.

Una tarde, paseando por las frondas de la Casa de Campo, creí por un momento ver nuevamente la figura extraña que con su magnificencia llenó mi infancia de inquietud, la que en su apostura de amazona cruzara por mis sueños infantiles.

Sobre la jaca alazana, feble y resuelta, deliciosa y adorable en su amazona negra, pasó jactanciosa. Corrí á alcanzarla, pero ya se perdía en un recodo del paisaje y no era sino un recuerdo, al reflejo de un pájaro en el agua.

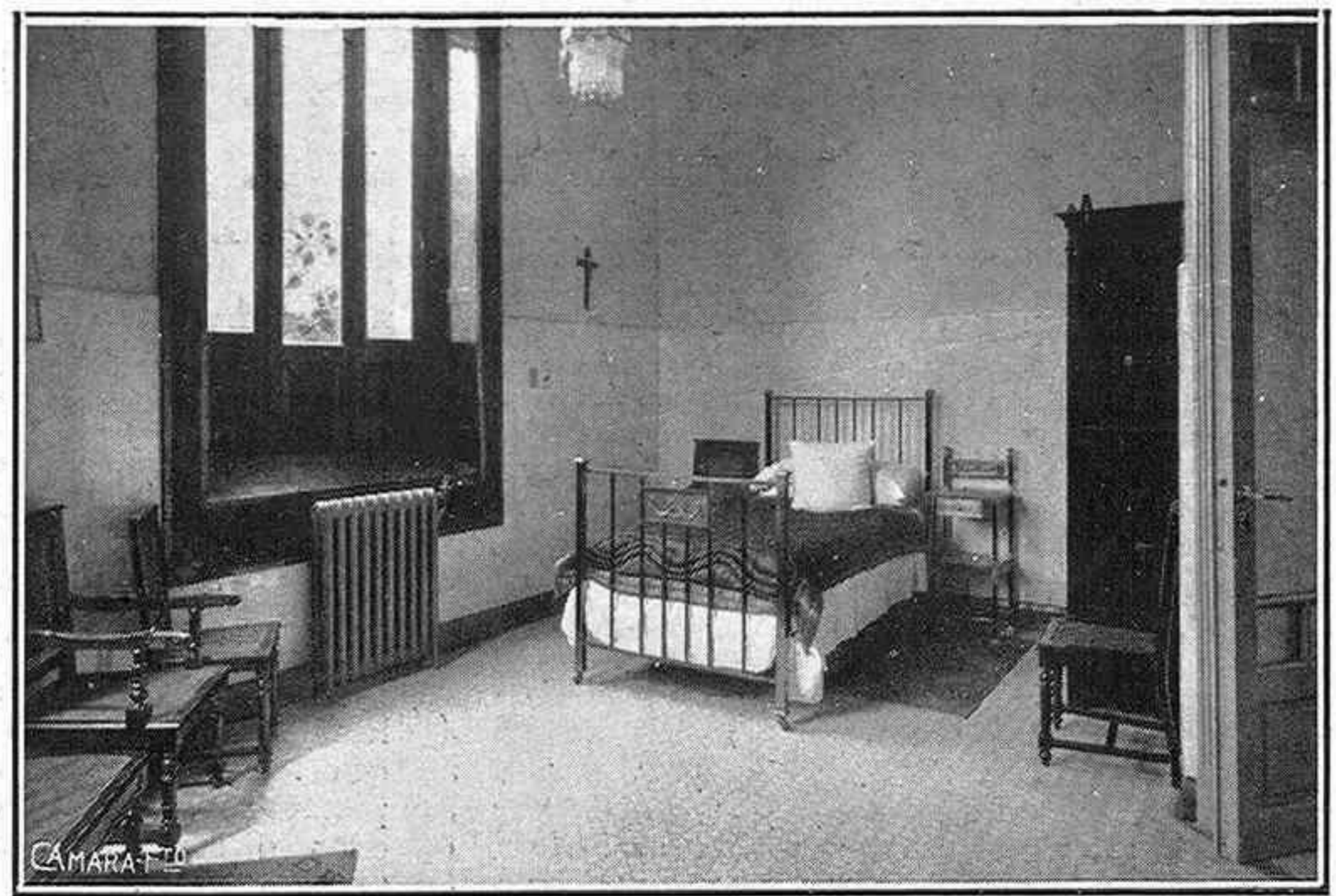
ANTONIO DE HOYOS y VINENT

DIBUJO DE OCHOA





Sala de recibo



Una alcoba de pensionado

de millón las acciones del Banco del Río de la Plata y de otras sociedades que posee; en junto, cuatro millones de pesos aproximadamente.

En esta obra admirable el Estado español no ha puesto nada; no han puesto nada las Diputaciones provinciales ni los Ayuntamientos. Importaría poco la cuantía de las subvenciones ó de los donativos, porque tendría, cualquiera que ella fuese, la significación espiritual del recuerdo fraternal, del pensamiento común en una orientación de raza. En estas estadísticas encontramos que el pasado año fueron asistidos en estos hospitales 152 asturianos, 522 gallegos, 139 vascos, 113 catalanes, 129 andaluces, 424 castellanos, 32 aragoneses, 35 levantinos y ocho extremeños; pero en la nómina de los contribuyentes para el sostenimiento de camas de caridad no encontramos estas sonoras palabras que enardecen y exaltan á nuestros expatriados: Asturias, Galicia, Vasconia, Cataluña, Andalucía, Castilla la Vieja y Castilla la Nueva, Aragón, Valencia, Murcia y Extremadura. Ni las regiones, ni las provincias, ni los Municipios, ni siquiera el Estado español en representación de España... allí donde la sagrada palabra que da nombre al solar de la raza es melancolía y añoranza en todos los corazones y nubla con lágrimas todos los ojos.

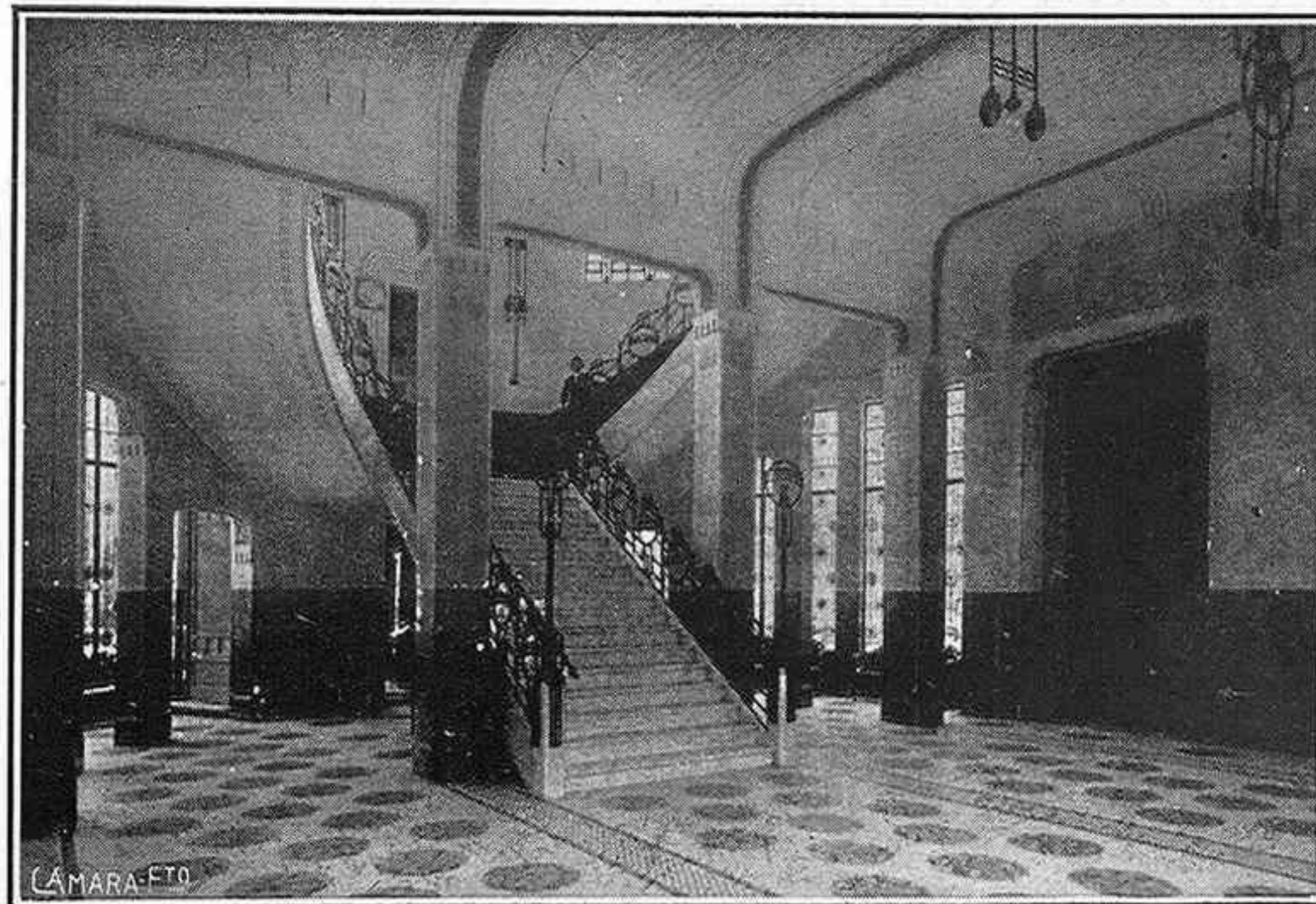
Porque esta nómina de contribuyentes que costean camas de caridad en los Hospitales ricos — para que haya más camas, para que sean más ricos — es un padrón de españolismo en el que debería figurar desde la Intendencia palatina á la Dirección de Beneficencia, y desde la Mancomunidad catalana á la última Diputación provincial. ¡Oh, qué bien, qué sonoramente, qué hidalgamente estarían incluidos en esa lista los Ayuntamientos de Barcelona y Madrid, de

Valencia y Sevilla, de Coruña y Oviedo, de Bilbao y de Málaga, y tantos otros que pueden pagar unos centenares de pesetas; y cómo los madrileños y barceloneses, los valencianos é hispalenses, los coruñeses y ovetenses, los bilbaínos y los malagueños doloridos y hambrientos que, vendidos en la lucha de la vida, agarrotados por el dolor ó acobardados por la miseria, tuvieran que llamar á las puertas del Hospital Español, se sentirían confortados si viesen el escudo de su ciudad nativa y el nombre sonoro de su pueblo sobre una siquiera de aquellas camas misericordiosas!...

Dijérase que es una obra española aparte de España, cercenada de España. En la nómina figuran las casas comerciales de los españoles establecidos en la Argentina. Las razones sociales

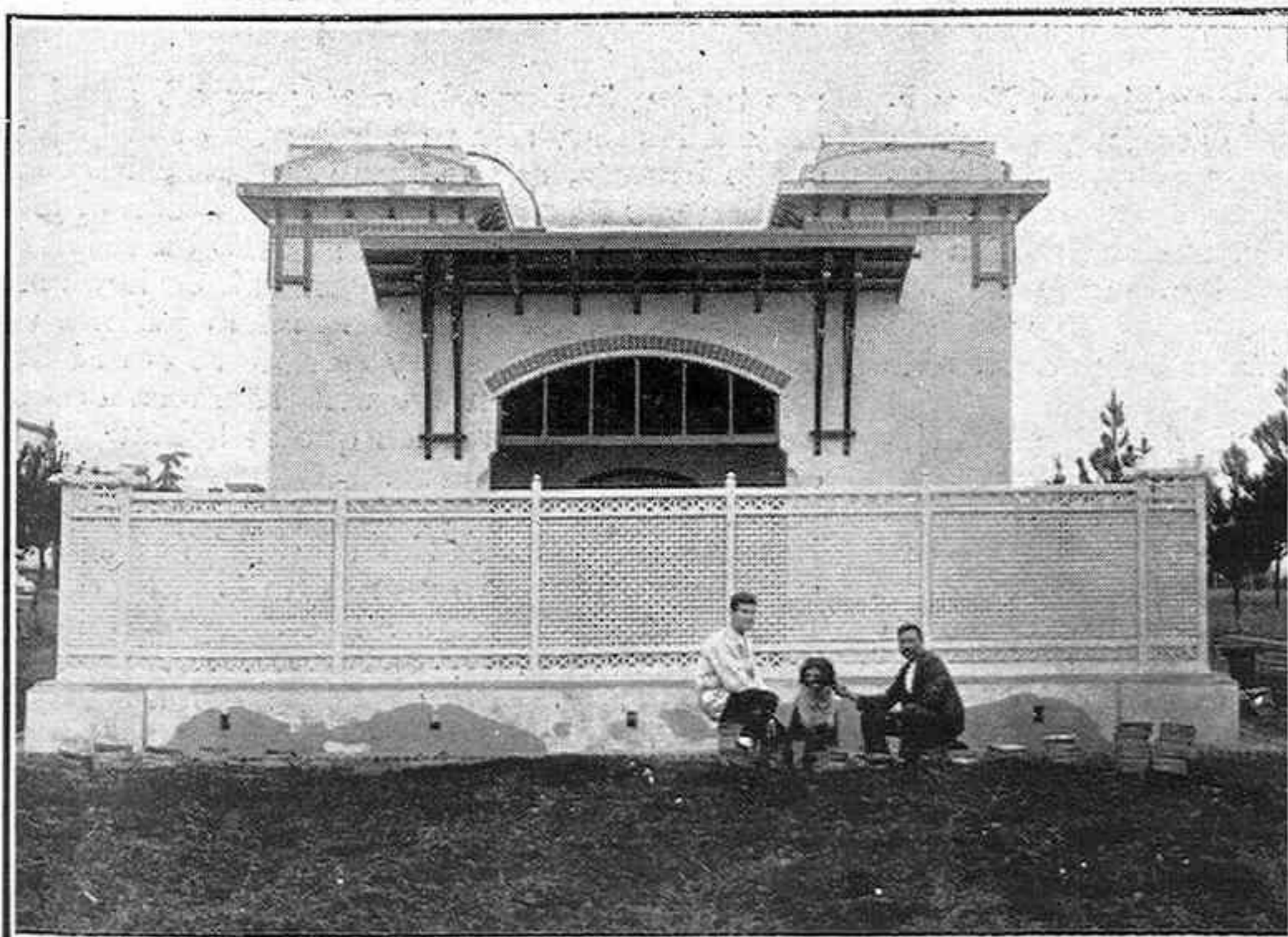
de las comanditas y las compañías se suceden en esta lista, revelando el desbordamiento de caridad y patriotismo de aquellos á quienes creemos que secó el corazón los rigores crematísticos de la contabilidad y la angustia codiciosa del tráfico mercantil... ¡Y luego con qué emoción repasamos esta otra lista de donativos extraordinarios, de legados instituidos en testamentos, de anónimos donantes, que llegan á sumar más de un cuarto de millón de pesos en el pasado año! Más aún conmueve esta lista de los regalos en especies enviados al Hospital por modestos españoles, especialmente por mujeres. Encontráis en esta enumeración víveres, ropas, tabaco, dulces, frutas; pero, sobre todo, encontráis flores: ramos, cestas, canastos... En Diciembre, en la Navidad que coincide en la Argentina con esplendores primaverales, no faltaron flores un solo día en el Hospital Español.

¿Por qué nuestro olvido? Confesemos que no concebimos otra política de convivencia en extraterritorialidad que la que se nos metió en las venas cuando América era nuestra; cuando el Estado mandaba allí á los cuitados y menesterosos que se habían refugiado en sus cobijos de holganza y de incapacidad; la política que pudiéramos llamar del «tío en Indias». Regiones enteras hay en España que miran ansiosamente al horizonte, esperando ver dibujarse en la lejanía la silueta del buque que trae los giros y los cheques y las copias protocolizadas de los testamentos, cuando no al propio indiano, del que no nos acordamos cuando, vencido, tiene que llegar á este Hospital Español, y extender ambas manos pidiendo misericordia y amparo á sus compatriotas.

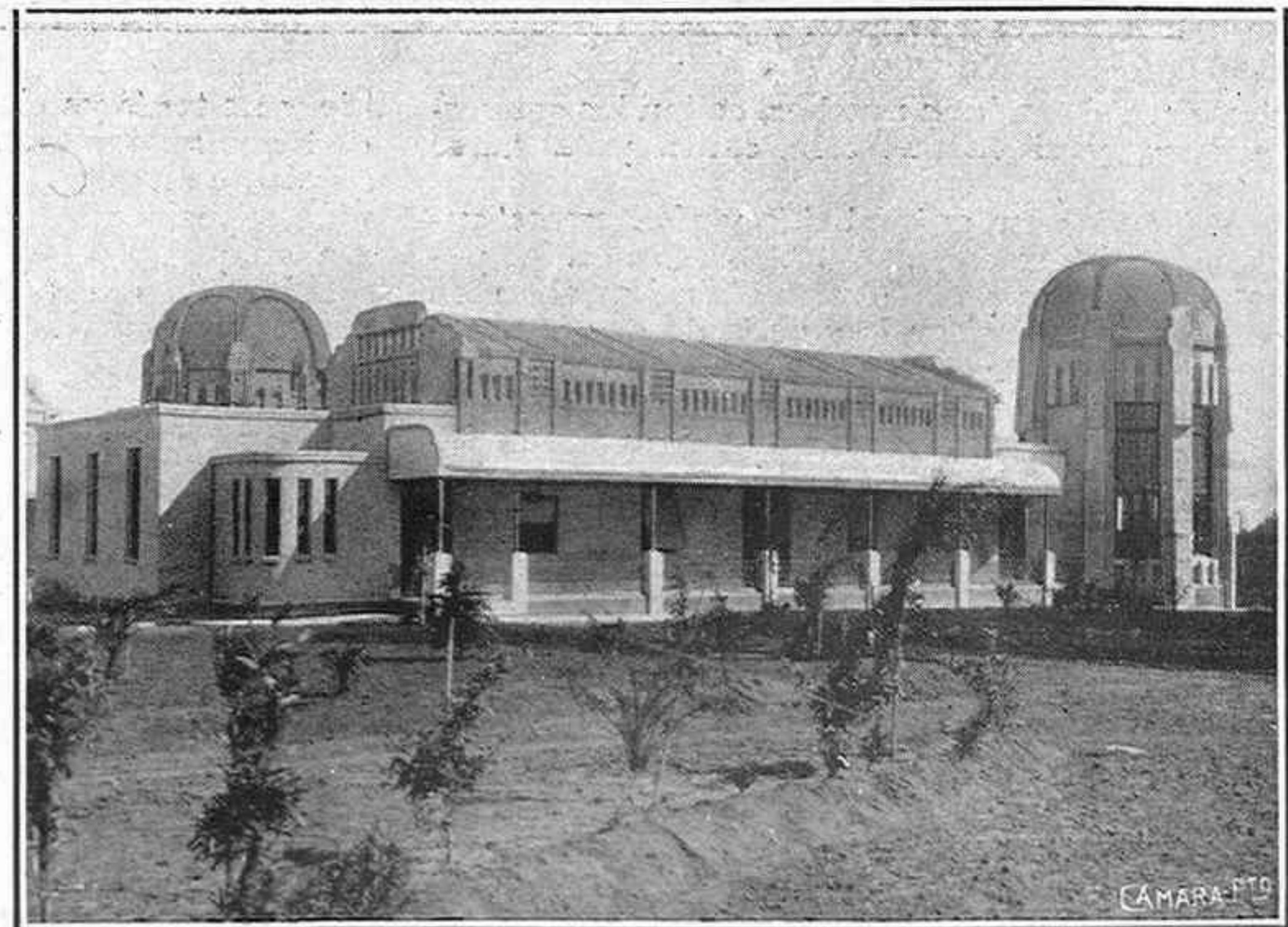


La escalera principal

MINIMO ESPAÑOL



El "solarium"



Uno de los pabellones

BIBLIOTECA MADRID

LA CRUZ DEL CAMINO

Las cruces que se hallan en los caminos, cruces solitarias y siniestras, impresionan, como cruces del *Via-Crucis* humano, que indican la dolorosa última estación de alguien que debió morir á consecuencia de un accidente ó de un asesinato.

Son esas cruces cementerios de almas, porque no han quedado allí enterrados los cuerpos; algo como un nicho ó casita donde se pueda acoger aquel espíritu que, por como llegó desprevenido á la eternidad, debe seguir vagando por los campos, sin haber entrado en ella aún.

Aunque las cruces abundaban en aquella comarca de Andalucía, no había medio de familiarizarse con ellas. Se las veía siempre con la misma dolorosa impresión, de un miedo vago, como si alguien anduviese por allí cerca. Cuando era posible, se daba un rodeo para no pasar cerca de la cruz...; los que pasan de noche aprietan

el muerto cuyo recuerdo perpetuaba. Los labradores y carreros, que pueden morir en el camino, no dejaban nunca de levantarse el sombrero y rezar un Padrenuestro y un Ave María, sin Gloria — porque la gloria del Gloria no es propia de los difuntos —, y de arrojar la piedra obligada, que es sufragio para el alma en pena. Almas en pena son, sin duda, las de aquéllos que mueren en medio de su vida, cogidos de sorpresa en la trampa de la muerte y sin recibir los Sacramentos.

José Freniche se indignaba. Se perdía el terreno de medio bancale, de su huerto de los Carihuelos, con esa dichosa cruz, que daba lugar á que los caminantes se apartaran del camino y pisotearan el sembrado, para ir á echar las piedras, que ya formaban un enorme montón en torno de ella.

El había servido al Rey, había salido del pue-

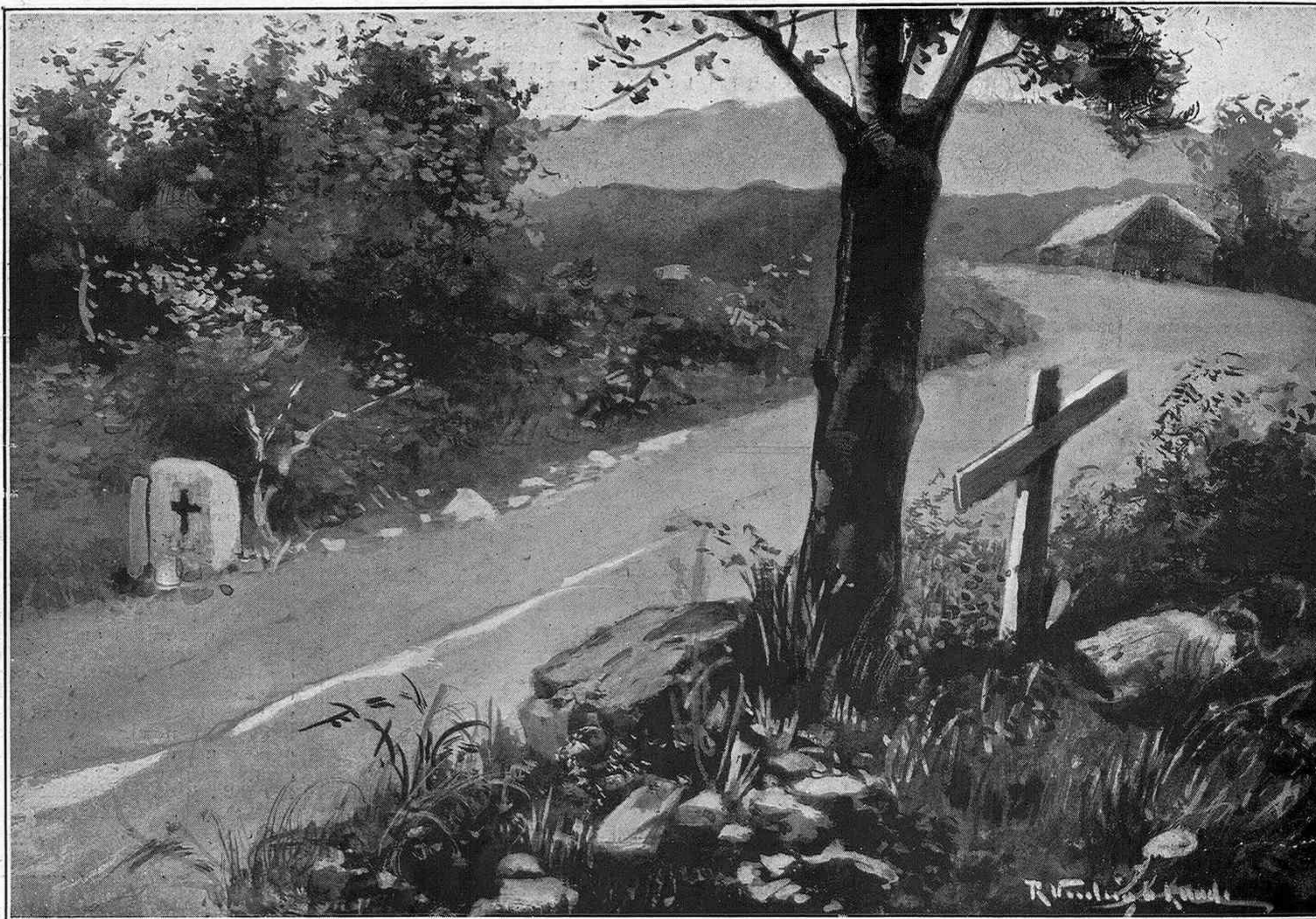
si el picoteo en las matas recién nacidas no esterilizase todo el espacio que mediaba entre la cruz y el camino.

Entonces trató de dejar sólo una veredita y limpiar los alrededores de las piedras, que, tiradas desde lejos, ocupaban una amplia circunferencia. Todos los días quitaba varias espuelas, y se diría que á la noche volvían á su lugar las piedras de sufragio; pues por mucho que trabajaba, no disminuían jamás.

Al fin, José Freniche tuvo un rasgo de decisión, y mandó quitar la cruz del camino, limpiar las piedras y labrar el campo.

La cruz fué quitada, no sin gran miedo de los braceros que hicieron el trabajo, y las piedras, cargadas en el carro, se llevaron lejos... muy lejos... ¡Al fin iba á descansar, después del desahucio al molesto inquilino!

El año prometía ser bueno...; lluvias oportu-



el paso...; si caminan muchos, callan las conversaciones, y si va uno solo, canta para dárse valor.

Allí, en las cercanías, había varias cruces, cuyas historias se cantaban. Grabadas en las paredes de piedra de la *Cuesta Colorá* estaban las cruces que indicaban la agonía de dos famosos bandidos, el *Puro* y el *Gallina*, á los que había fusilado allí la Guardia civil. Más lejos, cerca de la *Venta del Pino*, una cruz de piedra blanca indicaba el sitio donde se mató un carretero que había bebido demasiado... Más allá, en diferentes lados, cruces de piedra y de madera, toscas, marcaban los lugares donde murieron viajeros víctimas de los bandidos, ó algún mozo, al que acechaba su rival...; pero era aquella cruz grande, de madera negra, cuyos brazos torcidos tenían algo de patíbulo, y que hacía como un guiño al cielo, lo que más conmovía... Ya se había perdido la tradición y el nombre de quién murió allí... y allí seguía la cruz. No estaba precisamente en el lindero del camino, sino en el centro del bancale... Ella, como las otras, con sus brazos tendidos, parecía pedir clemencia para

blo y no tenía ya ciertas supersticiones. Es verdad que rezaba también su oración y arrojaba su piedra en todas las cruces; pero no hubiese tenido reparo en hacerla desaparecer, como lo tenía su padre, al que atemorizaba la idea de arrojar de allí aquel espíritu, como su propietario en el lugar, que quizá lo protegía agradecido de que le dejasen su pedacito de terreno.

—La cruz estaba ahí cuando heredé estas tierras — decía —, y ahí tiene que continuar.

Era como si las hubiese recibido con aquel censo ó hipoteca á un difunto cuyo nombre no recordaba ya nadie.

José no tuvo ese miramiento cuando murió su padre. Trató primero de que la cruz quedase oculta, aislada del camino, y que la olvidasen los transeúntes. A ese fin, sembró trigo en Octubre y panizo en Abril en todo el bancale. Las plantas crecían lozanas, y en aquella tierra fértil y bien estercolada, á la que se le daba la labor y el agua que apetecía, tenían la altura de un hombre. La cruz se hubiese quedado escondida entre ellas, sobresaliendo la punta como un espantapájaros,

nas tenían la tierra bien atemperada; se había dado á los banales una labor de dos rejas, con arado francés, que la revuelve hasta las entrañas, en vez de arañar su superficie con el arado de reja. Libre de hierbas, se echó en los surcos escogida semilla de trigo candeal. Se habían colocado en los extremos del bancale peleles, para espantar los gorriones y que no se comieran la semilla, y se prometía una hermosa cosecha. Eran muchos metros los que se habían ganado con quitar aquella cruz.

Llegó la primavera; las semillas entregadas á la maternidad de la tierra iban á dar sus espigas...; pero toda la extensión del campo se cubrió de amapolas rojas. Las amapolas rojas se habían comido el trigo. Era como si la punta del arado, al rasgar el lugar donde debía reposar el muerto, le hubiese hecho una enorme sangría. No podía, no, labrarse la tierra que era suya. José Freniche, atemorizado y vencido, volvió á colocar en su sitio la cruz del camino.

CARMEN DE BURGOS
(Colombine)

FIGURAS CINEMATOGRAFICAS
TOM MOORE Y WALLACE REID

Dos figuras masculinas, preeminentes en el mundo cinematográfico, ilustran esta página: Tom Moore y Wallace Reid, artistas norteamericanos.

Ambos son finos actores, sobrios y naturales, muy apreciados por su excelente labor ante el tomavistas de elegante y atractiva figura..., sobre todo para las lindas espectadoras, ¿verdad?

ooo

Menos tiempo del que tarda en santiguarse un cura loco, según el adagio popular, ha bastado a Tom Moore, el actor de la «sonrisa buena», que diría un escritor modernista, para conquistar uno de los primeros puestos en el cinematógrafo.

En España era desconocido hasta hace poco. Y hoy se puede decir es el artista que con más partidarios cuenta, lo mismo entre el elemento femenino que entre el masculino. Sólo en esta temporada ha ganado el maravilloso actor más adeptos que lograron otros brillantes astros de la cinematografía en muchos años de actuación.

Tom Moore es, sin disputa, el favorito de todas las encantadoras muñequitas que en los salones mundiales viven, por unos momentos, soñando las dulzuras incomparables de un amor a lo «cien duros al mes» ó «el orgullo de la fuerza», en que, para los enamorados, no existe más que su excelsa y triunfante pasión, que ponen por encima de todo y de todos.

Con un precioso cabello ondulado naturalmente, unos ojos cariciosos y una hermosa dentadura, sin llegar a una fealdad rabiosa, no es su rostro, de facciones fuertes, hombrunas, algo abultadas, precisamente un modelo de belleza. Una nariz de patata y unas cejas ásperas, hirsutas—al menos esa sensación dan en la fotografía—lo adornan..., si con esas condiciones se le puede llamar adorno. Pero su expresiva fisonomía, sus desenvueltos ademanes y toda su varonil figura, respiran tal simpatía, que no hay forma de resistirse á su influjo.

Su risa luminosa, jovial y franca, es su arma más terrible. Si él lo supiera y se propusie-

ra sacar partido de ella, ¡Dios santo!, dejaba la fama de nuestro Tenorio á la altura de una zapatilla. Conocemos muchachita que por verle sonreír personalmente sería capaz de ir andando de aquí á Los Angeles. ¡En serio!

Cuéntase que yendo un día el simpático Moore con varios amigos en auto, á cuyo deporte es muy aficionado, por llevar velocidad excesiva fué detenido por un severo policía, decidido á hacerle pagar una fuerte multa con arreglo á las rígidas leyes de aquel país.

Nuestro amigo descendió del auto, y, risueño, se disponía á dar acatamiento á la ley, cuando el policía exclamó:

—Pero... ¿Es usted?

—¿Yo?... Sí... ¿Quién?

—Tom Moore... «El hombre de la sonrisa irresistible...»

—¡El mismo!

—Pues... ¡Vaya con Dios!... Y procure no atropellar á nadie.

¡Oh, poder de la mágica sonrisa! La inflexible ley se inclinaba ante ella, y ella valía á su afortunado poseedor proseguir el camino con unos cuantos dólares más en el bolsillo.

Temas sentimentales, dramáticos, cómicos; personajes de alta alcurnia, de modesta cuna, virtuosos, viciosos, hallan en Tom Moore, para cuya sensibilidad artística no tiene secretos la múltiple gama material y espiritual de los mortales, al intérprete genial que sabe dar al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios.

Tom Moore ha estado casado con Alice Joyce, la bella actriz de los ojos tristes y enigmáticos, acostumbrados á escrutar el más allá—es aficionadísimo al ocultismo—, de la que se divorció recientemente, según la Prensa.

¿Habrán destruido las prácticas espiritistas la felicidad de esta parejita ideal?

ooo

Por su gallarda figura, su elegancia y desenvoltura, Wallace Reid es otro de los artistas predilectos de las multitudes.

Actor muy estudioso y tenaz, cuando se encarga de un papel lo desmenuza hasta en sus más nimios detalles, profundiza en la idea del autor y se compenetra íntimamente con el personaje que ha de crear.

Su talento y la ductilidad de su temperamento le permiten llegar al alma del público, lo mismo representando un bravo tipo de *cob-woy* que un *gentleman*, un detective que un bandido, y toda



WALLACE REID

la serie de individualidades que, con la cáscara más ó menos amarga, se dan en este pícaro mundo.

Wallace Reid es un apasionado *sportman*. Rinde culto entusiasta á todos los deportes. Este es el secreto de su apostura y de esa graciosa naturalidad y agilidad de movimientos que tanto agrada cuando se le ve actuar en la pantalla.

A su triunfo han contribuido bastante sus agradados dotes personales.

Esas correctas facciones y esa arrogante figura han trastornado el sexo á más de cuatro gentiles nenitas.

¡Sí, señores, sí! Wallace Reid cuenta también con un importante núcleo de admiradoras que le asedian con sus perfumadas misivas. Algunas de ellas son un modelo de reclamo para las «virtudes» del feliz actor. Véase la que recibió recientemente de una bella señorita de San Luis:

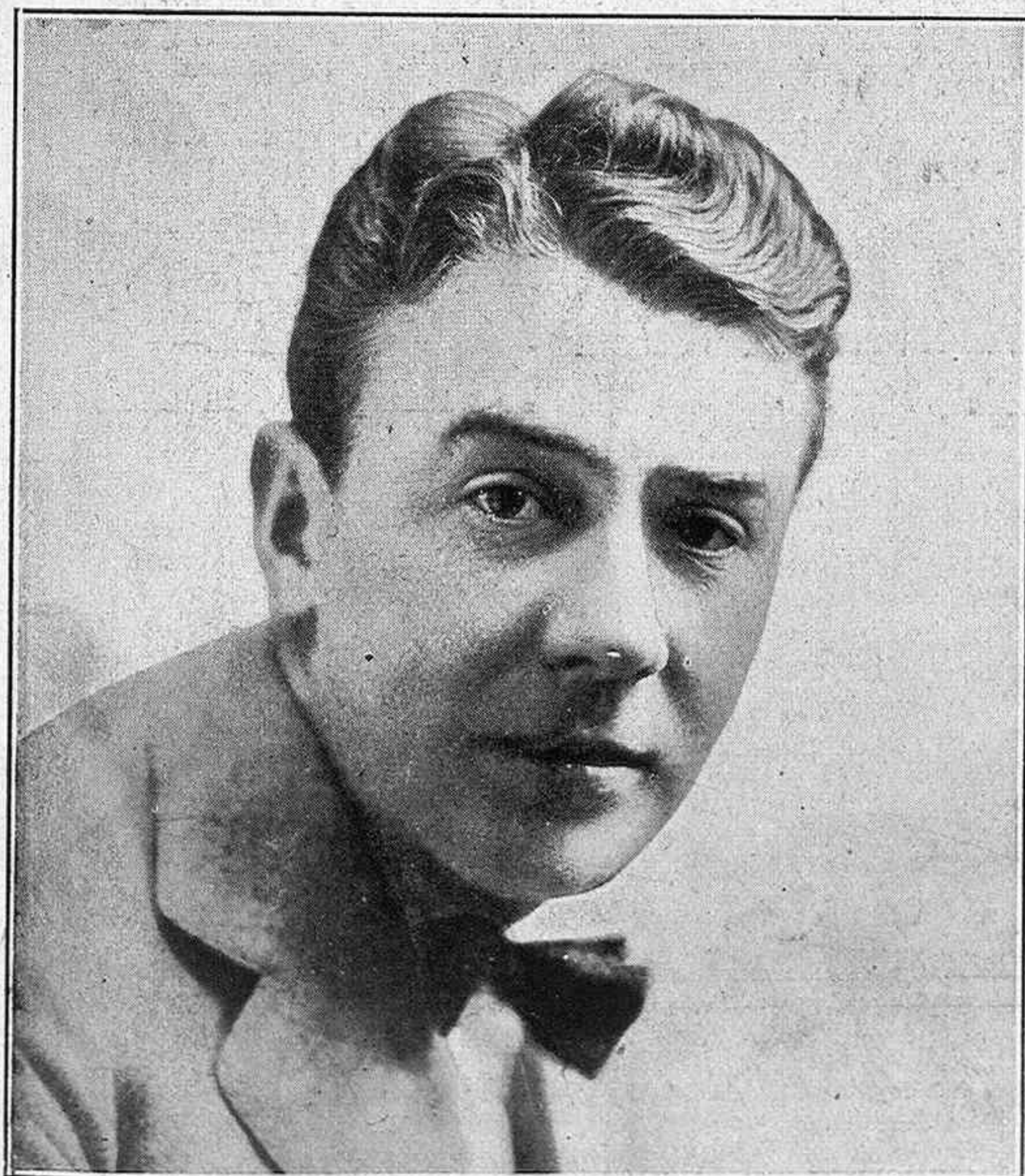
«Es usted seductor. ¡Se ha abstenido tan elegantemente de cometer tantos de los ridículos pecados en que incurre la gente «peliculera»! Jamás le vi vestir traje de montar, ni zapatos de charol, ni lucir un *Derby*, ni mirar agresivamente á una señora, ni hacer muecas, ni... ¡masticar goma! Sus películas no acaban nunca con el consabido «y el milagro de una vida nueva trajo felicidad para Bessie y Willard», con la contera de una instantánea de usted, con su agradable pareja y otra de un infeliz haciendo caricias á un liliputiense salido del circo Barnum para contraste... Decididamente, su carrera es maravillosa... ¡Qué Dios le dé larga vida y mucha prosperidad!»

¡Eh! ¿Qué tal?

Sin embargo, nosotros encontramos á Wallace de una belleza demasiado suave... Preferimos un feo á lo Tom Moore.

¡Qué le vamos á hacer! Tenemos debilidad por los feos. ¡Palabra!

¡Ah, amiguitas! Un último dato muy importante. Wallace Reid es... ¡casado!



TOM MOORE

DUQUESA DE BORELLI



ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL



LORCA (MURCIA).—MAGNIFICA Y BELLA PORTADA DEL PALACIO MORENO ROCAFULL (LLAMADA CASA DE LAS COLUMNAS),
UNA DE LAS MÁS NOTABLES CONSTRUCCIONES DE LA CIUDAD

FOT. HIELSCHER

CASTILLA
ELEGÍA DE LA CASA VIEJA

EN lo más recóndito de un barrio sombrío, todo gris y todo rezumante, yérguese la fachada del viejo casón, que no conserva más prestigio que el del recio nombre, ó la alta condición, ó el bravo remoquete de los castellanos á quienes albergó hace cuatro siglos. Y así, este casón se llama la Casa de los Lizanos, ó el Palacio de la Infanta Catalina, ó el solar del Rico Home. Pero he aquí que del solar del Rico Home no queda sino el recuerdo, y la Casa de los Lizanos alberga á gentes de la más humilde condición, y el Palacio de la Infanta Catalina es quien sabe si hostel fraudulento de arrieros y soldados y mozas «de cotas que llaman de partido», mejor avenidos con mal porte que con su pobreza.

El viejo casón ha perdido, pues, todo su noble prestigio y toda su aristocracia. Tiene la dolorosa tristeza y la grave amargura de todas las ruinas. Es como el gran señor que perdió su hacienda y vive de la merced de un viejo criado, ó acaso de otra con más vilipendio. Frente á la vetusta fachada plateada que mancilló el zarpazo del tiempo, nos acometen las más dolorosas imaginaciones. ¡Oh, el terrible desdén de los hombres ante estos vestigios mancillados, tan llenos de dolor!

Se ha perdido el recuerdo de quien edificara la casona, y nada queda de su vanidad. Porque el mismo escudo que cubre los umbrales del portón nos es desconocido. Allí arriba hay un ventanuco, ante cuyos cuarterones oscuros sobreviven unos vidrios que, no obstante su quebradiza fragilidad, han tenido más vida que los hombres y que las memorias. En cada crepúsculo, un sol, también demasiado viejo, dora las piedras de la fachada y deja prendidos unos rayos amarillos en las vidrieras, verdosas de vejez, como tomadas de jaramagos, y opacas de polvorientas. En estos crepúsculos, del seno de la casona salen unos destemplados gritos de mujer furiosa. Esos gritos que nos acometen sólo en los corredores de los patios de vecindad, y que entre los muros de la casa vieja tienen una prestancia de encantamiento.

Por el patio, junto al brocal del pozo, que es otra ruina, se revuelcan unos chicuelos astrosos, se espulga un perro, cacarean unas gallinas flacas y demasiado grises, que despiden al día caminando hacia la muestra negruzca de una covachuela fangosa. Y desde la torre de la Magistral caen al fondo de este patio, con una terrible pesadez, el campaneo doloroso de las oraciones. Pero todos uena en el patio á cosa lejana y oscura. Hasta la algarabía de los vencejos, que cruzan el cielo como flechas negras. En silencio irrumpen unas golondrinas en un corredor. Son de la misma generación de las que vinieron por vez primera en 1600. Y así, la vieja casona alberga con más perseverancia á los pájaros que á los hombres.

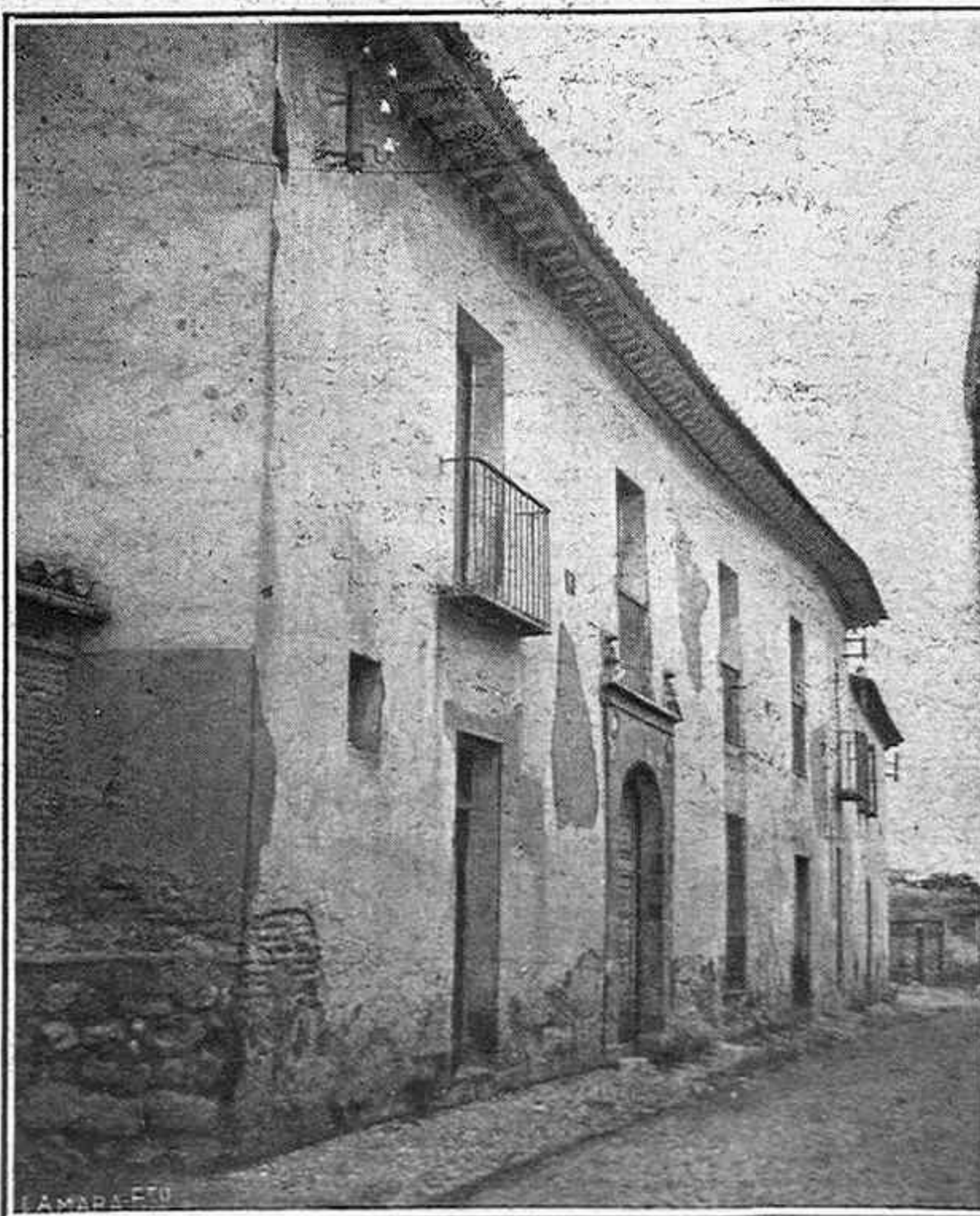
¿Qué sería de aquellos varones resplandecientes que blasonaron la fachada del casón? ¿Qué desventuras cerrarían para ellos las puertas de su propio solar? ¿Qué negras tempestades borrarán sus huellas de los recuerdos? Algún varón ilustre de estos varones moriría en Flandes bajo las banderas del Emperador. Quién otro yace quizá en el atrio de alguna iglesia remota, borrada la epigrafiá de su tumba por la misma garra del tiempo, que asimismo golpeó la traza renacentista de estas piedras de la casona. Acaso otro pereciese en el cautiverio turquesco, ó en las galeras de Lepanto.

Y á lo largo del tiempo vendría á parar la casona á unos parientes desconocidos y pobres. Y he aquí que estos parientes vendieron á uno de estos judíos que olfatean entre las ruinas los capiteles y las columnas del patio, que hubieron de entibar con maderos. Y así quedó hecho corredor sucio lo que fué galería airosa. Después, otro judío se llevó las puertas, de clavos repujados; los



postiguillos, de cuarterones de nogal; los blasones, empotrados en la argamasa de los muros tan duramente como fué menester, para afirmar el deseo de quien los puso de que se hicieran incommovibles. Porque á la verdad que aquellos blasones de alabastro, de granito y de azulejos de Talavera, eran como el ánima de la casona, que, despojada de ellos, fué ya cuerpo sin vida.

Las abiertas fauces de las puertas sin hojas cubriéronse con severas percalinas rameadas y con harpilleras malolientes á comercio de ultramarinos. Y esto ya fué cosa de los vecinos pobres, que, aventuráronse por estancias, galerías, sótanos, desvanes y patios, heradando, demoliendo, y partiéndose la vieja casona, que así quedó, de entonces hasta sus días últimos, invadida por aquellas gentes sin espíritu, que circulan por ella tan libremente como los ratones por debajo de las grandes baldosas de barro cocido,



y las arañas por entre las bovedillas de los techos oscuros.

Al fondo de la callejuela donde se alza la casona, jamás alcanzó la tibieza del sol, que se detiene en los aleros, y en las mañanas de Diciembre acaricia sobre las tejas los diamantes de la escarcha, que cae gota á gota sobre los guijos de la calleja y la enfangan y la obscurecen. A lo largo de la barandilla de madera, de traza italiana, sobre la huella de los reposteros nobles, cuelgan las matronas de hoy los pañales de bayeta y las sábanas ásperas de sus petates.

Y la casa se desmorona. Cada noche crujen las maderas de su almacén en unos lamentables quejidos de cosa enferma. El agua, que de todas partes invade los muros, gotea á lo largo de las paredes, y extiende unos grandes manchones negros, como si los muros estuviesen gangrenados y descompuestos. Y cuando el viento galopa sobre los corredores, abiertos á todas las inclemencias, y apaga inexplicablemente la lamparilla, que combate con las sombras en un rincón, parece que arrastran su furia por las estancias las ánimas del varón que hubo de morir en Flandes, del que yacé en la iglesia de sabe Dios dónde, del cautivo de Barbarroja y del capitán de D. Juan de Austria.

Como si no pudiese resistir la pesadumbre de la colmena que invade su vientre, la casona muestra su hartura en la propia fachada. Porque, en efecto, la pared ha ido hinchándose, hinchándose como cuerpo hidrópico, y unas grietas enormes, por entre las que se surgen las lagartijas, abren á las lanzadas del sol los senos de sus ladrillos rojos, que es como la carne de la casona, que sin el revoco, pulverizado ya, parece despellejado.

Un sólo balcón, que ha sobrevivido á las injurias, parece que va á dejarse caer sobre la calleja. Las maderas, desajustadas y diagonales, se han desmayado sin vida. Un vecino puso por obra la mayor injuria, abriendo un muro sobre la calzada y una puerta á la calle. En aquella brecha surgió una cantina con sus cortinillas gualdas sobre los viejos vidrios de la puerta, y una rama verde sobre el umbral, al modo del escudo que ampara la puerta de la casona, que ha venido á ser una piedra gris comida de telas de araña y sin ninguna respetabilidad.

La taberna puso sobre la noble prestancia de la casa la injuria mayor. Las voces llenas de acritudes, que antes quedaban sepultadas en los corredores del patio, irrumpen en la calleja. Y un día, acaso porque el pórtico recién abierto acabó de quebrantar la fábrica, ó porque la casona no quiso soportar más ultrajes, los pisos se desfondaron con un terrible estrépito; el vientre de la fachada estalló bajo sus terribles pesadumbres; el entibado de los corredores se quebró con un gran estruendo, y la casona dió en tierra, para descansar eternamente, que á estas mudanzas y á estos quebrantos y á este fin están sujetas todas las cosas. En el pavor de aquel abatimiento salieron desaforados á la calle los vecinos, los ratones, los perros y la chiquillería. Sus gritos, sus aullidos y sus estridencias invadieron la ciudad. Y llevando á las costillas sus andrajos y sus despojos, fueron á buscar otra casa vieja donde vivir con los murciélagos y los ratones.

La fachada fué lo último que se desplomó. Sobre los escombros quedó erguido altivamente el escudo de piedra de los umbrales, de un modo muy representativo y muy español. Nadie hubo de cuidar de aquellos escombros, que allí han de permanecer mientras toda la ciudad no se desmorone. En el único lienzo que no se abatió, quedó prendido á una zapata de castaño un nido de golondrinas. Y allí murieron. Porque amaron á la casona más que los hombres. Cada mañana, un rayo de sol templea el nido muerto y enciende las ruinas.

CEFERINO R. AVECILLA

FOTS. SALAZAR

PÁGINAS ARTÍSTICAS



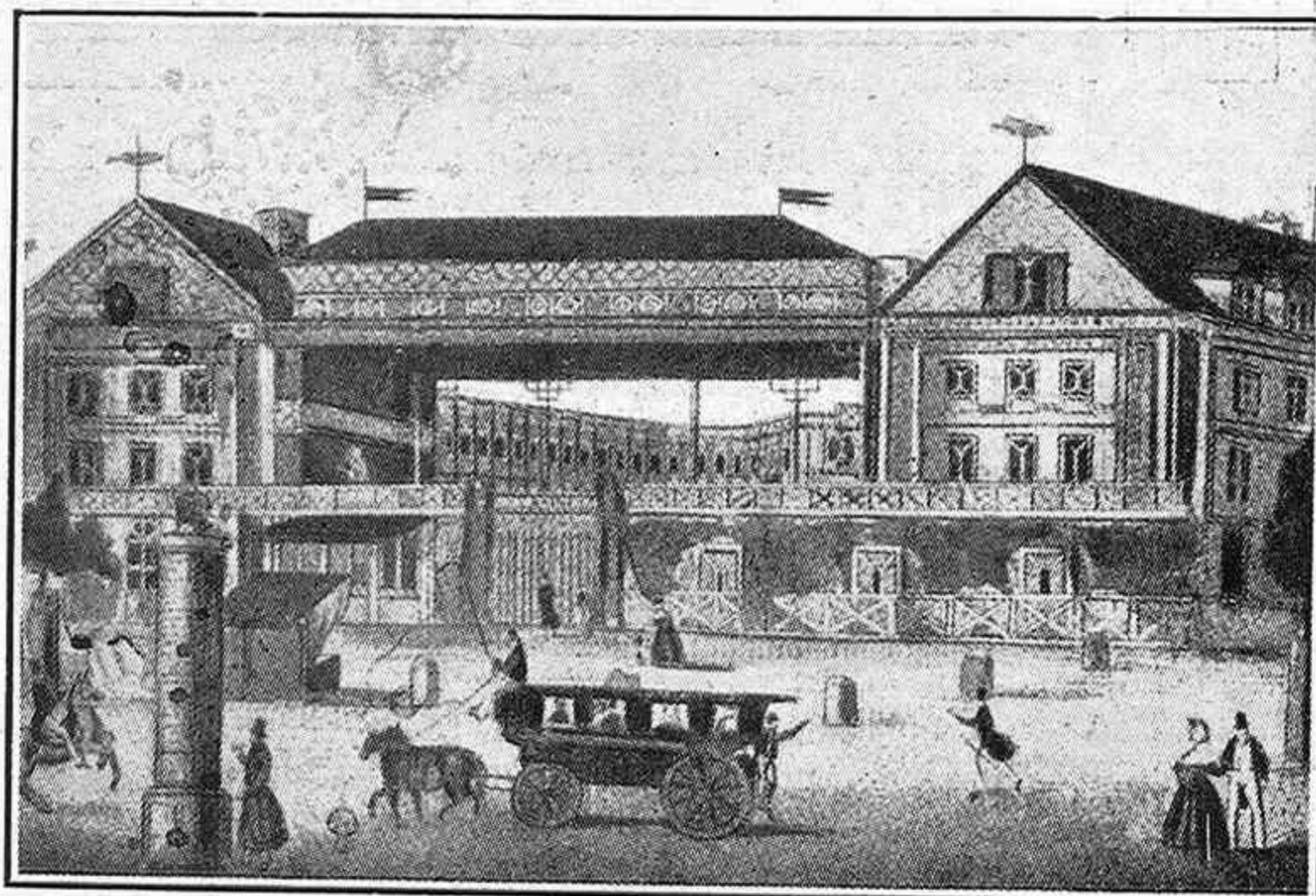
RETRATO DE LA PRINCESA MASSIMO DE BORBON
Cuadro de Manuel López de Ayala, que figuró en la reciente Exposición Nacional



DIÁLOGO DE BALNEARIO



Los célebres baños Vigier, en 1799



Los baños chinos del boulevard de los Italianos

(Estampas de la época)

EL MARQUÉS.—De acuerdo, doctor; de acuerdo con usted. Predica usted á un convencido; no conozco placer más grato que el baño... ni reconstituyente que se le iguale. Es más: no concibo cómo hay quien no se bañe diariamente...

EL DOCTOR.—Marqués, no tiene usted mi franqueza para luego llamarme revolucionario...

EL MARQUÉS.—Si ya sé que la gente del pueblo no puede bañarse; pero eso es cosa de Gobiernos y Municipios. No es culpa mía ni de mi clase...

EL DOCTOR.—¿Ve usted? Pues usted, y con usted todas las personas que disponen de baño propio en su domicilio, son igualmente refractarios ó indiferentes á que el pueblo se bañe...

EL MARQUÉS.—No sé qué tengamos que ver...
EL DOCTOR.—Mucho. No poco contribuirían ustedes á fomentar en el pueblo la afición al baño, y contadas serán las personas de su clase que comprendan el beneficio que para la pública salud reportaría tal afición...

EL MARQUÉS.—¿Y cómo?
EL DOCTOR.—Vamos á ver: ¿qué cara pondría usted si supiera que su servidumbre se bañaba en el propio baño de usted?

EL MARQUÉS.—¡Hombre! ¡La airada que merecería su falta de respeto!... Pues aviados andaríamos si todos fuésemos á meternos en el mismo baño. ¿Yo qué sé cómo andarán mis criados de salud y de aseo!...

EL DOCTOR.—Pues debería usted saberlo... Antes de tomar un criado, bien se preocupa usted de inquirir acerca de sus prendas morales, creyendo que sólo ellas pueden afectar á los intereses de usted... Y, sin embargo, su estado de sanidad, su afición al aseo, pueden influir más perniciosamente en lo que puede ser de difícil recobro para usted: en su salud...

EL MARQUÉS.—Sí, pero...
EL DOCTOR.—Yo no pretendo que la servidumbre se bañe en la misma bañera que usted; pero así como en todas las casas construídas con arreglo á la moderna higiene burguesa hay un inodoro destinado á la servidumbre, sería mucho pedir, en nombre de una higiene más cristiana y hasta de más laudable egoísmo, que hubiese en las casas de ustedes otro baño para la servidumbre...

EL MARQUÉS.—Doctor, no yo sospechaba que el baño fuese tan necesario...

EL DOCTOR.—Ese baño para la servidumbre doméstica llevaría á las clases populares la afición al baño, nunca más necesario que ahora, en que, más que en ninguna otra época, se ve á los hombres entregados constantemente á la actividad física que exalta las secreciones de la piel, y más expuestos á la suciedad exterior, que precisamente obstruye los poros del tegumento y añade

al sedimento natural una nueva capa, cuya nocuidad puede no ser simplemente de origen físico. El progreso de la limpieza, bajo todas sus formas, es el que ha de librarnos de muchas enfermedades infecciosas y de afecciones parasitarias, hasta el punto de que el gran Metchnikoff aconsejaba, para medir la cultura de un pueblo, averiguar la cantidad de jabón que éste empleaba.

EL MARQUÉS.—Sí, tiene usted razón... (*Largando el tópico de la consuetudinaria limpieza inglesa.*) En eso del aseo y del baño se ha llevado siempre la palma Inglaterra...

EL DOCTOR.—Eso, marqués, es un tópico. Los ingleses no fueron, como hoy, tan amantes de la higiene... En 1800 no había un solo establecimiento de baños en Londres, y mediado el siglo pasado, las dos únicas ocasiones en que un obrero se bañaba eran las de su nacimiento y de su muerte. Y hasta tal extremo llegaba la despreocupación por la policía de las personas, que una *professional beauty*, lady Mary Montagu, que era á la vez una mujer muy espiritual, contaba que á un indiscreto que le hacía notar una limpieza dudosa de las manos, hubo de responderle: «¿A eso llama usted sucio? ¿Pues qué diría usted si me viera los pies?...

EL MARQUÉS.—Pues yo creía...
EL DOCTOR.—El pueblo más aficionado al baño fué siempre el parisiense, aun en medio de todos sus trastornos políticos. La misma Revolución francesa, rompiendo las trabas que se oponían á la implantación de muchas industrias, fomentó la de las casas de baños. De todas ellas, fué muy famosa la llamada Bains de Tivoli, en la calle de Saint-Lazare. Allí se reunían las personas verdaderamente distinguidas, que iban á restablecer sus nervios fatigados y á curar sus espasmos y sus nebulosidades cerebrales. Por

cierto que la especialidad de la casa era muy curiosa: *el baño nupcial*. Costaba, ordinariamente, un luis, y lo tomaban, especialmente la víspera de casarse, los hombres que querían responder á lo que de ellos se esperaba en la primera jornada conyugal.

Los entreactos se ocupaban en juegos variados, y así aquella institución era á la vez un establecimiento hidroterápico y una casa de salud. Claro que la malicia humana profanaba aquello, utilizándolo para otros fines. El Esculapio director era el hombre más cortés del mundo; su manera de tomar el pulso á las damas era encantador, y las besaba las manos con la distinción y la finura del más rancio abolengo cortesano.

Las elegantes iban al balneario ni más ni menos que á las playas de moda van hoy: por moda, por lujo y, sobre todo, por amor. Lo atestigua el célebre *couplet* de Desangiers:

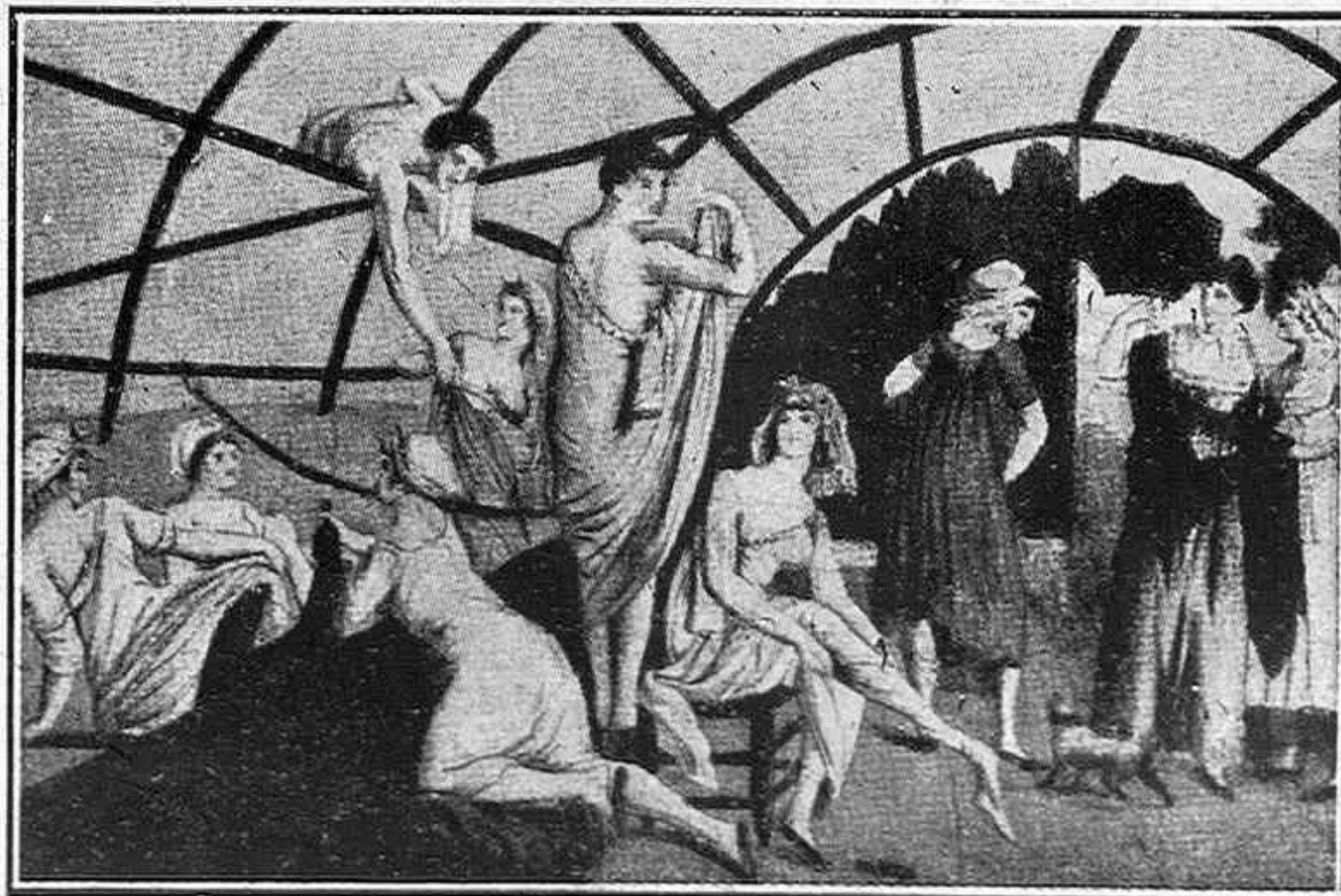
*Le malade sonne
Afin qu'on lui donne
La drogue qu'ordonne.
Son vieux médecin;
Tandis que sa belle,
Que l'amour appelle,
Au plaisir fidèle
Feint d'aller au bain.*

Los baños públicos elegantes y populares se multiplicaron en París, decía un escritor de la época de la Restauración, «hasta el infinito», lo mismo bajo la Revolución, el Directorio, el primer imperio y durante todo el siglo pasado, en fin.

EL MARQUÉS.—Pues, mire usted, yo creí que los ingleses fueron los precursores en eso del aseo por el baño...

EL DOCTOR.—Pues ya ve usted cómo no. Ahora que ellos, en sus propagandas de la higiene, han superado á todos los pueblos... En España se ha predicado mucho, pero no eficazmente..., dando facilidades al pueblo para practicar lo que se le predica. Son contadísimas las capitales que cuentan con balnearios públicos y baratos, ya que no gratuitos... En Madrid mismo, la población ha aumentado hasta alcanzar el millón y medio de habitantes. En cambio, ni la iniciativa privada ni la municipal han aumentado las escasísimas casas de baños que había hace cuarenta años... Ahora mismo sería curioso saber cuántos millones dedica el alcalde de Madrid á baños populares y gratuitos, en la moción que ha presentado al Ayuntamiento para realizar un empréstito destinado á mejoras y á embellecimiento de la capital de España...

E. GONZALEZ FIOLE



Un baño de mujeres en la época del Directorio, según una estampa de entonces

LA ESPAÑOLA QUE DERROCÓ EL TERROR

MUJER fué, para gloria del sexo, y española, para satisfacción de nuestro patriotismo, la que dió al traste con las demasías revolucionarias, encauzándolas por derroteros sensatos y razonables, camino de la normalidad. Esa mujer fué Teresa Cabarrús, hija del célebre ministro de Hacienda de Carlos IV, cuya efigie hemos visto inmortalizada en los «pápiros» de una emisión ya recogida.

Nada tan agitado y novelesco como la vida de esta mujer excepcional, que ha servido de heroína para interesantes ficciones, y puede servir para otras muchas rebosantes de vida y emoción. Había nacido en Zaragoza el año 1775. Su niñez transcurrió en la corte de las Españas, en la que el conde de Cabarrús hacía papel tan principal. Largas temporadas, sobre todo en época veraniega, habitaba la espléndida finca que en Carabanchel Alto poseía su padre, y en cuyos vergenes, años después, pasó su belleza soberana otra española insigne, Eugenia de Montijo, llamada también a influir en los destinos de Francia por fueros de su hermosura.

Aún era niña — diez y seis años tenía cumplidos — cuando casó con M. Fontenoy, consejero del Parlamento de Burdeos. La felicidad no quiso presidir su prematuro matrimonio. Volaba Teresa sobre Pegaso, mientras Fontenoy caminaba á lomos de un cansino matalón. Tuvieron necesariamente que distanciarse demasiado. El divorcio resolvió este conflicto, devolviendo la libertad á la gentil española.

Por entonces había estallado la Revolución. Teresa, ebria de gozo al verse libre de las cadenas conyugales, mostróse acérrima partidaria de un movimiento que tenía como lema la libertad. Paseó por los clubs populacheros su juvenil hermosura. La escarapela tricolor con que adornaba su cabellera fué blanco de ardientes miradas por parte de los patriotas bordeleses. El pueblo, entusiasmado, aclamaba los frenéticos discursos de la bella.

Este entusiasmo estuvo á punto de perderla. En los vaivenes de la agitada política hubo un momento de reacción, y los patriotas más furibundos viéronse encarcelados. Teresa Cabarrús, que tanto se había distinguido por su celo revolucionario, fué sometida á prisión. Acaso acechaba la Implacable para dar fin de una vida tan pletórica de matices... Y en este momento, con oportunidad teatral, surge lo imprevisto, para salvar á Teresa y elevarla hasta la cúspide.

El movimiento reaccionario iniciado en Burdeos había repercutido en París, alarmando al Comité de Salud Pública, que quiso ponerle rápido y eficaz freno, enviando un delegado suyo para cohibirlo con mano dura. Nadie mejor para este fin que Juan Lamberto Tallien, exaltado patriota, autor de pasquines violentos en la primera etapa revolucionaria, miembro de la Convención durante el proceso de Luis XVI, á quien quiso privar hasta del derecho de defensa, promotor del triste fin de los girondinos. Llegó á Burdeos é implantó el régimen terrorista que el Comité juzgaba necesario para cohibir los gérmenes perniciosos. La guillotina fué instalada con carácter permanente. Un río de sangre afluyó al Garona...

Visitando un presidio en funciones de delegación, Tallien vió una reclusa que le cautivó con el clásico flechazo. Tenía pelo negrísimo, ojos de fuego, labios sensuales, é irradiaba de toda ella la atracción sugestiva de la mujer creada para triunfar por doquiera. Los sinsabores de la vida carcelaria no bastaron para obscurecer la hermosura de Teresa Cabarrús, ante quien se abrieron las puertas del presidio al mandato del ogro dominado por ella.

Tallien era hombre toscó, de humilde extracción. Su padre fué criado del marqués de Bercy, y él, obrero relativamente culto, había sido corrector de pruebas del *Monitor*. Al encumbrarse por azares de la política, no había perdido los estigmas de su baja ralea. Pero el amor de Teresa refinó sus gustos y dignificó sus tendencias. Cesó al punto la orgía de sangre: El cadalso desapareció de la plaza. Burdeos pudo respirar, libre del terror que vino padeciendo.

Teresa y Tallien, en tanto, instaláronse espléndidamente. El lujo y los placeres fueron su

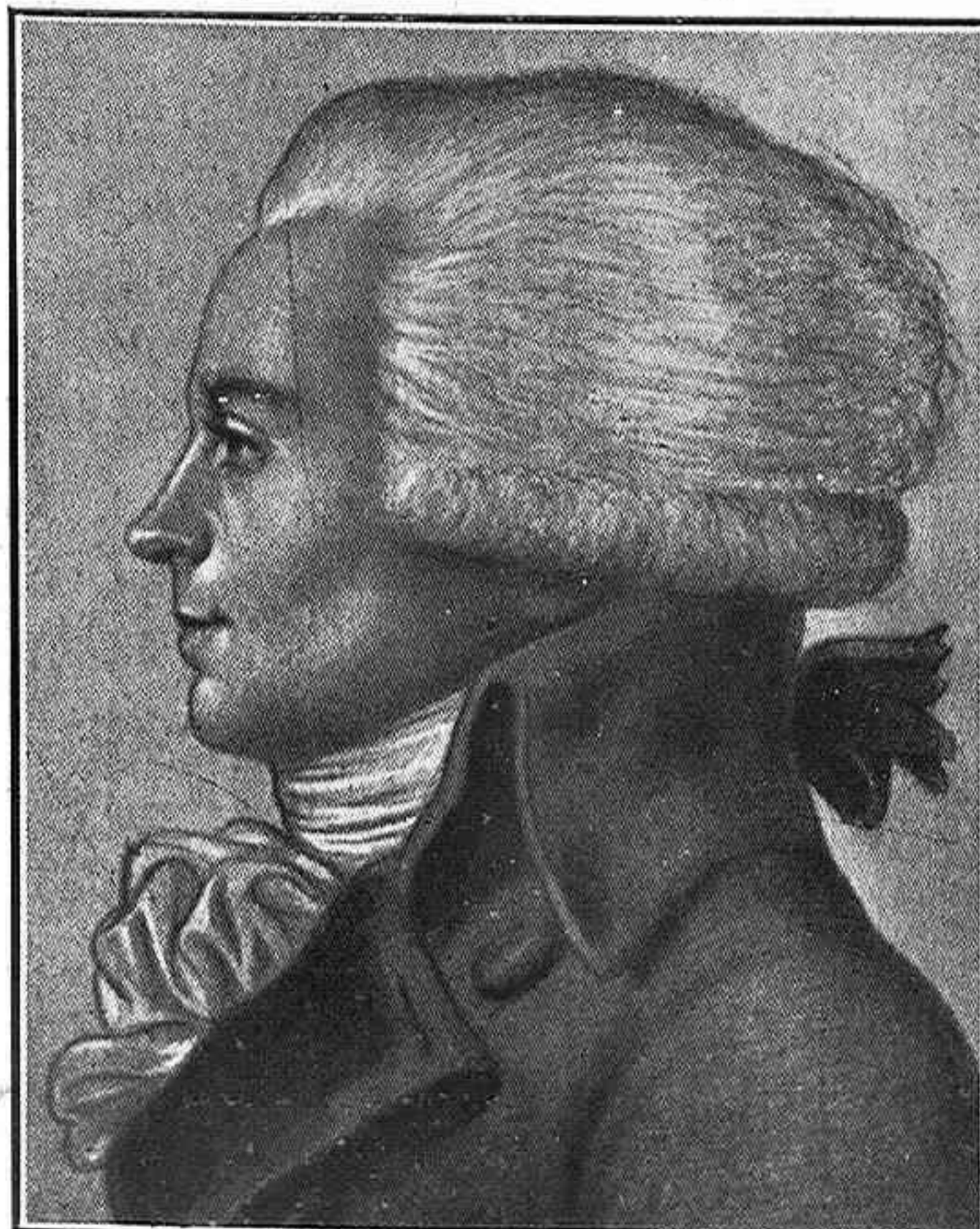


MADAME TALLIEN

norte. El estaba ciego, frenéticamente enamorado, y no sentía el dogal que puso amor en su cuello. Teresa, que no le correspondía seguramente, no olvidaba que aquel hombre la salvó de morir, trasladándola del ergástulo al salón, librando su cuello de la guillotina para rodearlo de brillantes. En atención á ello, le otorgaba la limosna de un amor ficticio, á trueque de ser ella quien gobernase en el hombre investido por la Convención de poderes dictatoriales.

Los cambios operados en la conducta de Tallien no tardaron en ser conocidos en París: «Nuestro emisario se ha convertido en un degradado sátropa oriental!», clamó Robespierre, indignadísimo. Una orden terminante de la Convención le hizo ponerse en camino hacia la metrópoli.

Claro está que acompañábase Teresa. Mas no bien llegados, fué presa en los Carmelitas como sospechosa. Esto hizo surgir en el pecho de Tallien un odio irreductible contra Robespierre, en quien veía el causante de su desdicha, el que truncó la era feliz en que hubiese querido eter-



ROBESPIERRE

nizarse. Y se propuso aplastar al tirano, que, ebrio de sangre, poseído de roja vesania, parecía resuelto á que Francia y el mundo entero pasaran bajo la insaciable cuchilla de Sansón.

Pero la empresa era difícil. Robespierre estaba muy alto; rodeábanle sicarios fieles, no por adhesión, sino por miedo. Tallien carecía de prestigio para hacerle frente, y además sus imprudencias de Burdeos le hacían sospechoso. Sin embargo, no desmayó. La idea de que Teresa pudiera pasar desde la celda de los Carmelitas á la conserjería, tenebrosa antesala de la muerte, le exasperaba. Fingiendo adular á Robespierre, comenzó á minarle el terreno. Pronto fué sumando adeptos á su causa. El ogro había abusado de su poder, y eran muchos los que anhelaban su caída. Fréron, Barrás, Legendre y Bourdon secundaron á Tallien. El complot iba fraguándose, para estallar en el instante oportuno.

Y en esto recibe Tallien una carta angustiosa de Teresa: «Me dicen que de un momento á otro voy á la guillotina. Es tu cobardía lo que me mata. Nunca pensé que me dejaras morir sin intentar siquiera salvarme.»

Era indispensable precipitar las cosas. Lograron, por de pronto, que el Comité de Salud Pública acusase de sanguinario á Robespierre ante los representantes del pueblo. Pero él, con su elocuencia soberana, supo defenderse de tal modo que aún quedó más alto que nunca. Entonces, los conjurados pusieron de acuerdo con el presidente de la Convención, Collot d'Herbris, para que sólo á ellos concediese la palabra, impidiendo hablar incluso al mismo Robespierre, si intentaba hacerlo para defenderse.

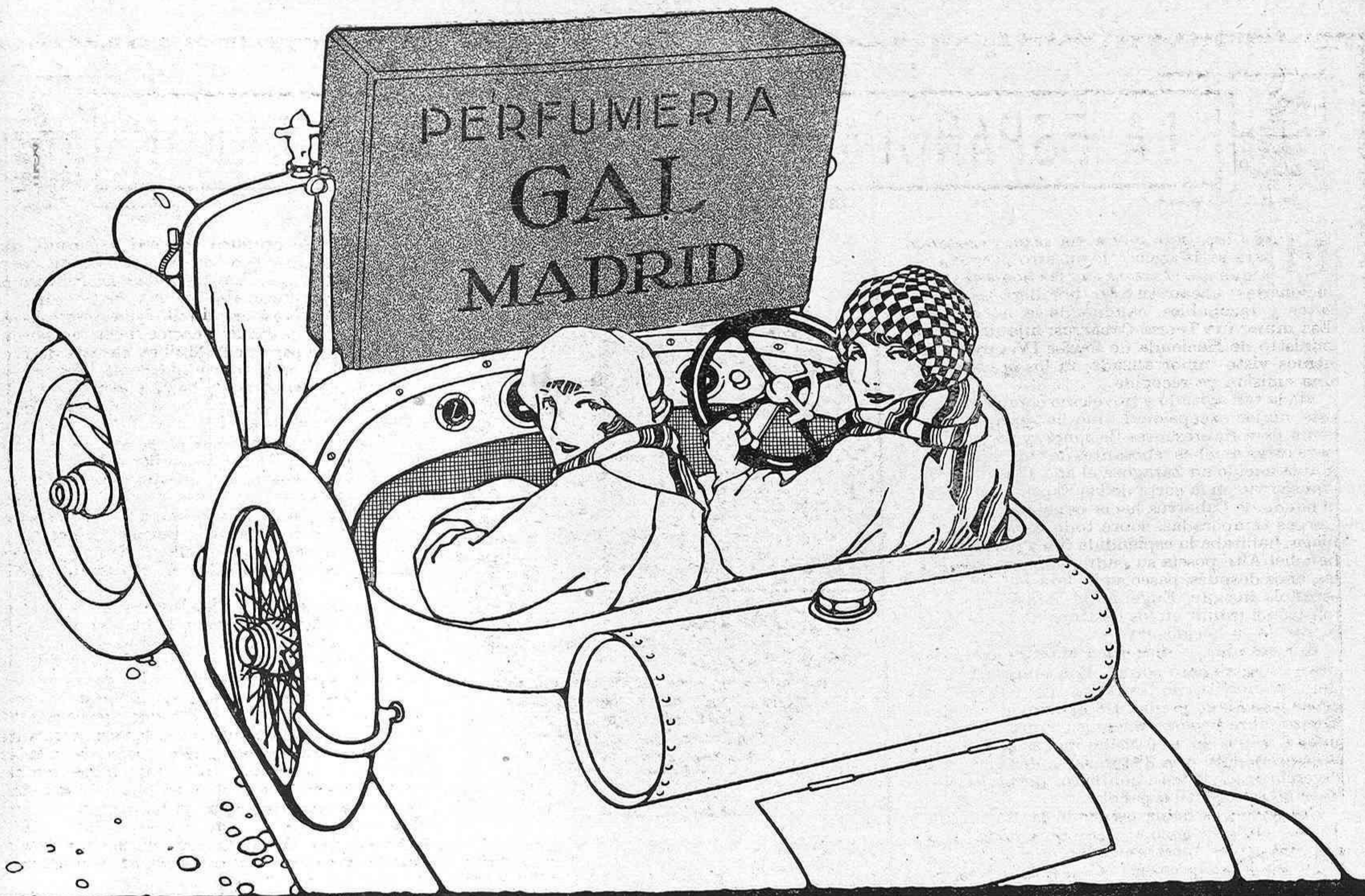
Tal fué el génesis de la sesión famosa del 9 Thermidor. El plan se iba realizando punto por punto. Seguíanse las furibundas acusaciones de los conjurados, sin que la voz del ogro se pudiese oír. Pero éste, aprovechando un instante de silencio, increpó con frase estridente á Collot d'Herbris: «¿Eres un Presidente de asesinos!»

Esto hace que Collot vacile, y no se atreve á negarle de nuevo la palabra. Robespierre va á hablar. Si logra hacerlo, está salvado, y perdidos sin remisión los que persiguen su caída. Pero los gritos infructuosos que lanzó antes pretendiendo dominar el tumulto, han enronquecido su voz, siempre clara y potente. Tiene que carraspear para que la laringe le obedezca. Y entonces, un obscuro representante, que nunca intervino en discusiones y pasó totalmente inadvertido, grita al coloso: «¿Es la sangre de Dantón que te ahoga!»

Y estas palabras acabaron con Robespierre, que no acertó á defenderse, ni supo hilvanar unas frases de disculpa. La Convención entera se levantó contra él. Sin la menor protesta dejóse conducir por los gendarmes á la prisión, y pocos días después al patíbulo.

La reacción thermidoriana, que libró á tantos de la muerte, puso también en libertad á Teresa, para reanudar su vida de ostentaciones y saraos. Unida en matrimonio con Tallien, no tardó en hastiarse de él, olvidando que por dos veces le debía la libertad y la vida. No se amoldaba á la innata rudeza de aquel hombre que tan de lleno habíala otorgado su albedrío. En 1805 se divorció, casándose con el conde de Caramán, príncipe de Chimay. Estaba el imperio napoleónico en todo su apogeo, y ella quería brillar en los salones de la corte.

No pudo lograrlo. Una circunstancia fortuita, en la que ella confiaba para abrirse las puertas de las Tullerías, fué lo que se las cerró inapelablemente. En sus días angustiosos de cautiverio, cuando de un momento á otro temblaba oír su nombre en la lista de los que debieran ocupar la carreta de la muerte, fué su compañera de prisión en los Carmelitas Josefina Beauharnais, más tarde Emperatriz de Francia. Napoleón, soberbio como todos los advenedizos, no quiso abrir sus salones á una mujer que recordaba con su presencia una etapa luctuosa de su consorte. Y ya no volvió á lucir la española Teresa, que, años después, moría obscuramente.



EL MEJOR PARABRISAS ES EL

JABÓN HENO DE PRAVIA

PRESERVA AL CUTIS DE LOS EFECTOS
DEL VIENTO

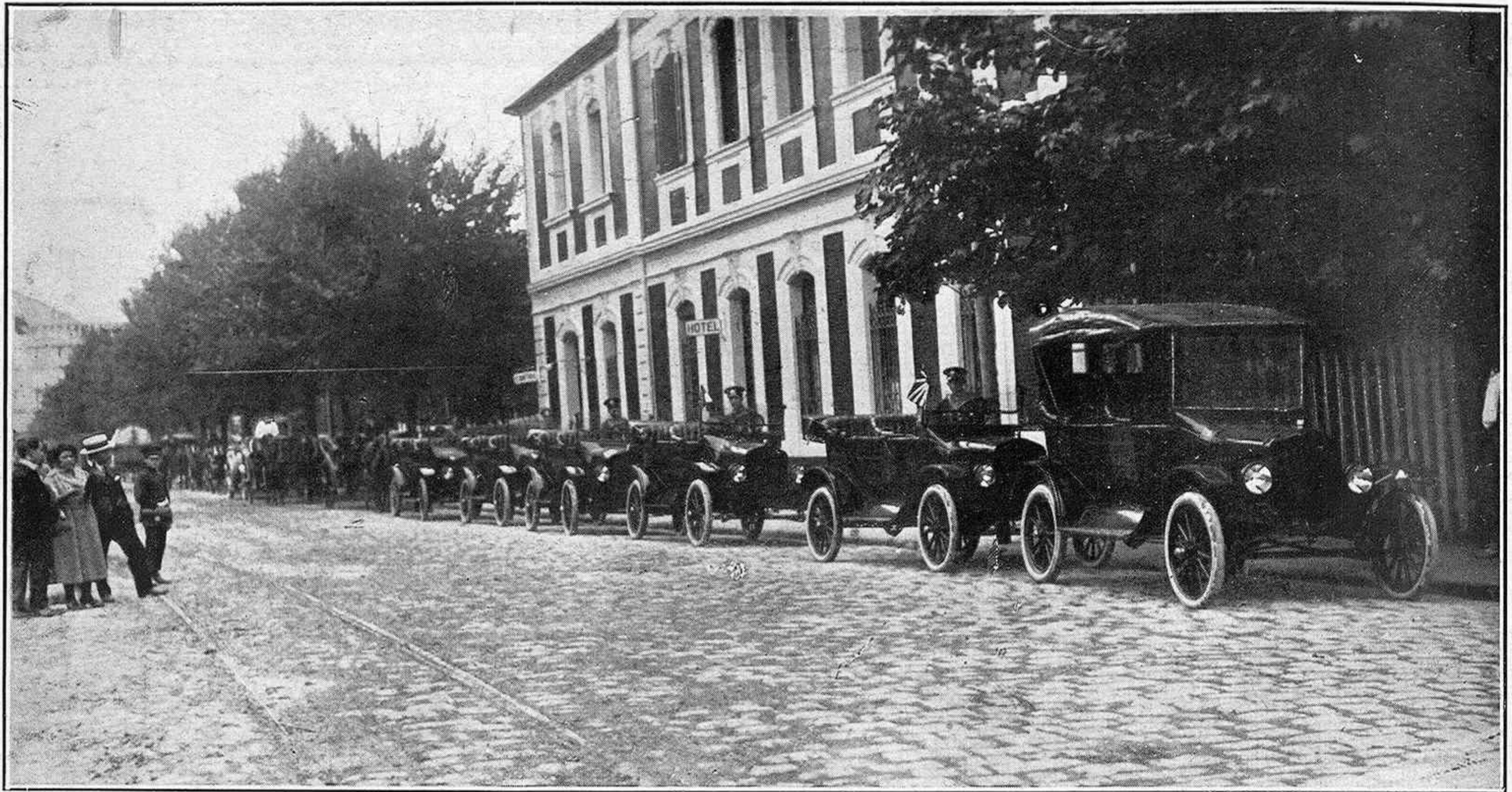
1,50 LA PASTILLA
EN TODA ESPAÑA

PERFUMERÍA GAL

MADRID



Los "Ford" y la Liga de las Naciones



Los "Ford" esperando la llegada de los delegados de la Liga de las Naciones en la estación del Norte, de San Sebastián

Los coches «Ford», que tan enorme éxito han tenido en el mercado español, acaban de mostrar una vez más sus excepcionales condiciones.

Diez coches de esta marca han sido puestos á la orden de los delegados de la Liga de las Naciones durante su estancia en San Sebastián,

prestando un servicio constante y demostrando su gran utilidad.

Los agentes en Guipúzcoa de la Casa «Ford», Sres. Ameztoy y Sagardía, están siendo muy felicitados con este motivo, y por las instalaciones que han hecho para Exposición (Echaide, 3) y garage y talleres (calle de San Francisco, es-

quina á Birmingham) en San Sebastián, dotándolos de todos los adelantos modernos, y estableciendo en ellos un completísimo stock de piezas de recambio y toda clase de repuestos. No dudamos de que el éxito continuará acompañando la gestión tan brillantemente comenzada por los Sres. Ameztoy y Sagardía.—G.



Los "Ford", al servicio de los delegados de la Liga de las Naciones, esperando ante el Palacio de la Diputación, en San Sebastián, durante una de las sesiones. (Servicio prestado por coches de la Representación "Ford" en Guipúzcoa) FOTS. MARÍN Y PHOTO CARTE

SUIZA LUCERNA

Hoteles:

BEAU-RIVAGE
C. Giger, propietario.
CARLTON-TIVOLI
Neukhomm & Gehrig, Prs.
MONTANA
Schramli-Bucher, Prop.
Axenstein GRAN HOTEL
Theiler-Eberle, Prop.

DU LAC
Spillmann & Sickert, Props.
VICTORIA
Albert Riedweg, Prop.
Sonnenberg GR. HOTEL
Albert Riedweg, Prop.

Para informes y circulars, se ruega dirigirse a los Hoteles arriba mencionados



—No seas tonta, abuelita,
y escucha a tu nietecita:
Suprime tanta pintura,
usa crema PECA-CURA
y lograrás ser bonita.

Jabón, 1,50. — Crema, 2,50. — Polvos, 2,50. —
Agua cutánea, 5,50. — Agua de Colonia, 3,50.
6, 10 y 16 pesetas, según frasco. — Loción
para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 ptas., según frasco.

ÚLTIMAS CREACIONES
Productos Serie «Ideal»:

ACACIA, MIMOSA, GINESTA, ROSA DE JERICÓ,
ADMIRABLE, MATINAL, CHIPRE,
ROCIO FLOR, ROSA, VERTIGO, CLAVEL,
MUGUET, VIOLETA, JAZMIN

Jabón, 3. — Polvos, 4. — Loción, 4,50, 6,50 y 20.
Esencia para el pañuelo, 18 pesetas frasco con
estuche.

Cortés Hermanos, SARRIÁ (BARCELONA).

Pesos oro 600.000

entreganse a caballero formal desposando
bondadosa é inocente señorita: evitar suicidio.
Escribid (con sello 25 céntimos para res-
puesta): Matrimonial Club of New-York, Opor.o.

TAPAS

para la encuadernación de

La Esfera

confeccionadas con gran lujo

Se han puesto á la venta las
correspondientes al primer
semestre de 1920

De venta en la Administración de
Prensa Gráfica (S. A.), Hermosilla, 57,
al precio de **5 pesetas**

Para envíos a provincias añádanse 0,45 para franquiza y certificado

Vea usted
Compre usted
Lea usted

El Año Artístico 1919

Es la historia de las Bellas Artes en España,
escrita por el ilustre crítico

JOSÉ FRANCES

Un tomo de 420 páginas de gran tama-
ño, con 350 magnificas ilustraciones
y cubierta á todo color, original del
admirable dibujante

MANUEL BUJADOS

TRECE PESETAS



HERNIAS Tratamientos sin
operar. — **DEFORMIDADES** Cor-
rigense todas. Aplicación cien-
tífica, aparatos ortopédicos,
piernas, brazos, corsés, etc., J.
Campos, Médico Ortopédico,
Montera, 38-Madrid. Informes correo

¿Quiere usted
aprender idiomas?
Vaya á la

**ESCUELA
BERLITZ**

ARENAL, 24

Nadie se los enseñará
mejor

EL MEJOR POSTRE
Carne de membrillo
JUSTO ESTRADA
PUENTE GENIL

Lea Ud. los miércoles

MUNDO GRÁFICO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA

30 cts. en toda España

Agente de "Prensa
Gráfica" en Méjico, **D. Ni-
colás Rueda**. Avenida
del Uruguay, 55. Aparta-
do de Correos 2.546.

Para toda la publicidad
extranjera en "Mundo
Gráfico" y "La Esfera",
dirigirse á la Agencia **Ha-
vas**. 8, Place de la Bour-
se, París; 113, Cheapside,
London E. C., y Precia-
dos, 9, Madrid.

"La Esfera" y "Mundo
Gráfico". Unicos agentes
para la República Argen-
tina: **Ortigosa y C.^a**,
Rivadavia, 698, Buenos
Aires. Nota: Esta Em-
presa no responde de las sus-
cripciones que no van he-
chas directamente en la
República Argentina por
nuestros agentes Sre. **Cr-
tigosa y C.^a**, únicas perso-
nas autorizadas.

Delegación de "Prensa
Gráfica" en Portugal, **don
Alejo Carrera**. Rua
Aurea, 146, Lisboa, y rua
Santa Catalina, 53, Oporto.

Para anuncios y suscrip-
ciones dirijanse á las de-
legaciones de "Prensa
Gráfica" y "El Sol" en
Baleares y Cataluña
(Ibiza, Formentera, Ca-
brera, Mallorca y Menor-
ca.-Barcelona, Tarragona,
Gerona y Lérida), á Bar-
celona, Rambla de Cana-
letas, 9. Director: **D. Joa-
quín Montaner**.

En **Andalucía** (Cór-
doba, Sevilla, Huelva, Cá-
diz, Málaga, Granada, Jaén
y Almería), á Sevilla, ca-
lle de Albareda, 16. Di-
rector: **D. Ramón Gar-
cía Lara**.

En las **Vascongadas**
y **Navarra** (Alava, Viz-
caya y Guipuzcoa.-Nava-
rra), á San Sebastián, ca-
lle de San Ignacio de Lo-
yola, 1. Director: **D. Pe-
dro Garicano**.

En **Levante** (Valen-
cia, Castellón, Alicante,
Murcia y Albacete), á Va-
lencia, Plaza de Canale-
jas, 2. Director: **D. Am-
brosio Huici**.

J. C. WALKEN

FOTÓGRAFO

16, Sevilla, 16

La Casa Odeon,

de Madrid, sirve también á provincias sus
Discos y Aparatos, pagaderos en plazos men-
suales insignificantes, y á precios de contado.
Pídanse catálogos y condiciones á

ODEON, Preciados, 1, MADRID



El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA

¡Su niño no es fuerte!

La culpa ¿es de usted?

Seguramente Ud. no ignora que

CON BUEN ALIMENTO

BUENA DIGESTIÓN

BUENA NUTRICIÓN

¡NIÑO SANO!

y esto sólo puede lograrse con



Nesfarina

**EL MEJOR ALIMENTO
PARA NIÑOS**



NESFARINA

El alimento especialmente preparado para los niños
El preferido de siempre por el Cuerpo médico
El indispensable á las madres cuidadosas

¿USTED QUIERE PARA SU HIJO LO MEJOR? LEA.....

«Pregonan las excelencias de NESFARINA millares de niños que con fruición la consumen. Su color de rosa, su piel aterciopelada, carnes duras, juguetona alegría y sueño tranquilo como sueño de ángel, dan testimonio de una perfecta nutrición. Ellos cantan el más desinteresado himno de alabanza en pro de este su alimento favorito. LA NESFARINA CRIA MUSCULOS, DA FUERZA A LOS HUESOS, TEMPLE A LOS NERVIOS Y GLOBULOS ROJOS A LA SANGRE. No hace falta más para formar hoy niños robustos que sean mañana hombres útiles para sí mismos, para su familia y para la Patria.»

Dr. Patricio Borobio,

Catedrático de enfermedades de los niños y decano de la Facultad de Medicina de Zaragoza.»

Pida Ud. la cartilla para las madres, que se envía gratis, ó una muestra, remitiendo cincuenta céntimos para franqueo.

SU PROVEEDOR ORDINARIO TIENE LA NESFARINA; si no, pídala á la **COMPAÑIA INDUSTRIAL "NESFARINA". ZARAGOZA**

CALVACHE

FOTÓGRAFO

Carrera de San Jerónimo, 16

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista. Dirigirse á Hermsilla, número 57.

IMPRESA DE «Prensa Gráfica», HERMOSILLA, 57, MADRID

➔ Sucursal de LA ESFERA ➔
MUNDO GRÁFICO y NUEVO MUNDO

LIBRERIA DE SAN MARTÍN

PUERTA DEL SOL, 6, MADRID

FUNDADA EN 1854 • APARTADO 97

Se remite á provincias y Extranjero toda clase de libros, y gratuitamente el Boletín bibliográfico

USE Ud
la
Magnesia
Efervescente
DEL
Dr. Frigo
QUE ES
LA MAS
ACREDITADA
DE **ESPAÑA**

TINTAS
LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS

DE
Pedro Closas

ARTÍCULOS PARA LAS ARTES
GRÁFICAS

Fábrica: Carretas, 63 al 70 **BARCELONA**
Despacho: Unión, 21



**LA BIEN
PAGADA**

ÚLTIMA NOVELA

DE

"El Caballero Audaz"

∴ EN TODAS LAS LIBRERÍAS ∴

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS